ELLA VALENTINE



MR HANSEN

Una proposición para Mr Hansen

Ella Valentine

1ª edición noviembre de 2024

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto de Stockimg

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
Epílogo
¡Haz feliz a esta autora!
¡No te pierdas lo que viene!
Novelas anteriores

1

Jade

—Tienes que reescribir la novela, Jade. El borrador que nos mandaste no sirve —dijo Geraldine Adams, mi editora, mirándome con seriedad a través de unas gafas gigantes de color granate.

Sus palabras fueron como dagas que se clavaron en mi estómago. Hasta ese momento, Geraldine siempre había aplaudido cada uno de mis manuscritos. Era la primera vez que no estaba satisfecha con el resultado.

Aunque, para ser honestos, ni yo misma lo estaba.

Escribir aquel libro había supuesto una tortura personal de primer orden.

La novela era la última entrega de *Erik & Janet, Cazadores de monstruos*, una saga que había empezado a escribir cinco años atrás. Un vampiro de origen nórdico y una agente de origen chino del FBI que trabajaba en el Área 51, se unían para atrapar monstruos de otras dimensiones.

Este era el quinto y último tomo. Y las expectativas eran tan grandes que me sentía aplastada por ellas.

Quería darles a mis personajes el final épico que merecían, pero todo me parecía insuficiente.

—Sabes que confío en tu talento, Jade —Geraldine suavizó el tono, cosa difícil en alguien que emanaba autoridad por todos sus poros—. Pero a esta historia le falta tu chispa habitual. Además, tus fans esperan que Erik y Janet terminen juntos. El movimiento #Jarik es muy fuerte en redes. ¿Por qué no darles la trama romántica que esperan?

—¡Porque no tiene sentido! —exclamé, apretando mi taza de café hasta que los nudillos se me pusieron blancos—. Erik es un vampiro y Janet una humana. No pueden terminar juntos. Es antinatural. Además, son amigos, no tiene lógica cambiar su relación.

En realidad, había una razón más profunda para ese final: Erik estaba inspirado en mi mejor amigo, y Janet en mí. Y digamos que juntar esos personajes en la ficción me hacía sentir… incómoda.

Cuando escribí el primer tomo, no tenía ni idea de que los personajes tendrían tanta química y que los fans los shippearían a muerte.

Pero así fue; había decenas de fanfics en internet con fantasías que harían sonrojar a la escritora erótica más veterana.

—Llevas cuatro libros creando tensión sexual entre ellos. Si no resuelves eso, vas a frustrar a tus fans —insistió Geraldine—. Además, Netflix ha comprado los derechos para hacer una serie y quieren una trama romántica y escenas de cama.

—Ya hay una trama romántica y escenas de cama —me quejé.

—¡Me refiero entre ellos! —Geraldine arrugó la nariz—. Sinceramente, cielo, eso de meter un nuevo personaje de la nada en la quinta novela para convertirlo en novio de Janet me parece un giro innecesario. —Chasqueó la boca contra el paladar—. #Jarik es una pareja icónica dentro

del género, como lo fueron en su día Scully y Mulder, y no es fácil conseguir un interés tan fuerte por parte de los lectores. Hay autores que se pasan años intentándolo, y no lo logran. Tú lo has conseguido sin ni siquiera buscarlo. Este es tu legado, Jade. Puedes ser recordada como la escritora que ofreció un final acorde a las expectativas o como una de esas que eligen un final mediocre. Tú decides, pero mi deber es decirte que es un error.

Pum. Daga directa al corazón.

La reunión con Geraldine no se alargó mucho más porque ella tenía que regresar a la editorial.

Frustrada, cogí un Uber hasta mi apartamento en el Soho. Antes de subir, pasé por Freaks, un pub friki donde solía quedar con mis amigos y que estaba situado justo debajo de mi apartamento.

Pedí una hamburguesa y unas patatas fritas, y una vez en casa, me acomodé en el sofá con el portátil en el regazo, dispuesta a repasar el manuscrito y empezar a tomar decisiones.

Releí los primeros capítulos siendo consciente de que resultaban lentos y aburridos. Geraldine tenía razón: no tenían mi chispa habitual. Normalmente me esforzaba mucho en crear un ritmo trepidante, y aquí era inexistente. Vamos, que resultaba un muermo.

En cuanto a lo de la trama romántica… puede que tuviera razón Geraldine. Erik y Janet tenían química, pero… eran amigos, ¿por qué la gente insistía en juntarlos?

Lo mismo pasaba en la vida real. Erik y yo éramos carne de cañón para el shippeo. Cada vez que subía una foto de nosotros dos en redes, la gente se volvía loca. Lo que carecía de sentido.

Erik y yo resultábamos tan opuestos que no entendía cómo los demás podían vernos como pareja. Él tan serio y formal, rubio, alto y grande como un vikingo nórdico. Yo, pequeña, caótica, bajita, con vestidos góticos y pelo negro y lacio, regalo de mi ascendencia china. Éramos el día y la noche. El Yin y el Yang.

¿Por qué no entendían que éramos solo amigos? Llevábamos siéndolo desde el instituto, y nunca, jamás, habíamos cruzado ese límite.

Sacudí la cabeza, intentando concentrarme de nuevo. Hacía semanas que no tomaba la medicación para el TDAH, y mi cabeza iba tan rápido que me costaba enfocarme.

Conseguí leer cinco minutos antes de que alguien llamara a la puerta y me interrumpiera.

Genial.

Lo que le faltaba a mi dispersa cabeza, una distracción. Solté un bufido y decidí ignorarlo. No esperaba a nadie. Pero el timbre sonó otra vez. Y otra.

Con resignación, me levanté, miré por la mirilla y reconocí a Ben Collins, mi abogado. Su expresión ceñuda me advirtió de que algo importante ocurría.

Abrí la puerta y Ben entró en el apartamento dando grandes zancadas.

—Llevo días llamándote y enviándote mensajes, ¿es que no miras el teléfono? —preguntó, deteniéndose en medio del salón.

Sus ojos se posaron en el espacio que nos rodeaba con una ceja alzada.

Todo el mundo solía quedar descolocado la primera vez que entraba en mi apartamento. Y es que, digamos, mis gustos podían ser… poco convencionales.

A las paredes pintadas de negro y el mobiliario vintage, también negro, se le sumaba el típico caos que suele acompañar a las personas que acumulan cosas inútiles.

Tenía figuras de cómics y series, libros por todas partes con ediciones especiales, posters en las paredes, DVDs, videojuegos y un batiburrillo de objetos random que ocupaba espacio y empequeñecía aún más el ya de por sí diminuto espacio.

La gente solía decir que mi apartamento era como yo: pequeño, oscuro y caótico.

Tras su inspección, Ben volvió a fijar sus ojos pequeños y separados en mí, esperando una respuesta a su pregunta.

Ben tenía razón. Sus llamadas perdidas y mensajes sin leer seguían ahí, pero había estado tan concentrada con la novela que se me olvidó responderle.

—Pensaba llamarte la semana que viene —mentí.

—La semana que viene es tarde. ¡Hoy ya es tarde! —cruzó los brazos con severidad.

—¿Es tarde para qué?

—¿Para qué? —preguntó, alzando las manos al cielo de una forma tan histriónica que tuve que contener la risa—. Has olvidado renovar el visado, Jade.

El corazón me dio un vuelco. ¿Que había olvidado hacer qué? Me quedé blanca y corrí al

calendario que colgaba de la nevera. No había arrancado las páginas desde hacía meses. ¿Mirar calendarios yo? ¡Ja! La organización nunca fue lo mío.

Con el corazón en un puño comprobé que, efectivamente, el día de la renovación estaba marcado para el mes anterior. ¿Cómo no lo había visto?

Fácil, Jade, me dije enfadada conmigo misma. No lo viste porque hace meses que no revisas tu agenda.

Era despistada por naturaleza y había tenido muchas cagadas en el pasado debido a eso, pero nunca una tan heavy. La falta de rutina al trabajar desde casa no me ponía las cosas fáciles.

Al contrario.

Vivía anárquicamente, sin horarios ni estructura clara que me guiara. No sabía ni el día de la semana en el que estaba, y cuando entraba en hiperfoco escribiendo, podía invertir horarios, despertándome al anochecer y acostándome con la luz del alba. Eso, sumado a mi habilidad innata para olvidarme de cosas importantes, hacía que mi vida pareciera una improvisación constante.

Con el pánico sacudiendo mi sistema, me giré para enfrentarme a Ben, que seguía en el mismo sitio, parado en medio del salón.

—Joder, Ben. Se me pasó totalmente. He estado muy agobiada con la entrega de mi última novela y lo olvidé por completo. ¿Qué hago ahora?

—Pues poco podemos hacer dadas las circunstancias, Jade. Tengo un contacto en la oficina de inmigración y me llamó para decirme que están considerando iniciar tu deportación.

El aire pareció congelarse a mi alrededor.

Deportación.

La palabra retumbó en mi cabeza con la fuerza de un trueno y, por un momento, todo mi mundo pareció tambalearse.

—Pero ¿cómo van a deportarme por un simple descuido? Llevo décadas viviendo aquí. ¿No hay ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo? ¿No puedes hablar con tu contacto y explicarle la situación?

—Jade, no es solo un «simple descuido». Las leyes de inmigración son muy estrictas. Mi contacto me ha dicho que están usando tu caso como ejemplo. Eres una figura pública, Jade. Esto va a salir en los medios.

Sentí que me mareaba. Me apoyé en la barra americana buscando un punto de apoyo. Mi vida estaba en Nueva York. Puede que hubiera nacido en Canadá y que mis padres hubieran regresado allí después de la jubilación, pero yo sentía que era 100% neoyorkina.

El pulso me martilleaba en las sienes y el aire se ralentizó en mis pulmones.

—Pero debe haber algo que pueda hacer —gimoteé.

Ben chasqueó la lengua contra el paladar. Estaba muy cabreado, y no podía culparlo. La había fastidiado pero bien.

—He hablado con mi contacto y parece que lo mejor, dadas las circunstancias, es que vuelvas a Canadá durante un año. No es mucho tiempo. Después de eso, podrás volver a solicitar

un visado.

La sugerencia de Ben cayó sobre mí como un jarro de agua fría. Volver a Canadá, dejar Nueva York, mi vida, mi trabajo, mis amigos... era impensable. Tenía demasiados frentes abiertos: la gira de firmas y presentaciones por todo el país, el viaje a Los Ángeles para la adaptación de *Erik & Janet, Cazadores de monstruos* en Hollywood. Poner en pausa todo eso durante un año entero simplemente no era una opción.

Ben siguió hablando, explicándome las posibles repercusiones legales que podría acarrearme mi descuido.

—Sé que un año puede parecer mucho tiempo, pero visto en perspectiva no lo es tanto. Me gustaría poder ofrecerte otra solución, pero hay pocas vías a explorar dadas las circunstancias. Si tuvieras una pareja estable y consideraras la posibilidad de casarte, eso podría cambiar las cosas, pero imagino que ese no es tu caso ya que no has mencionado a nadie antes.

La pregunta de Ben me tomó por sorpresa.

Me quedé en blanco, pensando en lo que acababa de decir.

¿Podría quedarme en Nueva York si me casaba?

De repente, recordé la película de Sandra Bullock y Ryan Reynolds, esa en la que ella se encontraba en una situación parecida a la mía y mentía, asegurando estar prometida con su ayudante.

Mil pensamientos cruzaron por mi cabeza a la vez, mil pensamientos contradictorios que se enredaron entre sí como cables en un cajón.

Solo había una persona a la que pudiera nombrar en ese contexto.

Y entonces, llevada por ese tipo de impulso tan propio en mí, ese tipo de impulso que solía acarrearme muchos quebraderos de cabeza después de llevarlo a cabo, miré a Ben con determinación y solté:

—Pues ahora que lo dices, sí que hay alguien. Y no solo tenemos una relación estable: estamos prometidos.

Ben me miró con desconfianza.

—Ah, ¿sí? ¿Quién?

—¿Conoces a Erik Hansen?

2

Jade

¿Te gustan los vikingos? Pues Erik Hansen responde a todas tus fantasías húmedas sobre estos guerreros nórdicos.

Es alto, grande, rubio, fuerte y tiene unos ojos azules que te traspasan cuando te miran. Practicó natación durante muchos años, y su espalda ancha da buena cuenta de ello. Y no hablemos de los abdominales... dignos de haber sido esculpidos por el mismísimo Miguel Ángel.

Pero Erik no solo está cañón, sino que también tiene un cerebro prodigioso.

Fue considerado un friki en el instituto, al igual que Connor, otro de mis mejores amigos con el que los tres formamos un pack indivisible, y al igual que yo. Que fuera un apasionado de las ciencias, los cómics y las películas de ciencia ficción tuvo mucho que ver con ello.

Estoy convencida de que, si en lugar de saberse de memoria todas las ecuaciones de Einstein y citar líneas de «Star Trek» como si fueran mantras hubiera sido el capitán del equipo de fútbol, habría sido el chico más popular de nuestro curso.

No voy a negar que cuando era una adolescente con las hormonas revolucionadas, sintiese algo por él.

Mientras que Connor era como un hermano para mí y la simple idea de besarlo me producía repugnancia y ganas de vomitar, con Erik las cosas siempre fueron distintas.

Digamos que la idea de besarlo no me daba asco, precisamente. Al contrario. Su presencia provocaba ciertas reacciones en mi cuerpo que eran difíciles de controlar.

Había llovido mucho desde entonces, y mis sentimientos por Erik se habían apaciguado como esa tormenta que amaina tras haber caído con intensidad durante horas.

Nunca había pasado nada entre nosotros y estaba convencida de que, a aquellas alturas, nunca pasaría, por mucho que siguiera existiendo cierta tensión en el ambiente cuando estábamos juntos.

Éramos mejores amigos, hablábamos a diario, nos veíamos todas las semanas y sentía que lo que teníamos era inquebrantable. Todo ello gracias a haber mantenido a raya la atracción.

¿Había pensado en tirármelo alguna vez? Más de las que estaba dispuesta a confesar en voz alta. Pero una amistad vale más que el sexo. Por muy prometedor que este sexo pueda parecer.

Por eso estaba convencida de que casarme con él para evitar la deportación era una buena idea.

¿Qué podría salir mal?

Solo tendríamos que fingir ser pareja frente a todo el mundo. Aquello no podía ser tan difícil, ¿no?

Ya actuábamos como una pareja la mayor parte del tiempo y la gente solía dar por hecho

que estábamos juntos. Convencer al departamento de inmigración de que lo nuestro era real y no fingido tenía que ser pan comido.

Y con esa idea en mente me planté frente a la puerta del apartamento de Erik en Greenwich Village y llamé al timbre.

Erik no abrió de inmediato. Tardó unos minutos antes de aparecer al otro lado ataviado únicamente por una toalla rodeando su cintura. Tenía el pelo rubio completamente mojado y pequeñas gotitas se desprendían de las puntas. Su cuerpo estaba húmedo y brillaba como el de Edward Cullen de Crepúsculo con la luz del sol.

Ay, Dios, ahí estaban sus músculos abdominales dándome la bienvenida e invitándome a tocarlos.

Hola, abdominales. Encantada de veros.

Tragué saliva, anonadada por aquella estampa, y luego subí mis ojos hacia los suyos, que me observaban con desconfianza.

—¿Qué haces aquí? —dijo a modo de saludo.

—¿Ese es modo de dar la bienvenida a tu mejor amiga?

—Me has pillado en la ducha. Y no habíamos quedado.

Me mordí el labio, echando otro vistazo a su torso.

—Un profesor de universidad no debería tener ese cuerpo. No me extraña que la tasa de

aprobados en tu clase sea tan baja. Si fueras mi profesor yo tampoco podría concentrarme.

Erik era profesor de Física Teórica en la universidad de Columbia y estaba muy bien posicionado dentro de su campo.

Viajaba a menudo para hacer simposios y conferencias, y sus artículos eran publicados en revistas de gran reputación científica. Cerebro y físico. Vamos, tenía el paquete completo.

Erik carraspeó.

—¿Puedes dejar de mirarme como una pervertida? Mi cara está más arriba de donde apuntan tus ojos.

—En ese caso, tápate. Tus abdominales me gustan más que tu cara.

—Debería sacarte una tarjeta roja por eso.

Subí mis ojos de nuevo hasta los suyos.

—Si yo tuviera que sacarte una tarjeta roja cada vez que me miras las tetas, serías mi esclavo de forma indefinida.

Lo de sacarnos tarjetas tenía historia.

En el instituto, Connor, Erik y yo inventamos una serie de normas para evitar conflictos entre nosotros y las tarjetas servían para disuadir comentarios sexuales inadecuados. Si alguno soltaba una insinuación subida de tono, recibía una tarjeta.

Las naranjas eran por faltas leves y se pagaban invitando al otro a cenar donde quisiera.

Las rojas, se sacaban por comentarios más serios, e implicaban cumplir un deseo al agraviado.

La última vez que me sacaron una roja fue cuando comparé el pene de Erik con el martillo de Thor, y las consecuencias fueron épicas.

Tuve que poner su nombre al protagonista de mi siguiente libro como pago. Por eso el vampiro de mi saga *Cazadores de monstruos* se llama Erik.

Después de una breve batalla de miradas, Erik se apartó para dejarme entrar. Me senté en el sofá mientras él iba a vestirse.

Volvió con unos vaqueros ajustados y una camisa blanca, remangada hasta los codos, lo que dejaba a la vista sus antebrazos llenos de venas. Sexy a más no poder.

Fue a la cocina, trajo un par de cervezas y me dio una antes de sentarse.

—¿Cómo le va a Jensen en la universidad? —pregunté, allanando el terreno para lo que vendría después.

A pesar de ser una persona directa, sabía que empezar aquella conversación con un: «Erik, ¿quieres casarte conmigo?» No era una buena idea. Y hablar de Jensen siempre le sacaba una sonrisa y le ponía de buen humor. Se notaba lo orgulloso que estaba del hombrecito en el que se estaba convirtiendo.

Jensen era su sobrino. Vivía con Erik desde que su madre desapareció años atrás y había sido aceptado en la universidad de Minnesota con una beca deportiva.

De todos era bien sabido que la universidad de Minnesota ofrecía uno de los programas de hockey más prestigiosos y que había producido muchos jugadores de la NHL.

—Está encantado con la universidad y el equipo de hockey es increíble. Dice que nunca ha estado tan motivado. El fin de semana pasado regresó a casa y pasamos el rato analizando partidos y estudiando estrategias de juego.

Erik tomó un sorbo de su cerveza y se reacomodó en la butaca, con su mirada puesta en mí.

—¿Sigue queriendo dedicarse al hockey de forma profesional?

—Eso parece. Aunque dudo de que hayas venido aquí sin avisar para mantener una conversación informal sobre Jensen.

—Pues no —admití. Nerviosa dejé el botellín de cerveza sobre la mesa de centro y empecé a frotarme las manos. Ya he dicho antes que no soy una persona que guste de andarse por las ramas, pero no había forma fácil de afrontar aquella conversación. Así que carraspeé, cogí aire y decidí empezar desde el principio para que entendiera la gravedad de la situación—. ¿Recuerdas a Ben? ¿Mi abogado?

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—Ha venido a casa muy cabreado porque no le cogía el teléfono. Me ha dicho que tengo un problema serio con mi visado. Si no lo soluciono pronto, podrían empezar el proceso de deportación.

Erik se inclinó hacia adelante, dejando su cerveza.

—¿Deportación? Pero ¿cómo es eso posible? Llevas años viviendo en Estados Unidos, pensé que tenías todo en regla.

—Y lo tenía, pero… se me pasó la fecha de renovación del visado. —Fui bajando el volumen de mi voz poco a poco, por lo que la última palabra sonó como un susurro.

Sabía que Erik me metería bronca, y no me equivoqué.

—¿Qué? ¡Joder, Jade! Sé que eres un puto desastre, pero ¿olvidarte de renovar el visado? ¡¿Cómo pudiste olvidar algo así?!

—Ya sabes que se me olvida todo, todo el tiempo.

—Esa no es excusa.

—Lo sé, sé que no lo es, pero no es fácil vivir con un cerebro como el mío.

Erik se pasó una mano por el pelo, lleno de frustración y yo me quedé callada, odiándome una vez más por ser incapaz de controlar el caos que dominaba mi vida desde siempre.

No me gustaba justificarme con mi TDAH, pero lo cierto es que la configuración de mi cerebro era diferente y tenía alteradas las funciones ejecutivas, por lo que mi memoria se veía comprometida.

Llevaba toda mi vida luchando contra los olvidos y resultaba frustrante saber que, por mucho que me esforzara, eso es algo que no podría corregir.

Los calendarios y las agendas no ayudaban, porque también me olvidaba de mirarlos. Y las

alarmas en el móvil tampoco servían, porque si no hacía la tarea pendiente en el momento de apagar la alarma, volvía a olvidarla.

A lo largo de mi vida me había olvidado de fechas de exámenes, de visitas a médicos, de cumpleaños de amigos, de citas con hombres a los que estaba conociendo, de comida en la nevera que acababa por caducar, de pagar facturas a tiempo y de muchas otras cosas que, sí, eran importantes, pero no vitales, como sí lo era haberme olvidado de la jodida renovación del visado.

Rompí el silencio contándole un poco lo que Ben me había dicho. Que debería marcharme a Canadá durante un año y que debería posponer reuniones, firmas y presentaciones.

—Bueno, a ver, sé que no es lo ideal, pero un año no es tanto. Tampoco es que tengas otra alternativa —dijo Erik chasqueando la lengua con fastidio.

—Sí que la tengo.

Su ceja se elevó.

—Ah, ¿sí? A ver empezado por ahí. —Suspiró con alivio—. ¿Cuál?

—Que te cases conmigo.

3

Jade

Dejar sin palabras a Erik era casi imposible. Siempre tenía la respuesta perfecta preparada en la punta de la lengua. Pero ahí estaba, mirándome, inmóvil, como si le hubiera lanzado un hechizo paralizador. Ojos fijos, boca entreabierta, y cuerpo petrificado. La definición gráfica de conmoción.

Carraspeé de forma exagerada, en un intento desesperado de sacarlo de su parálisis, y funcionó. Parpadeó un par de veces, sacudió la cabeza y luego entrecerró los ojos, mirándome unos segundos antes de romper a reír. A carcajadas. En una risa trastornada que daba un poco de miedo.

—Joder, Jade. Por un momento pensé que hablabas en serio. ¿Casarnos tú y yo? Menuda locura. —Se le escapó otra risa, pero se desvaneció en cuanto vio mi cara—. Espera… ¿lo dices en serio?

—Muy en serio.

Erik se enderezó de golpe en el sofá, y su expresión pasó por muchas fases antes de quedarse anclada en una: la de estupefacción total.

—¿Quieres que nos casemos?

—No es que quiera. Es que es mi única opción para quedarme en el país. Y sí, un año no parece tanto, pero ¿sabes lo que afectaría a mi carrera un parón así? Tengo eventos programados para los próximos meses. No puedo desaparecer.

—¿Pero te has vuelto loca? —Erik levantó la voz, algo poco común en él. Erik no solía perder los nervios con facilidad, pero estaba claro que mi propuesta lo había sacudido—. ¿Eres consciente de que me estás pidiendo que cometa un fraude? Casarnos solo para arreglar tu situación es ilegal. Podríamos acabar enfrentándonos a cargos serios si nos pillan.

—Pero nadie va a descubrirlo, si hacemos las cosas bien…

—¿Hablas de hacer las cosas bien tú? ¡Si ni siquiera puedes recordar algo tan simple como renovar un visado!

—¡Eso ha sido un golpe bajo!

—No es un golpe bajo, es la verdad. —Clavó sus ojos en los míos—. ¿Por qué yo?

—Porque solo te tengo a ti y a Connor. Y Connor está casado y tiene hijos. Eres mi única opción.

—Vaya, así que soy tu única opción, qué honor —ironizó.

—Además, la gente ya piensa que estamos liados. Convencer a inmigración de que lo nuestro es real no será difícil.

Erik suspiró, se pasó una mano por el pelo y se levantó del sofá.

—Contigo siempre es igual. Propones una idea descabellada, logras convencerme para llevarla a cabo, y, al final, yo termino pagando las consecuencias. ¿Recuerdas en el instituto cuando insististe en ir a ese concierto en Pittsburgh? Me persuadiste para que mintiéramos a nuestros padres, diciéndoles que pasaríamos la noche en casa de unos amigos. Un plan sin fisuras, aseguraste. Al final, yo fui el único que atraparon y acabé castigado un mes entero sin salir, sin móvil, sin televisión y sin consola.

—Eso fue mala suerte. ¿Quién habría imaginado que llamarían para recordarte que te tomaras la medicación? Además, el concierto fue increíble, ¿no?

Erik volvió a suspirar y se masajeó la frente.

—Lo fue, pero ese no es el punto. El punto es que siempre termino en situaciones comprometidas por seguirte el juego. Y no voy a caer esta vez. No puedo arriesgar mi vida y mi futuro por complacerte.

—¿Así que no vas a ayudarme? —pregunté, sintiendo cómo se me formaba un nudo en la garganta.

—Es que no me estás pidiendo que te ayude, Jade, me estás pidiendo que cometa un delito. Además, no quiero hacer las cosas así, tú… tú no lo entiendes. —Se pasó una mano por el pelo, visiblemente frustrado—. No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo. —Erik me miró fijamente, de una forma que no supe interpretar.

Pero no, en ese momento no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo. Me sentía desolada, acorralada y angustiada. Sabía que Erik tenía razón en todo lo que había dicho. El propio Ben me había explicado las consecuencias de un fraude matrimonial: multa de 250.000 dólares y prisión para el ciudadano estadounidense, y la deportación y la prohibición de reingreso al país por más

de diez años para la persona extranjera. Pero estaba tan segura de que casarnos era la solución, que ni siquiera me había detenido a considerarlo en serio.

—Lo siento. Nunca debí venir hasta aquí y proponerte esto. Olvídalo.

Me levanté del sofá con un movimiento rápido y brusco. Mis piernas chocaron con la mesa de centro. Los botellines de cerveza trastabillaron y uno de ellos se volcó, derramando cerveza sobre la superficie. Ni siquiera me detuve a contemplar el desastre. En grandes zancadas, caminé hacia la puerta y me marché, ignorando por completo los gritos de Erik pidiéndome que esperara.

Una vez en la calle, la humedad y el calor me recibieron como un abrazo asfixiante. Aunque era otoño, las temperaturas seguían altas por culpa de un frente cálido. Y me asaltó un pensamiento: pronto no tendría que preocuparme por el calor y la humedad de Nueva York. Estaría en Canadá.

Quizá tenía que aceptar esa realidad. Hacer las maletas y marcharme. Mis padres me recibirían con los brazos abiertos, aunque no sabía cómo explicarle la situación a mi editora.

En el mercado literario, una novela solo es parte del trabajo. La promoción tiene mucho más peso. ¿Cómo iban a promocionar la nueva novela que salía en cuatro meses sin mí? Una novela que, además, tenía que reescribir.

¿Por qué de pronto todo se había torcido?

Me detuve en un semáforo, a la espera de que se pusiera en verde, y noté la vibración del móvil dentro del bolso. Pensé que sería un mensaje conciliador de Erik, pero no. Era un correo de un remitente desconocido:

De: Desconocido

Para: Jade Chen

Asunto: Tu sangre...

Me encantan tus libros. Y me encantas tú. Eres bonita como una flor negra. Quiero beberme tu sangre, Jade.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Miré a mi alrededor, como si esperara ver a alguien vigilándome, aunque rápidamente lo descarté. Seguramente era algún fan raro. Lo de «Quiero beberme tu sangre» era inquietante, pero también era una frase que Erik, el vampiro, había usado con Janet en uno de mis libros.

Después de pensarlo un segundo, marqué el correo como spam y bloqueé al remitente. Con todas las preocupaciones que ya tenía, no podía añadir una más a la lista.

El semáforo cambió a verde y crucé la calle de forma automática, con la mente hecha un lío y las emociones a flor de piel.

4

Erik

Cerré con llave la puerta de mi despacho en el departamento de Física Teórica de Columbia, listo para irme a casa después de un día que, sin duda, había sido el peor desde que daba clases. Estaba tan disperso que hasta mis alumnos me preguntaron si me encontraba bien. Y todo por Jade. Mierda. Esa pequeña caótica me había jodido la cabeza. Llevaba todo el día dándole vueltas a nuestra conversación del día anterior.

Aún no podía creer que hubiera propuesto que nos casáramos como un simple trámite administrativo. Como si aquello no tuviera consecuencias. Como si casarnos no afectara para nada a nuestra vida o nuestra relación de amistad.

Su impulsividad y su frescura siempre me habían fascinado. Para alguien tan comedido como yo, Jade era un soplo de aire fresco. Desde el primer momento, me vi atraído por su personalidad intensa y desmedida, como una polilla ante la luz. Y con los años, esa atracción no había dejado de crecer.

Era bajita, apenas un metro cincuenta, con un look que no pasaba desapercibido. Su estilo gótico, con vestidos de tul negro y botas de plataforma, le daba un aire oscuro y rebelde. Su pelo negro le caía justo por la mandíbula, enmarcando su rostro con un flequillo recto que resaltaba aún más sus ojos rasgados y su piel pálida. Jade era como un personaje de sus propias novelas: una mezcla de caos y magnetismo. Me había dejado arrastrar por sus locuras más de una vez,

pero no podía ceder en esta ocasión.

Aunque, si soy sincero, me sentía un poco mal por nuestra discusión. Siempre fui blando con Jade. Ella era mi debilidad. Mi kriptonita.

Con un bufido, me dirigí hacia la salida, y en el camino me crucé con mi colega de departamento, James Allen.

—Eh, Erik, justo iba a buscarte para que tomáramos un café juntos.

¿Quería tomarme un café con James en aquel momento? Casi tanto como tragar cemento. Sin embargo, acepté porque no me quedaba más remedio.

James estaba dentro del Comité de Evaluación de Proyectos y, hacía poco, me había postulado como Investigador Principal para un proyecto a gran escala. Se trataba de un proyecto sobre energía oscura, que era mi campo de estudio, y estaba entusiasmado con la posibilidad de liderar mi propio equipo.

Sabía que la decisión aún no estaba tomada, porque había otros candidatos, y tener a James de mi lado era crucial para inclinar la balanza a mi favor. Por eso acepté.

Quince minutos más tarde estábamos sentados en una de las mesas del Starbucks de la facultad, tomándonos un café. Al menos lo mío era café. James se había pedido una de esas bebidas aderezadas con tantos extras que apenas lo parecía.

—Mira, Erik —empezó, inclinándose hacia mí—, esto es confidencial, pero me caes bien y respeto tu trabajo, así que te lo diré: el comité está dividido entre otro candidato y tú. La cosa está reñida.

—Entiendo —di un sorbo a mi café, intentando mostrarme sereno, a pesar de que los nervios me comían vivo por dentro. No era tan ingenuo como para pensar que nadie más se postularía para el puesto, pero, estaba convencido de que sería la mejor de las opciones. Tenía prestigio y reputación, y se trataba de mi campo de estudio—. ¿Y quién es el otro aspirante?

—Owen Smith, del MIT.

Casi dejo caer la taza por la sorpresa. ¿Owen? ¿En serio? ¿Desde cuándo le interesaba la energía oscura? Todo el mundo sabía que Owen estaba especializado en física de partículas.

Fruncí el ceño, recordando nuestra vieja rivalidad. Y es que Owen y yo habíamos tenido nuestros más y nuestros menos a lo largo de los años.

Primero como estudiantes universitarios, después como alumnos de máster, más tarde como doctorandos y, finalmente, como rivales en el ámbito académico.

Cuando aceptó un puesto en el MIT, lo celebré. Estaba harto de nuestras disputas constantes. Pero ahora volvía a aparecer, justo en el proyecto que yo más ansiaba liderar.

Nuestra animadversión era bien conocida por todos, lo que convertía aquella competición por el puesto en algo morboso, como si fuéramos dos concursantes en un reality show.

—¿Por qué querría Owen meterse en esto? No es su campo.

—Parece que está explorando nuevas áreas. Además, su mujer está embarazada, su familia está aquí en Nueva York, y ve en este programa la posibilidad de regresar a la ciudad. Owen tiene mucha experiencia coordinando grandes proyectos, y su propuesta ha impresionado mucho al comité.

—O sea, que mis posibilidades son mínimas.

—No exactamente. Hay muchos que te apoyan porque eres un referente en el campo. Pero también hay muchos que apoyan a Owen.

—¿Y entonces?

—Entonces es probable que el decano Graham acabe tomando la decisión.

Fue como si me lanzaran un cubo de agua helada encima. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

Conocía a Graham, y también conocía muy bien su gusto por los valores tradicionales. No solo en la investigación, sino también en la vida. Y Owen, en ese sentido, tenía un perfil más acorde con las expectativas de Graham. Estaba casado, iba a tener un hijo y tenía una vida familiar estable, no como yo, que llevaba años soltero y me hacía cargo de Jensen, mi sobrino, debido a los problemas de adicción de mi hermana.

—Mierda —mascullé—. Si el decano Graham acaba tomando la decisión, estoy jodido.

James se encogió de hombros.

—Sé que le caes bien y te respeta como académico, pero le choca que, a tus casi 34 años, nunca hayas tenido una relación estable. Los hombres solteros suelen parecer menos confiables para proyectos de largo plazo. Al no tener tantas responsabilidades o ataduras, se les percibe como menos comprometidos.

Mi cabeza empezó a ir a mil por hora. No podía dejar que Owen ganara. No soportaría tener

que cruzármelo a diario. Ya era lo suficientemente arrogante sin la satisfacción de haberme superado en algo. No, no podía permitirlo.

Tenía que encontrar la forma de darle la vuelta a la situación. Si lo único que chirriaba a Graham sobre mí era mi situación personal… eso podía cambiarse.

Pensé en Jade y en su propuesta.

¿Y si, al final, casarnos era otra de esas locuras en las que debía dejarme arrastrar? Ambos saldríamos ganando: ella se quedaría en el país y yo mejoraría mi posición ante Graham. Era un win-win.

Aunque lo otro… lo que tenía que ver con mi corazón y mis sentimientos… ¿Qué pasaba con ello?

Suspiré.

Eso tampoco cambiaba las cosas entre nosotros. Tendría que aceptar que lo nuestro siempre sería así. Un imposible. Algo platónico con lo que soñar sin más.

Di un nuevo sorbo al café, infundiéndome valor para lo que estaba a punto de decir. Luego:

—¿Y quién dice que, a mis 34 años, nunca haya tenido una relación estable?

James me miró con sorpresa.

—¿La has tenido?

—Por supuesto. De hecho, a día de hoy, la tengo. Que no me guste hablar de mis asuntos

personales no significa que sean inexistentes. Es más, estoy comprometido.

James abrió mucho la boca y los ojos.

—¿En serio? ¿Con quién?

—Con Jade. Jade Chen.

5

Jade

Cogí un puñado de ganchitos de la bolsa y me los metí en la boca mientras revisaba el manuscrito de mi novela. Cambiar la trama para añadir un romance entre Erik, el vampiro, y Janet se estaba convirtiendo en una tortura. Me hacía sentir incómoda. Había demasiadas similitudes entre esos personajes ficticios y la realidad.

Lamentaba haberme inspirado en Erik para crear a Erik el vampiro. Ahora, cada palabra que escribía me hacían pensar en él.

Maldita sea.

Para colmo, seguía molesta por nuestra discusión el día anterior. Aún no se había puesto en contacto conmigo, y eso era algo raro en él. Cuando discutíamos solía enviarme un mensaje reconciliador a las pocas horas. Debía estar muy cabreado conmigo para no hacerlo.

Con un suspiro, cerré el portátil que tenía sobre el regazo y lo aparté a un lado. Tenía el salón hecho un desastre, lleno de envoltorios de chocolatinas y de bolsas de ganchitos que habían servido para alimentarme las últimas 24 horas.

La ansiedad por reescribir el libro no ayudaba, y la incertidumbre del visado me estaba destrozando los nervios.

Ben me había llamado para decirme que en dos días tenía una cita con Inmigración para solicitar el visado por matrimonio. No tuve el valor de decirle la verdad: que no habría matrimonio.

Estaba jodida.

Me tiré en el sofá, intentando pensar en mis opciones.

Quizás, después de todo, irme a Canadá no era tan mala idea. Quizás podría convencer a Geraldine para postergar la entrega del manuscrito un año, lo que no supondría una solución directa a mi problema de inspiración, pero sí retrasaría el momento de tener que enfrentarme a él.

No tuve mucho tiempo para pensar en ello, porque en ese momento llamaron al timbre. Me dirigí a la puerta y miré por la mirilla. Era Erik. Mierda. No quería encararlo en ese momento.

Me aclaré la garganta y, sin abrir la puerta, pregunté:

—¿Puedes venir en otro momento? No estoy en condiciones de discutir ahora mismo.

Lo vi poner los ojos en blanco.

—No he venido a discutir. ¿Puedes abrir? —insistió. Y cuando vio que no respondía, añadió —: Vamos, Jade... por favor.

Esa súplica venció mi resistencia. Abrí la puerta y lo dejé pasar. Estaba guapísimo, como siempre. Llevaba una americana con coderas marrones, una camisa azul clara y pantalones beige. Su look de profesor universitario era imponente.

—¿Qué quieres? —le pregunté mientras me repantigaba de nuevo en el sofá.

Erik observó el caos a mi alrededor y suspiró.

—¿Has vuelto a alimentarte a base de chocolatinas y ganchitos?

—Pues sí. Tengo que revisar la novela y no tengo tiempo para pensar en mi dieta.

Erik rodó los ojos, y me enseñó una bolsa que llevaba entre las manos, en la que no había reparado. Era del Freaks. Sacó un recipiente y lo dejó en la única parte de la mesa que no estaba llena de basura. Era una ensalada de brotes verdes y pollo. Hice una mueca de decepción. Hubiera preferido una hamburguesa con patatas fritas. Erik me miró serio.

—Tienes que cuidar tu alimentación. No puedes sobrevivir a base de porquerías. Se te taponarán las arterias antes de llegar a los 40.

—Tengo un metabolismo súper rápido. Lo quemo todo en segundos.

—Esa no es excusa para comer como si fueras una adolescente a la que sus padres han dejado sola un viernes por la noche.

—Deja de regañarme y fingir que te preocupas por mí. Ayer quedó claro que no es así.

—Oh, perdona por no querer ir a la cárcel por ti —replicó, lanzándome una mirada cargada de reproche.

Lo miré de vuelta, muy digna. Sabía que tenía razón, pero jamás lo admitiría. Mientras lo fulminaba con la mirada, vi que sacaba algo más de la bolsa.

—¿Qué es eso? —pregunté cuando se acuclilló frente al mueble de la tele.

—Una Alexa —respondió, sacando el dispositivo de su caja—. Voy a instalarla y programarla para que te sirva de calendario y alarma. A ver si con esto se reducen tus «olvidos».

Mi corazón se ablandó, pero no lo suficiente para no lanzarle otra pulla.

—No te esfuerces mucho, que igual pronto tengo que reprogramarla en mi nueva casa en Canadá.

Nada más decir eso, Erik se levantó de golpe, enfrentándome con los brazos cruzados.

—Voy a hacerlo, así que déjalo ya.

Lo miré intentando dar significado a sus palabras.

—¿Que vas a hacer qué?

—Casarme contigo. Fingir que estamos juntos. —Suspiró—. Ahora, ¿puedes abandonar el tonito pasivo agresivo y dejarme acabar con esto?

Lo miré boquiabierta. ¿Lo decía en serio? ¿De verdad nos íbamos a casar? ¿Podría quedarme en Estados Unidos sin tener el miedo de la deportación persiguiéndome? Erik se giró, dándome la espalda, y conectó la Alexa al enchufe.

—Dame tu móvil, lo necesito para terminar de configurarla.

Obedecí al instante, sin pensar. Le pasé el teléfono y me acuclillé a su lado, aún en shock.

—¿De verdad lo harás?

—Sí —respondió sin mirarme mientras toqueteaba mi móvil.

—¿Vas a casarte conmigo, aunque eso signifique que podrías arruinarte y acabar en la cárcel?

—Ajá.

—¿Por qué?

Erik me ignoró unos segundos más mientras terminaba de enlazar mi móvil con la Alexa. Cuando terminó, me devolvió el teléfono y se levantó.

Lo seguí rápidamente, sintiéndome pequeña a su lado. Mi metro cincuenta y poco no podía competir con su metro noventa, y menos vestida con una camiseta vieja de Pesadilla antes de Navidad y unas mallas desgastadas. Su aspecto impecable me hacía sentir aún más desastrosa.

—¿No vas a comer lo que te he traído? —señaló la ensalada con un movimiento de cabeza.

—No cambies de tema. Ayer parecía que te horrorizaba la idea de casarnos. ¿Qué te ha hecho reconsiderarlo?

—Las cosas han cambiado desde ayer.

—¿Qué ha cambiado?

—Ahora yo también podría beneficiarme de ser un hombre casado. —Al ver mi cara de perplejidad, añadió—: Te lo cuento mientras comes.

Nos sentamos en el sofá, y mientras yo devoraba la ensalada, Erik me explicó la conversación que había tenido con un miembro del comité de evaluación del proyecto que quería liderar. Sabía algo de eso, Erik me lo había mencionado. Cuando terminó de hablar, mi mente daba vueltas.

—Déjame ver si lo entiendo. Tu archienemigo Owen Smith también opta al puesto, el comité está dividido, y crees que el rector va a decantarse por él porque está casado. ¿Es eso?

Erik asintió.

—Ya ha habido antecedentes antes. A Lili Morgan la descartó como profesora titular porque era demasiado joven y estaba soltera. Para el rector Graham, tener una vida asentada es sinónimo de estabilidad. Así que suele elegir perfiles muy concretos. Podría denunciarlo, pero no quiero convertirme en un grano en el culo en el ámbito académico. Nadie querría colaborar conmigo si da la sensación de que soy problemático.

Asentí, intentando procesarlo todo. Aunque aquello me venía de perlas, había algo que me inquietaba.

—Pero casarnos no garantiza que el rector te elija. Podría seguir prefiriendo a Owen.

—Puede ser, pero sin esto no tengo ninguna posibilidad.

—Entiendo.

—He pensado en ello, y lo veo factible. Son muchas las personas que en los últimos años me han preguntado si estamos juntos. Aunque si lo vamos a hacer, deberemos hacerlo bien. No puedes cagarla con esto, Jade. Nos jugamos mucho.

—Lo sé, lo sé, y me lo tomaré en serio. Prometido. —Le ofrecí mi meñique para sellar la promesa, pero él lo ignoró por completo.

Estaba claro que aceptaba mi proposición por pura necesidad. Y no es que yo esperara otra actitud por su parte, yo misma había sugerido aquello por lo mismo, pero no esperaba que se mostrara tan abiertamente en contra. Como si casarse conmigo le pareciera lo peor que le podía pasar en la vida.

—He hecho una lista de cosas a tener en cuenta —dijo, sacando un cuaderno del bolsillo de su americana. Lo abrió, pasó unas páginas y empezó a leer—. Lo primero: esto queda entre tú y yo. Nadie debe saber que es ficticio. Ni siquiera nuestras familias ni amigos.

—¿Tampoco Connor? —pregunté, sorprendida. Mentirle a Connor me parecía demasiado. Siempre habíamos sido nosotros tres contra el mundo.

—Ni siquiera Connor. Miente fatal. En caso de que Inmigración le haga preguntas, podría destapar la farsa sin querer.

Asentí. Tenía razón. Nadie mentía peor que Connor. Erik continuó.

—Tendremos que vivir juntos. Inmigración hace visitas sorpresa para comprobar que las parejas viven juntas.

—¿Qué? —Me llevé una mano al pecho, incrédula—. En mi piso no cabemos los dos.

—En el mío sí.

—¿Pretendes que me mude en tu apartamento?

—Al menos hasta que todo termine. No podemos dejar cabos sueltos.

La idea no me hizo gracia. Nunca había sido buena conviviendo con otros, pero no estaba en posición de quejarme.

—Vale —acepté a regañadientes.

—Y esto nos lleva al siguiente punto. Cuando Jensen esté en casa, tendremos que compartir habitación.

Abrí mucho la boca.

—¿Quieres que compartamos cama?

—En mi habitación solo hay una cama, así que sí.

—¡Pero yo me muevo mucho! Será muy incómodo para ti. Y a veces, hablo mientras duermo.

—No te preocupes, podré soportarlo —dijo, mortificado—. Pero dormir en habitaciones separadas sería sospechoso. Instalaré una cama en mi despacho para cuando Jensen no esté.

—Vale. Gracias.

—Y bueno, tendremos que fijar la fecha de la boda, organizarlo todo y hacer creíble nuestra relación delante de nuestro círculo para que nadie sospeche.

De pronto sentí vértigo. Sentí vértigo porque pasó de ser algo hipotético a convertirse en real. En poco tiempo, Erik y yo seríamos una pareja casada. Una pareja casada con fecha de

caducidad.

Tragué saliva con fuerza y asentí para que Erik supiera que estaba conforme, aunque dentro de mí se entremezclaban emociones encontradas.

—Mañana llamaré a mi abogado para que nos asesore y podamos hacer esto bien. ¿Te parece?

—Claro. Gracias.

—En ese caso, me marcho ya. Te llamo mañana, Jade.

Ni siquiera me dejó acompañarlo hasta la puerta. Él, con su metro noventa, llegó mucho antes y salió por ella sin ni siquiera girarse y dedicarme una de sus sonrisas habituales.

Frente a la puerta cerrada, me sentí algo mal pensando que Erik estaba haciendo todo aquello en contra de su voluntad.

A fin de cuentas, aunque nunca hubiéramos hablado de ello, sabía que Erik era un romántico. Probablemente había soñado con una boda por amor y no con una boda falsa que lo convertiría en divorciado en un par de años.

¿Estaba siendo egoísta?

Según él, aquella boda también le beneficiaba, pero… algo me decía que yo salía ganando con ese acuerdo.

6

Erik

Dos días después, nos encontrábamos en la sala de espera de Inmigración. El ambiente era tenso, cargado de murmullos apagados y del crujir ocasional de papeles. Las luces fluorescentes del techo hacían que todo pareciera frío e impersonal.

Jade, sentada a mi lado, no paraba de mover la pierna derecha, golpeando rítmicamente el suelo con la punta del pie. La miré de reojo, observando cómo sus manos jugaban con un bolígrafo que había cogido de la recepción, girándolo entre los dedos como si fuera un malabarista.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —susurré. Sabía que estaba nerviosa, pero su comportamiento estaba atrayendo demasiadas miradas.

—¿Hacer qué? —preguntó sin detenerse.

—Mover la pierna como si fueras una batería humana.

—¿Por qué?

Ladeé la cabeza para mirarla y nuestras rodillas se tocaron. Ignoré el cosquilleo que ese pequeño roce provocó. Era experto en eso. En ignorar las reacciones de mi cuerpo hacia ella.

—Porque es sospechoso, y lo último que necesitamos es despertar sospechas —respondí, bajando aún más la voz para que nadie alrededor pudiera escuchar.

Jade resopló y cruzó los brazos, aunque su pierna seguía en movimiento.

—No puedo evitarlo. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo tú?

—No estoy tranquilo. Solo soy bueno disimulando.

Ella dejó escapar una risa corta, nerviosa, y bajó la mirada hacia el bolígrafo que giraba entre sus dedos.

—Pues yo estoy a punto de vomitar. ¿Y si algo sale mal? ¿Y si nos pillan? —murmuró.— Como si estar calmada fuera fácil para mí —bajó la voz, haciendo un puchero con sus labios pintados de rojo oscuro.

—Te recuerdo que hacer esto fue idea tuya.

Ella me miró ofendida, pero antes de que pudiera replicar, un oficial de inmigración se acercó por el pasillo y nos llamó por nuestros nombres. Nos levantamos, le estrechamos la mano y lo seguimos hasta su despacho, un cubículo pequeño y sin personalidad.

—Bueno, bueno, bueno, señorita Chen, me sorprendió mucho recibir una solicitud de su abogado para iniciar un visado por matrimonio. —El funcionario de Inmigración miró a Jade con escepticismo.

Jade tragó saliva y forzó una sonrisa.

—Eh... sí, entiendo que pueda parecer raro.

—Parte de mí se pregunta si este matrimonio tiene algo que ver con la expiración de su visado hace un mes.

Jade soltó una risa exagerada, nerviosa.

—¿Está insinuando que estoy solicitando un visado de matrimonio para evitar problemas legales? —Su risa sonó aún más forzada.

Como siguiera dejándole llevar las riendas de la conversación acabaría yo entre rejas y ella en el primer avión disponible a Canadá.

Carraspeé, intentando llamar la atención del funcionario, y cogí las manos de Jade entre las mías. Sus manos se vieron pequeñas en comparación, y de alguna forma absurda e infantil, me gustó esa diferencia.

—Lo que mi prometida está intentando decir —intervine con calma—, es que la expiración del visado no influyó en nuestra decisión de casarnos. Nos comprometimos hace semanas, pero estábamos esperando el momento adecuado para hacerlo público. En realidad, hemos mantenido nuestra relación en secreto durante meses para evitar rumores. Jade Chen es una escritora bastante conocida, y su vida privada genera mucho interés. Puede buscar nuestros nombres en Google. No queríamos que todo el mundo se metiera en nuestras vidas. Por eso no lo contamos a nadie.

—Ajá, entiendo —dijo el funcionario, aunque su expresión dejaba claro que no nos creía del todo.

Miré a Jade que se había quedado anonadada mirándome a mí. Al menos ya no llevaba tatuada la palabra «mentira» en la frente.

—Sé que suena conveniente, pero mis sentimientos por Jade son reales. Siempre lo han sido. Es verdad que el problema del visado ha adelantado nuestros planes, pero le aseguro que nuestro compromiso es genuino. ¿Verdad, cariño? —Lancé una mirada significativa a Jade, que tardó unos segundos en reaccionar y asentir.

—Eh… sí. —No era la respuesta más elocuente del mundo, pero tendría que valer.

El funcionario tomó nota de nuestros comentarios en su ordenador y tras unos segundos de vacilación, levantó la vista y nos miró a ambos con una expresión mucho más conciliadora.

—Señor Hansen, señorita Chen, estoy dispuesto a creerlos. Seguiré el procedimiento estándar. Haré algunas verificaciones en su entorno, hablaré con personas que los conocen y observaré cómo interactúan en su día a día. Con eso debería ser suficiente para procesar su solicitud sin más complicaciones.

Sentí alivio, aunque no solo alivio, también sentí miedo. Porque eso significaba que ahora deberíamos activar el segundo punto de nuestro plan: convencer a nuestros amigos y familia de que estábamos enamorados.

Y si la entrevista con inmigración había resultado difícil, la conversación con nuestros allegados lo sería aún más.

Sobre todo, sabía de una persona que no se tomaría nada bien lo nuestro.

Y esa persona se llamaba Connor Quinn.

7

Jade

Días más tarde, estábamos en el salón de Connor y Arielle, en su casa del Upper East Side. Afuera, Nueva York seguía con su vida bulliciosa, pero dentro el ambiente era denso, palpable.

Erik y yo habíamos decidido que era el momento de soltar la bomba. Contarles nuestro «compromiso». No podíamos aplazarlo más, sabíamos que Inmigración podía contactarles en cualquier momento y teníamos que prepararlos para que nuestra historia sonara convincente.

Pero, mientras me miraba al espejo en el baño de invitados, no podía dejar de pensar en lo jodido que era mentirles. Connor había sido nuestro mejor amigo desde siempre, y Arielle se había ganado mi confianza y cariño con los años. Todo esto era necesario, sí, pero eso no hacía que me sintiera menos mal.

Cuando regresé al salón, Arielle ya había vuelto de acostar a sus hijos, Leia y Luke. Me quedé un momento en la puerta, observándola mientras se sentaba junto a Connor en el sofá.

Pensé en lo mucho que había cambiado la vida de mis amigos en los últimos años. Desde que los pequeños llegaron, su hogar había pasado de ser un espacio perfectamente decorado a un campo de batalla lleno de juguetes esparcidos por todas partes, dibujos infantiles pegados en la nevera y marcas de manos pequeñas en las ventanas. Sin embargo, nunca había visto a Connor tan feliz como ahora, con Arielle y sus hijos.

Erik me miró desde el sofá de enfrente, dedicándome una pequeña sonrisa que pretendía infundirme valor. Respiré hondo y avancé hasta sentarme a su lado. Los nervios me atenazaban, pero ahora que los niños estaban dormidos y los adultos podíamos conversar sin interrupciones, no había más excusas. No podíamos seguir retrasándolo.

Tenía un batiburrillo mental considerable, un caos de pensamientos contradictorios que luchaban unos con otros por salir a la luz.

Connor, impaciente y expectante, alzó una ceja y preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que teníais que contarnos?

Sentí vértigo. Connor era probablemente la persona que más nos conocía en el mundo. Y aunque Erik y yo habíamos ensayado esa conversación un millón de veces, no estaba segura de ser capaz de sonar convincente. Además, tenía un zoológico pateándome el estómago.

Carraspeé para infundirme valor. Erik y yo habíamos pactado que sería la primera en hablar. Se me daba bien ser directa y no andarme por las ramas, pero aquel día mi boca y mi cerebro no parecían ponerse de acuerdo en coordinarse.

—Bueno, a ver, primero de todo, quiero que nos prometáis que nos escucharéis hasta el final. Es algo que probablemente os sorprenda y...

—¡No me digas que has conseguido que Alexander Skarsgård acepte el papel de Erik el vampiro en la adaptación de tus libros! —me interrumpió Arielle emocionada, dando una palmadita.

Sus palabras me desconcentraron. ¿ Alexander Skarsgård? Eso sí hubiera sido una noticia

que me habría encantado compartir.

—¿Qué? No, no tiene nada que ver con eso. No está relacionado con mis novelas. Es algo personal.

—¿Personal? —Las cejas de Connor se elevaron.

—Es sobre Erik y sobre mí —añadí.

—¿Sobre Erik y tú? ¿Qué hay de nuevo entre vosotros dos? ¿Habéis vuelto a discutir?

Las manos empezaron a sudarme. Ay, Dios, ¿dónde estaba mi determinación cuando más la necesitaba?

Connor tenía razones para pensar que habíamos discutido. Esa había sido nuestra dinámica desde siempre. Aunque Erik era una persona complaciente con casi todo el mundo, no era así cuando se trataba de mí, por lo que discutíamos a menudo. Y cuando eso ocurría, Connor era el encargado de mediar entre los dos.

—No se trata de eso. —Cogí aire, lo dejé ir despacio y entonces solté la bomba, sin esperar más, sin andarme por las ramas ni preparar el terreno—. Erik y yo vamos a casarnos.

Un silencio largo nos sobrevoló. Frente a mí, Connor parpadeó unas cuantas veces, con incredulidad. A su lado, Arielle abrió mucho los ojos y la boca, en shock. Vale, era la reacción esperada.

Erik decidió cogerme el relevo:

—Sé que os sorprende —dijo, con ese tono calmado que siempre usaba en los momentos críticos—. Y es normal. Lo hemos mantenido en secreto. No queríamos contarlo hasta estar 100% seguros de lo que queríamos. Y ahora sabemos lo que queremos. Queremos casarnos, formar una familia y estar juntos sin tener que ocultarlo más.

Mi corazón dio un vuelco al escucharle decir aquello. ¿Cómo podía mentir con tanta naturalidad? Lo dijo de forma tan convincente que por un segundo casi me lo creí.

—¿Me estáis vacilando? —preguntó Connor cuando finalmente salió de su mutismo. Una sonrisa sarcástica se dibujó en sus labios—. ¿Vosotros dos juntos? ¿Desde cuándo?

—Desde hace unos meses —dije yo sin pensarlo.

—Eso no tiene sentido. Siempre estáis discutiendo. ¿Y no saliste con un tipo hace poco?

Sentí que el corazón se me detenía. Mierda. No había pensado en eso.

Sí, salí con Scott durante tres meses, y lo dejé hace un par. Pero las cosas no terminaron bien, porque él quería mucho más de lo que yo estaba dispuesta a ofrecer. Quería compromiso, algo serio, una relación con futuro. Y todo aquello no iba conmigo. Qué ironía, ¿verdad? Ahora estaba a punto de casarme.

—Tenemos una relación abierta —intervino Erik sobre la marcha—. O bueno, la teníamos. Con el compromiso, hemos decidido que es hora de cerrar esa etapa y centrarnos el uno en el otro.

Sentí cómo el color subía a mis mejillas. ¿Relación abierta? Esa parte ni siquiera la habíamos hablado, ¿cómo se le ocurría inventar algo así sin consultarme antes?

Connor nos miró, desconcertado.

—¿Relación abierta? —repitió, con incredulidad—. Joder, esto es demasiado. Primero me decís que os vais a casar, y ahora que lleváis meses con una relación abierta. ¿Qué será lo próximo? ¿Qué Jade está embarazada y vais a tener un bebé?

Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva. ¿Embarazada? Como no fuera por obra del Espíritu Santo…

—Jade no está embarazada, aunque supongo que eso es algo que podría pasar en los próximos meses. ¿Algún problema con eso?

—Pues sí. Hay un problema. Que no os creo. Soy vuestro mejor amigo, os conozco. Si hubierais estado saliendo, por mucho que fuera en secreto, me habría dado cuenta.

Arielle, que había estado callada hasta ese momento, le dio un codazo suave a Connor, intentando detenerlo.

—Amor, si ellos dicen que están juntos, es porque lo están. No tenemos por qué cuestionarles.

Connor la miró un segundo y luego negó con un movimiento de cabeza.

—Te digo que mienten. No están juntos. Además, ¿Erik aceptando una relación abierta? ¡Ja! Y un cuerno. Aún recuerdo lo celoso que se puso cuando Kate, su novia de la universidad, durmió una noche en casa de su mejor amigo de la infancia. Se estuvo rayando durante semanas. ¿Y ahora viene diciendo que acepta una relación abierta? —Connor negó con la cabeza una vez más, soltando una risa incrédula—. No me lo trago.

La mandíbula de Erik se tensó un poco.

—No fue solo porque durmió en su casa, Connor —corrigió—. Fue porque lo hizo en su cama, y luego descubrí que, efectivamente, esa noche pasó algo entre ellos. Mis celos tenían fundamento. Pero eso fue otra historia y otra persona. Lo que tengo con Jade es diferente. No puedes compararlo.

Connor se quedó en silencio, asimilando lo que Erik acababa de decir. Sus ojos pasaron de Erik a mí, y luego de vuelta a Erik, como si estuviera buscando algún tipo de fisura en nuestra historia.

—Lo siento, pero no puedo creérmelo. Lleváis años siendo solo amigos, ¿y ahora de repente vais a casaros? Algo en toda esta historia no cuadra. —Se cruzó de brazos—. Si estáis tan enamorados, demostradlo. Daros un beso.

Erik bufó, visiblemente molesto, y sentí la tensión en su cuerpo. Yo no lo pensé dos veces. Rodeé su cuello con los brazos y lo besé en los labios. Fue rápido, un simple roce. Noté cómo Erik se tensaba, claramente incómodo, y apartándose con rapidez.

—Eso no vale para nada —dijo Connor, cruzando los brazos, con una sonrisa incrédula—. Vamos, si estáis juntos de verdad, que sea un beso de verdad. Con lengua.

Mi amigo no nos lo iba a poner fácil. Aun así, estaba dispuesta a hacerlo. ¿Qué era un beso? Había dado muchos sin importancia, y algunos de ellos a gente que ni siquiera me gustaba de verdad. Podía besar a Erik si con eso conseguíamos que Connor nos creyera. Pero justo cuando volví a inclinarme hacia él con esa intención, Erik me detuvo, apartándome con suavidad. Su expresión se endureció mientras miraba a Connor.

—No tengo que demostrarte nada, Connor. He estado enamorado de Jade durante años. No necesito convencerte de lo que siento. ¿De verdad crees que un beso sirve para medir lo que llevo sintiendo por ella todo este tiempo? Cree lo que quieras, eres libre de hacerlo, pero nosotros nos vamos. Ya hemos dicho lo que teníamos que decir. —Erik me cogió de la mano y se levantó del sofá llevándome con él—. Vamos, Jade.

Arielle intentó detenernos con tono conciliador.

—Lo siento, chicos, de verdad. No tenéis que demostrar nada. Por favor, no os vayáis así...

Pero Erik no parecía dispuesto a detenerse. Estaba furioso. Tiró suavemente de mí hacia la salida, y no pude hacer nada más que seguirle.

Cuando llegamos al coche, abrió la puerta con brusquedad y me miró.

—Te llevo a casa. —Lo dijo en un tono que no dejaba lugar a discusión.

Me senté en el asiento del copiloto, muy incómoda y desconcertada. ¿Por qué estaba tan enfadado? ¿Tanto le molestaba la idea de besarme?

Me mordí el labio, intentando contener la maraña de pensamientos que se enredaban en mi cabeza. ¿Tan repugnante le resultaba la idea?

Llegamos a mi apartamento, y antes de que pudiera decir algo, Erik ya había aparcado.

—Buenas noches —dijo secamente, sin mirarme.

Salí del coche sin decir una palabra y subí a casa con un nudo en el estómago. ¿Qué

demonios acababa de pasar? ¿Por qué estaba tan cabreado? Solo nos había pedido un beso, maldita sea.

Entré en el salón y, justo cuando intentaba despejarme, sentí una vibración en mi bolsillo. Era el móvil.

Lo saqué y vi una notificación. Un correo. De un remitente desconocido.

De: Desconocido

Para: Jade Chen

Asunto: Tus labios...

Me encantan tus labios cuando los pintas de negro. Son como un pecado que quiero probar.

Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Era el mismo acosador que bloqueé la vez anterior con otra cuenta? Pensé en mis opciones. ¿Debería denunciarlo?

Podría hacerlo, claro. Pero no me apetecía tener que lidiar con más problemas ahora. Ya tenía suficiente caos con todo lo de Erik, la novela y lo del visado.

Finalmente decidí borrarlo y bloquear también ese contacto. Seguramente, si lo ignoraba, ese fan loco acabaría perdiendo el interés y dejaría de molestarme.

Estaba convencida de ello. Ojalá entonces alguien me hubiera dicho que ignorarlo no haría que desapareciera. Que este no era un simple fan obsesivo. Si lo hubiera sabido, quizás habría actuado diferente. Pero en ese momento, creí que era lo mejor.

Qué equivocada estaba.

8

Jade

Me pasé una mano por el pelo, frustrada, con la mirada fija en la pantalla del portátil. La escena que estaba escribiendo debería estar llena de tensión sexual, pero, en lugar de eso, parecía más bien el guion barato de una película de sobremesa.

Janet y Erik —el vampiro, no el de carne y hueso— estaban en mitad de una persecución. Se suponía que deberían estar a punto de besarse, pero las palabras no fluían. Nada de lo que escribía tenía sentido.

Cerré el portátil de golpe, soltando un gruñido de pura frustración mientras tiraba la cabeza hacia atrás en el sofá. No podía dejar de pensar en lo que había pasado con el Erik real la noche anterior. ¿Por qué no quiso besarme delante de Connor? Solo se trataba de un beso. Puro teatro. ¿Tan repugnante le parecía la idea?

Apreté los puños. No debería molestarme tanto, pero me molestaba y mucho.

Porque a mí no me resultaba repugnante en absoluto la idea de besarlo a él. Todo lo contrario.

Llevaba años escondiendo la atracción que sentía por él, como si fuera un secreto vergonzoso. Erik era todo lo que me atraía en un hombre. Alto, grande, con esos músculos que hacían que pareciera un vikingo. Aún recordaba la primera vez que lo vi. En el instituto, con esa

chaqueta de béisbol que le quedaba pequeña en los hombros porque era demasiado ancho.

Fue como un imán desde el primer momento, todo en él me llamó la atención. Y, joder, lo peor es que, con los años, la atracción no desapareció. Pero siempre la mantuve a raya. Era mi mejor amigo. No podía joderlo todo por una atracción física, o al menos, eso me había repetido siempre.

Mi móvil vibró sobre la mesa. Cuando vi el nombre de mi madre en la pantalla, suspiré, sabiendo lo que se avecinaba.

—¡Jade! —exclamó nada más descolgar—. ¿Es cierto? ¿De verdad te vas a casar?

—Hola, mamá, ¿cómo estás? —respondí, intentando sonar despreocupada. Mamá tenía un detector de mentiras infalible, como todas las madres, y no quería que la mía descubriera que todo aquello no era más que una pantomima.

—¿Cómo estoy? —replicó con un tono dramático—. Pues en shock, ¡así es cómo estoy! ¿Te vas a casar y no nos habías dicho nada? ¿Con Erik? ¿De verdad? ¡Esto no me lo esperaba!

Sabía que las noticias le llegarían rápido. Había hablado con mi prima Zhi el día anterior, y en mi familia las novedades se propagaban más rápido que un mensaje viral. En el fondo, lo agradecía. Llevaba días evitando esa llamada, posponiéndola una y otra vez porque la idea de mentir a mis padres me revolvía el estómago.

Claro que les había mentido antes, pero siempre habían sido mentirijillas. Como aquella vez que les dije que estaba estudiando en la biblioteca cuando en realidad estaba en casa de Connor echando partidas de Mario Kart con él y Erik. O cuando les aseguré que esa camiseta gótica negra que tanto odiaban era un regalo de cumpleaños, aunque me la había comprado yo.

Tonterías sin importancia, pequeñas escapadas de la realidad. Sin embargo, aquel matrimonio por conveniencia no era una mentirijilla, precisamente. Estaba a punto de cometer un delito.

Carraspeé, preparándome para responder.

—Sí, mamá. Eso es. Voy a casarme con Erik —repetí—. Ha sido todo muy rápido, por eso no os habíamos contado nada hasta ahora.

—¡Pero si lleváis años siendo amigos! ¿Cómo es que de repente queréis casaros? —Su escepticismo atravesaba el teléfono como una daga—. ¿Y estás segura? Porque, hija, todavía podrías conocer a alguien más apropiado. ¿Te acuerdas del hijo de la amiga de tu tía Lian? Está en Nueva York, es doctor, muy simpático y guapo. Creo que deberías darle una oportunidad.

Puse los ojos en blanco, mordiéndome la lengua para no soltar una carcajada. Mamá no perdía la oportunidad de sacar a relucir algún «partido ideal,» ni siquiera cuando le acababa de anunciar mi compromiso.

—Mamá, Erik también es doctor.

—Sí, pero Erik es doctor de esos que hablan de teorías y cosas que nadie entiende. El hijo de la amiga de tu tía Lian, en cambio, es doctor de los que salvan vidas, Jade. —Pude imaginarme su expresión como si estuviera declarándome una verdad universal. En su mente, un cirujano siempre superaría a un físico teórico.

—Pero ¿tú no adorabas a Erik?

Cuando éramos adolescentes, cada vez que Erik venía a casa, mamá lo recibía con una

sonrisa radiante, como si hubiera llegado el hijo pródigo.

Siempre le decía lo guapo e inteligente que era, y se encargaba de prepararle su merienda favorita: galletas de almendra recién horneadas y una taza de té verde, servido en su mejor vajilla.

Con Connor, en cambio, era otra historia. A él lo trataba con un afecto más práctico. «Hay algo en la nevera, sírvete lo que quieras,» solía decirle, sin mucho alboroto. Ni rastro de galletas especiales ni de comentarios aduladores. Estaba claro que Erik tenía un lugar especial en el corazón de mi madre.

—Claro que lo adoro —admitió bajando la voz—, pero siempre soñé con un yerno de nuestro origen. Ya sabes, alguien con quien compartir nuestras costumbres y tradiciones, que hable mandarían, que cocine sopa de wonton conmigo… —soltó un suspiro soñador.

La idea de mi madre preparando wonton con Erik me sacó una sonrisa. Era verdad que él no sabía cocinar nada de eso, pero también estaba segura de que, si se lo pedía, se pondría a intentarlo solo por complacerla, como siempre hacía. Erik era así: dispuesto a todo por las personas que le importaban. Y sabía que adoraba a mamá casi tanto como ella lo adoraba a él.

Antes de que pudiera decir nada más, escuché un sonido de movimiento al otro lado de la línea. Segundos después, la voz de mi padre se abrió paso en la conversación.

—Jade, cielo, no hagas caso de lo que dice tu madre. En realidad, ambos estamos muy felices por ti. —Su tono era cálido y tranquilizador, como era habitual en él.

Siempre había tenido una conexión especial con mi padre. Era el que más me apoyaba, quien entendía mi naturaleza impulsiva y cómo funcionaba mi mente dispersa, porque siempre

había visto más allá de mis despistes y mis cambios de humor.

Papá había tenido un pequeño dojo de artes marciales en Nueva York antes de jubilarse y regresar a Canadá, donde estaba el resto de la familia. Emigraron desde China antes de que yo naciera, pero seguían recordando su país con amor y nostalgia, aunque su vida ya estaba anclada en otro lugar.

—Lo importante es que tú estés feliz, hija. Si Erik te hace feliz, entonces no tenemos nada más que pedir. —Aunque no podía verle, sabía que estaba sonriendo, y una punzada de culpabilidad me golpeó.

Charlamos un rato más, perdiéndonos en detalles sobre esa boda que estaba al caer, poniéndonos al día de temas familiares y al terminar me quedé unos instantes perdida en mis pensamientos.

Toda mi vida en ese momento era un sinsentido. La novela era un despropósito, estaba a punto de casarme con mi mejor amigo para evitar una deportación y le estaba mintiendo a todo el mundo.

Si existía la reencarnación, en mi próxima vida sería una cucaracha. Ese sería mi castigo divino por cagarla tanto en esta.

Miré el reloj de la pared. Era hora de prepararme para la cena con los colegas de Erik.

Me había pedido que lo acompañara porque el decano también estaría presente, y quería presentarme como su prometida. Mientras me levantaba del sofá, no pude evitar que mi mente volviera al maldito «no beso».

Pensé en las chicas con las que había salido Erik. Todas eran tan diferentes a mí: elegantes, impecables, con ese aire de normalidad que nunca me había acompañado. Yo, con mis botas de plataforma y mis vestidos negros, siempre destacaba por justo lo contrario.

Mientras sacaba del armario un vestido negro de tul, la duda me asaltó como un golpe inesperado. ¿Y si le resultaba repulsiva? Tal vez su resistencia a besarme no era solo cuestión de principios o del contexto en el que estábamos, sino de algo más.

¿Y si realmente no podía verme como algo más que su excéntrica amiga de siempre? Con mi look de chica gótica, era fácil destacar, pero quizás no en el sentido que Erik encontraba atractivo.

Sacudí la cabeza, intentando alejar ese pensamiento, lo que a Erik le gustase no tenía por qué importarme, pero se quedó ahí, como una espina clavada.

Él siempre había salido con mujeres elegantes, de esas que parecían recién salidas de un catálogo de ropa cara. Mujeres que sabían usar tacones sin tambalearse, que iban a la peluquería todas las semanas y que aplicaban maquillajes neutros que les hacían parecer naturales. Mujeres que no vivían con cajas de cómics amontonadas en su salón y ganchitos como dieta básica.

Suspiré y dejé el vestido negro en el armario, con la determinación arremolinándose en mi pecho. No podía cambiar quién era, pero tal vez sí podía hacer un pequeño experimento.

¿Qué pasaría si por una noche intentaba encajar en su mundo perfecto? No renunciar a mí misma, claro, pero… suavizar un poco los bordes.

Con una idea empezando a tomar forma, agarré mi abrigo y salí de casa. Antes de dirigirme al restaurante, había un lugar que necesitaba visitar.

9

Erik

Jade llegaba tarde. Como siempre. Miré el reloj por enésima vez, mientras echaba un vistazo a la puerta del restaurante. Los colegas del departamento y el rector ya estaban sentados, charlando entre ellos. Yo hacía rato que había dejado de prestar atención a la conversación, esperando a que ella apareciera.

Solo esperaba que no se hubiera olvidado de aquella cita. Era especialista en dejarme plantado, y aunque normalmente no me importaba demasiado porque sabía que lo hacía sin mala intención, esa noche la necesitaba a mi lado. Era importante.

Estaba tratando de impresionar al decano, y su presencia era clave para conseguirlo. Quería que el decano Graham viera con sus propios ojos que tenía una pareja estable, que estaba comprometido y que mi vida personal no era el caos que muchos pensaban. Esperaba que eso decantara la balanza a mi favor y me ayudara a conseguir el proyecto.

Finalmente, harto de esperar, salí del restaurante para llamarla y ver cuánto más iba a tardar.

Entonces, la vi.

Una mujer menuda que se parecía a Jade caminando hacia mí con paso rápido. Digo que se parecía, porque esa no podía ser ella.

No podía ser Jade.

Llevaba un traje chaqueta y falda en tonos rosa y blanco, y zapatos de tacón. ¿Zapatos de tacón? La Jade que yo conocía preferiría caminar descalza sobre cristales antes que ponerse algo así.

Pero entonces ella hizo contacto visual conmigo, y no me quedó duda. Era Jade. Una versión de Jade que no conocía y que me hizo sentir extraño. Sin su estética gótica, parecía otra mujer completamente distinta. Ni mejor ni peor, solo... distinta. Me quedé mirándola, intentando procesar el cambio.

Jade era la persona más auténtica que conocía. Nunca le había importado lo que pensaran de ella. En el instituto, hacía oídos sordos cuando alguien la llamaba friki o rara. Ella era así, y me gustaba tal y como era.

No voy a negar que esta versión, con su traje rosa y zapatos de tacón, se adecuaba más a mis gustos habituales. Pero no era Jade. No era *mi* Jade.

Lleno de contrariedad, espeté:

—¿Por qué vas vestida de esa guisa?

—¿No te gusta? —Dio una vuelta sobre sí misma con una sonrisa satisfecha—. Este look es más adecuado para cenar con profesores universitarios aburridos, ¿no crees?

—Puede ser, pero yo no te pedí que vinieras disfrazada. No pareces tú.

—De eso se trata, de no parecer yo. No quiero avergonzarte delante de tus colegas del

trabajo. Y si ese decano es tan tradicional, seguro que una mujer que viste como su esposa le caerá mejor que mi yo real.

Me quedé en silencio procesando sus palabras. ¿Jade pensaba que me avergonzaba? Negué con un movimiento de cabeza.

—Jade, no me avergüenzas. Jamás me has avergonzado, ni siquiera una vez en todos estos años. —Clavé mis ojos en los suyos—. Y no tienes que fingir ser alguien que no eres para gustar a nadie. Si a mis colegas no les gusta cómo eres, que les den por culo.

Ella me miró, sorprendida, y en sus ojos vi una chispa que parecía debatirse entre creerme o no.

Sin decir nada más, di media vuelta y entré en el restaurante, seguido de Jade. Un nudo de frustración se instaló en mi estómago. ¿Cómo podía pensar que tenía que cambiar su manera de ser para encajar en mi mundo?

Eso me molestaba, y mucho. No quería que se sintiera así. No quería que pensara que necesitaba esconderse detrás de una máscara para ser aceptada por los míos. Jade era única, diferente a cualquiera que hubiera conocido, y eso era precisamente lo que me gustaba de ella.

***

La velada fue mucho mejor de lo esperado. Jade no tardó en metérselos a todos en el bolsillo. Así

era ella. Tenía un carisma natural que la acompañaba donde fuera. Eso hacía que todos la adoraran, casi tanto como a sus libros. Jade tenía una gran personalidad. Aunque no encajara en lo que se considera «normal», era imposible no quedar cautivado por ella.

Mientras la veía desenvolverse con tanta soltura, riéndose con el decano y charlando con mis colegas como si llevara años haciéndolo, me di cuenta de lo fácil que le resultaba ganar el cariño de la gente. Podía haber sido ella misma. Con sus botas de plataforma y sus vestidos góticos. Y, aun así, habrían caído rendidos a sus pies.

De hecho, en un momento dado, el decano Graham le preguntó a Jade por sus novelas, y se enfrascaron en una conversación sobre el multiverso y los mundos alternativos.

Jade mencionó cómo las teorías físicas habían inspirado algunos de sus monstruos, y el decano, encantado, confesó que El fin de la eternidad de Asimov le había dado ideas para su investigación sobre la teoría de cuerdas. Cualquiera diría viéndolos que eran amigos de toda la vida.

Dos horas más tarde, nos despedimos en la puerta del restaurante. El decano Graham, claramente fascinado por Jade, sonrió antes de marcharse y dijo:

—Erik, tienes mucha suerte. Jade es una mujer excepcional. Hablaremos pronto sobre esa plaza.

Las palabras del rector resonaron en mi cabeza mientras lo veía marchar. ¿Hablaremos pronto? ¿Eso significaba lo que creía? ¿Era una señal de que había logrado impresionarlo lo suficiente como para que la plaza fuera mía?

Una pequeña chispa de esperanza se encendió en mi interior. No quise dejarme llevar

demasiado. Hasta que no tuviera la confirmación, no podía dar nada por hecho.

Miré de reojo a Jade, que caminaba a mi lado revisando algo en el móvil. Ella no parecía haber notado la relevancia de esas palabras. O quizá sí, pero prefería no decir nada. Por un momento, quise decirle cuánto le debía por haber venido, por soportar la cena, por ser exactamente como era. Pero las palabras no salieron.

Nos subimos al coche y el trayecto de vuelta fue un cúmulo de silencios. De esos que son tan pesados que parece que los gritos del pensamiento de cada uno puedan llenar el aire.

Mi cabeza seguía dándole vueltas a las palabras del decano, intentando descifrar si eran un indicio real o si simplemente había sido cortesía. A mi lado, Jade estaba callada, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Parecía tranquila, pero la conocía demasiado bien como para saber que eso era imposible. La palabra tranquilidad no casaba demasiado bien con mi amiga.

Cuando aparqué frente a su edificio, me quedé un momento con las manos en el volante. Intentaba encontrar las palabras adecuadas. Lo que dijo al vernos aquella noche seguían resonando en mi cabeza: «No quiero avergonzarte». Que esa idea hubiera cruzado por su mente me atormentaba. Algo debía haber hecho muy mal para que pensara que eso era posible.

Suspiré, sintiendo el peso de esa frase hundiéndose más en mi pecho, y finalmente rompí el silencio:

—Jade, ¿de verdad crees que me avergüenzas?

Ella se encogió de hombros con suavidad, fingiendo indiferencia. Y digo fingiendo, porque la forma en la que sus labios temblaron un poco me hizo saber que aquello le dolía más de lo que quería admitir. Jade no era buena ocultando lo que sentía, al menos no conmigo.

—Se me pasó por la cabeza, sí —admitió—. No me parezco a las chicas con las que sales. Supuse que preferirías presentarles a tus colegas alguien más afín a tus gustos.

—¿Alguien más afín a mis gustos? —parpadeé, desconcertado.

—Sé que no soy tu tipo, el otro día quedó claro cuando no quisiste besarme delante de Connor.

—Espera, ¿qué? —pregunté confuso—. ¿Qué tiene que ver lo de Connor con esto?

—Sé que las chicas con las que sueles salir son elegantes y refinadas y que yo me alejo mucho de ese prototipo. Y que por eso no quisiste besarme, porque me encuentras repulsiva. Así que, he llegado a la conclusión de que si me encuentras repulsiva para besarme, también debes encontrarme repulsiva para presentarme a tus colegas.

—Ese razonamiento es el más absurdo que te he escuchado decir en años. Incluso más que cuando afirmaste que los gatos negros daban mala suerte porque absorbían las malas decisiones de sus dueños y las redistribuían en sus vidas como venganza.

Ella me lanzó una mirada escéptica, cruzándose de brazos.

—¿Acaso me equivoco?

—En lo de los gatos negros no sé. En lo que te encuentro repulsiva, sí. Del todo.

Ella soltó una risa amarga.

—Entonces, ¿por qué no quisiste besarme?

¿Cómo contarle mis motivos?

Los años deseándola en secreto, el anhelo, los besos que no le había dado y que había guardado en una cajita para no perderlos. El dolor cada vez que me presentaba a un nuevo chico… Simplemente, no quería que nuestro primer beso fuera solo una demostración para Connor. No quería que nuestro primer beso fuera una farsa.

Ante mi silencio ella chasqueó la lengua contra el paladar.

—¿Ves? No puedes darme una respuesta porque tengo razón. Te doy asco y…

Antes de que pudiera terminar la frase, levanté la mano y la puse en su mejilla, atrayéndola hacia mí. Sin darle tiempo a reaccionar, mis labios presionaron los suyos con desesperación. Al principio, Jade se quedó rígida, sorprendida, pero poco a poco se relajó, correspondiendo mi beso con la misma necesidad.

Mi lengua encontró la suya casi de inmediato, moviéndose con urgencia y hambre. No hubo nada de suave en ese beso. Fue profundo, crudo, lleno de todo lo que había reprimido dentro durante años.

Sus manos subieron hasta mi cuello, intensificando el contacto, como si también hubiera deseado esto tanto como yo, y las mías volaron hacia su pelo, enredando mis dedos para empujar su boca más fuerte contra la mía.

Necesitaba más. Mucho más.

Nuestras lenguas batallaron, se retaron, como si intentaran ganar una lucha silenciosa. No podía pensar con claridad, solo podía concentrarme en las sensaciones que ese beso despertaba

en mí.

Y, joder, menudas sensaciones. Estaba empalmado. Cachondo. Quería salir del coche, cargarla en brazos, llevarla a su casa y empotrarla contra la primera pared que encontrara. Follármela sin control, sin pausa.

Estaba desatado, y no me lo podía permitir. Aquel beso se me estaba yendo de las manos.

Cuando la lengua de Jade se enroscó con la mía, como si en lugar de un beso me estuviera haciendo una mamada, supe que debíamos parar. Habíamos ido demasiado lejos, y mi parte racional estaba a punto de desvanecerse por completo en pro de la animal. Esa que quería hacerla suya de todas las maneras posibles.

Rompí el beso de golpe, jadeando. Jade soltó un gruñido de protesta, pero lentamente sus ojos se entreabrieron, como si estuviera regresando de algún lugar lejano. Nos miramos fijamente. Nuestros alientos se entremezclaron en el aire denso del coche.

Con el corazón latiendo sin control dentro de mi pecho, le pregunté:

—¿Ves cómo no me das asco? ¿Ahora lo entiendes?

Ella no dijo nada. Tenía los labios hinchados y la mirada un poco perdida. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración agitada. Nos quedamos así, en silencio un buen rato, hasta que finalmente se despidió con un susurro inaudible, bajó del coche y se marchó.

No se giró para mirarme ni una vez mientras se alejaba hacia su edificio. Me quedé allí, viendo cómo se iba, sintiendo el vacío que dejaba tras de sí. Cuando la puerta del edificio se cerró detrás de ella, me dejé caer contra el asiento, soltando el aire que había estado conteniendo.

—¿Qué demonios he hecho?

10

Jade

Me dejé caer en el sofá de mi salón con el corazón hecho un nudo. ¿Qué acababa de pasar? Me llevé una mano a los labios, que todavía sentía hinchados por el beso. Las palabras de Erik rebotaban en mi cabeza como un eco: «¿Ves cómo no me das asco? ¿Ahora lo entiendes?»

¿Qué había querido decir con aquello? Su mirada me había atravesado con una intensidad que aún sentía clavada en el pecho.

¿Qué era lo que tenía que entender?

No era buena jugando a las adivinanzas ni desentrañando segundas intenciones. Me perdía en los matices y subtextos constantemente. Por eso ser directa siempre había sido mi cualidad más destacada. Me gustaba hablar claro, para que no hubiera malentendidos. Las palabras podían ser muy tramposas a veces.

Escribiendo era igual. La gente solía decir que mi estilo era directo, crudo, que iba a lo importante sin perderme en descripciones innecesarias o en rodeos.

Y, ahora, me encontraba enfrentada a una frase que de directa tenía poco: «¿Ves cómo no me das asco? ¿Ahora lo entiendes?»

Vale, no le daba asco, eso había quedado claro, pero... ¿qué era lo que tenía que entender?

¿Por qué aquello se suponía que explicaba el motivo por el que no me había querido besar delante de Connor?

Mi corazón seguía latiendo acelerado mientras intentaba sacar algo en claro de aquella pregunta retórica. ¿Había sido solo un intento de demostrarme que no me encontraba repulsiva? ¿O había algo más detrás de esas palabras, algo que me estaba perdiendo?

***

Unos días más tarde, Erik y yo salimos del ayuntamiento de Nueva York tras haber fijado la fecha de la boda. Caminábamos uno junto al otro, en silencio, más tensos que nunca. Así llevábamos días: tensos e incómodos. La sombra del beso que nos dimos sobrevolaba sobre nosotros como una constante de la que ninguno de los dos quería hablar.

El día había sido un torbellino de papeles, firmas y trámites, pero nada de lo que habíamos hecho parecía real. Me sentía como dentro de un sueño. Un sueño del que no podía despertar.

—Bueno, ya está hecho —dije en un tono neutral, intentando quitarle peso a la situación.

—Sí, ya lo tenemos todo listo —respondió él, con la mirada fija en el horizonte, evitando el contacto visual.

Mierda. ¿Dónde había quedado nuestra complicidad habitual? Parecíamos dos desconocidos atrapados en la típica conversación incómoda de ascensor. El silencio era casi más ruidoso que

cualquier palabra que pudiéramos decir.

No podía evitar sentirme rara. Ese beso seguía reproduciéndose en mi cabeza una y otra vez, como un maldito vídeo en bucle que nadie había tenido la decencia de pausar. Era frustrante. Cada noche, antes de acostarme, revivía el momento. La intensidad. La desesperación. Su lengua contra la mía. Mi excitación.

Agh.

Intentar ignorar al elefante rosa entre nosotros estaba empezando a ser agotador.

Además, lo que dijo después del beso seguía regresando en mi mente sin parar: «¿Ahora lo entiendes?» Más de una vez me había visto tentada de preguntarle sobre su significado. Qué había querido decir con aquello. Pero, en realidad, una parte de mí temía la respuesta. No estábamos en posición de estropear las cosas entre nosotros llegados a ese punto. En pocas semanas nos casaríamos. Y no había vuelta atrás.

—Voy a llamar a Geraldine —dije de repente, más por llenar el vacío que otra cosa—. Tengo que contarle lo de la boda antes de que se entere por otros medios.

Él solo asintió.

Saqué el móvil, buscando una excusa para concentrarme en algo más que en la presencia de Erik a mi lado. Sabía que Geraldine se emocionaría con la noticia de la boda. No me equivoqué.

—¡Jade! ¡Eso es perfecto! ¡La mejor noticia que me podrías haber dado! —Su tono era una mezcla de gritos y risas que me hizo apartar el móvil de la oreja—. Esto va a ser increíble para la promoción de la última entrega de Jarik. ¡Todo el mundo ya piensa que la relación de Erik y

Janet está inspirada en vosotros dos!

Rodé los ojos, aunque no pude evitar que una ligera sonrisa se colara en mis labios. Geraldine siempre encontraba la forma de transformar cualquier cosa en una estrategia de marketing. Mi vida personal no era más que otro recurso para ella.

—Geraldine, esto no tiene nada que ver con los libros.

—Claro que no, querida —respondió—. Pero no me negarás que un poco de publicidad gratuita no viene mal. En fin, no quiero quitarte más tiempo de tu fiancé. ¡Felicidades a ambos! Y mándame detalles para que pueda enviarte un regalo decente.

Cuando colgué, guardé el móvil en el bolsillo y eché una rápida mirada a Erik. Caminaba a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo y la mandíbula tensa. Parecía perdido en sus propios pensamientos, completamente ajeno al mundo que nos rodeaba.

Me pregunté qué pasaría por su cabeza. ¿Pensaba en el beso? ¿En la boda? ¿En lo que acababa de escuchar de Geraldine?

Suspiré. Tal vez hablar del beso sería la manera de romper esa incomodidad asfixiante que nos rodeaba desde hacía días. Tal vez. Pero, por otro lado, ¿y si solo empeoraba las cosas?

Antes de que pudiera decidirme, él sugirió:

—Vamos al Freaks. Connor nos espera.

Pues nada, esa charla, sí o sí, tendría que esperar.

***

El Freaks siempre había sido nuestro lugar de escape. Entre esas cuatro paredes, todo parecía sencillo. Las bromas fluían, la cerveza ayudaba a desinhibirnos, y nada parecía complicado. Ese pub, lleno de posters de películas y series frikis, había sido testigo de nuestras mejores risas y las conversaciones más absurdas.

Cuando llegamos, el olor familiar a hamburguesas y cerveza me envolvió, y por un segundo, todo pareció volver a la normalidad. Connor estaba ya en nuestra mesa habitual, con una bandeja de patatas preparada y nuestras bebidas favoritas.

—¡Mira quiénes llegan! La parejita feliz —dijo con sorna, levantando una mano a modo de saludo.

Lo ignoramos y nos sentamos. Al principio, todo fue casi como en los viejos tiempos. Las bromas, las risas, los comentarios sobre lo que pasaba en nuestras vidas. Pero podía notar que Connor seguía sin creerse nuestra farsa. Nos miraba a Erik y a mí como si intentara resolver un misterio, con preguntas disfrazadas de bromas y silencios inquisitivos.

—A ver, chicos, en serio —dijo de repente, cogiendo una patata—. Todavía me cuesta creérmelo lo del matrimonio. No sé, es verdad que noto algo raro entre vosotros. Pero no es la típica vibra de «enamorados hasta las trancas». Ya me entendéis. ¿Qué os pasa?

Sentí que las mejillas se me encendían como luces de Navidad. Mi corazón empezó a latir a

mil por hora. ¿Tan obvio era que ocurría algo entre Erik y yo?

Seguro que llevábamos un cartel de neón inmenso sobre la cabeza con la palabra incomodidad si Connor se había dado cuenta. No supe qué decir así que me quedé callada. Erik también guardó silencio, y justo entonces, mi móvil vibró sobre la mesa.

Lo saqué pensando que sería algún mensaje sin importancia, pero en cuanto vi la pantalla, me congelé.

Eran fotos. Fotos mías, tomadas desde el portal de mi casa.

Un frío escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Me temblaron las manos, y la cabeza empezó a darme vueltas. El fan raro atacaba de nuevo, pero esta vez… esta vez no lo hacía con mensajes de mal gusto. Esta vez había ido un paso más allá.

—¿Jade? —preguntó Erik, notando al instante mi cambio de expresión—. ¿Estás bien?

No pude decir nada. Tenía la garganta seca y la mente en blanco. Con las manos temblorosas, le pasé el móvil. Cuando vio las fotos, su mandíbula se tensó al instante, y una ira contenida se apoderó de él.

—Jade, ¿qué mierda es esto?

Con una mirada interrogatorio, Connor se inclinó hacia nosotros, claramente preocupado. Su rostro se congeló al ver las fotos también.

—¡¡Jade!! —repitió Erik empezando a perder los nervios—. ¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

—Yo... —intenté hablar, pero las palabras quedaron atascadas en mi garganta—. He estado recibiendo correos desde hace semanas. Pensé que era solo algún fan obsesivo... pero no esperé —señalé las fotos con un gesto torpe—, que fuera tan lejos.

La confusión en los ojos de Erik se transformó en pura preocupación.

—¿Por qué no dijiste nada antes? —preguntó con incredulidad—. Joder, Jade, esto no es una gilipollez.

Mi garganta se secó. Había subestimado la situación, y ahora alguien me estaba acechando.

11

Erik

Horas más tarde, Jade y yo llegamos a mi apartamento. Nos pasamos casi cinco horas en comisaría, respondiendo preguntas, esperando a que los agentes tomaran nota de todos los detalles.

El proceso fue tedioso, y aunque los policías fueron comprensivos, dejaron claro que poco se podía hacer de inmediato. Sin amenazas directas ni otras evidencias, todo lo que teníamos era una investigación en marcha y el consejo de que evitara salir sola en lugares poco concurridos. Nos dijeron que vigilarían la zona, pero nada más.

Así que, nada más salir de allí, acompañé a Jade a su casa para que recogiera sus cosas y se viniera a la mía. No iba a permitir que se quedara a solas en un lugar que su acechador conocía.

—No es necesario llegar tan lejos, puede que ese perturbado sepa dónde vivo, pero dudo que quiera hacerme nada malo, y, en todo caso, tengo sistema de seguridad —aseguró ella mientras metía algunas pertenencias en una pequeña maleta.

—Conociéndote, seguro que te olvidas de activar ese sistema la mayor parte de las veces —mascullé, y ella no me llevó la contraria porque sabía que tenía razón—. Además, tarde o temprano tenías que mudarte a mi casa. Digamos que simplemente estamos acelerando un poco las cosas.

Ella me dedicó una mirada mortificada y supe que en ese momento estaba pensando en el beso. En el estúpido beso que le di. Porque aunque no habláramos de él, seguía presente entre nosotros como un fantasma que se negaba a marcharse.

Aún me costaba creer que hubiera sido tan imbécil de besarla. ¿Qué pretendía con ese beso? ¿Demostrarle que no me repugnaba? Eso podía haberlo hecho con palabras, no era necesario meterle la lengua hasta la campanilla tal y como hice. La cuestión es que las cosas entre nosotros estaban raras e incómodas por culpa de ese acto impulsivo. Y no sabía qué hacer para arreglarlo.

A veces me decía que ojalá existieran las máquinas del tiempo, para viajar al pasado y cambiar ese momento. Pero si algo te enseña la física cuántica es que tocar un hilo, por pequeño que sea, puede tener consecuencias catastróficas.

Ahora, en el apartamento, la acompañé hasta mi cuarto y le pedí que se instalara allí.

—Yo dormiré en la habitación de Jensen. El lunes mismo llamaré a mi decoradora de confianza y le pediré que convierta el despacho en una habitación.

Ella no se quejó. Me dio las gracias y yo salí de la habitación tras coger el pijama, con la cabeza dándome vueltas. El miedo me ardía en el pecho. El miedo de que alguien hiciera daño a Jade.

Sabía que Jade no era una damisela en apuros. Era cinturón negro en Kung Fu, un título que se había ganado en el dojo de su padre, donde también impartía cursos de defensa personal para mujeres. En una pelea cuerpo a cuerpo, ella siempre me ganaría, a pesar de ser diminuta en comparación.

Pero eso no me tranquilizaba. Nueva York podía ser un lugar lleno de peligros. Peligros

donde la fuerza física no era suficiente.

Me froté las sienes y me dirigí a la habitación de Jensen. Encendí la luz y me quité la camisa con la intención de cambiarme, pero, entonces, un gruñido procedente de la cama me sorprendió.

—¿Erik? —dijo Jensen, mi sobrino, frotándose los ojos. Jensen, que se parecía tanto a mí que parecía una copia mía durante mis dieciocho: rubio, ojos azules, alto y grande.

Casi me da un infarto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté abotonándome la camisa a toda prisa.

—Me apetecía pasar el fin de semana en casa, poner lavadoras sin que nadie me robe los calcetines o saque mi ropa y la tire al suelo del cuarto de lavandería como si fuera basura. ¿Y tú? ¿Qué haces en mi habitación?

Mierda. Mi cerebro buscó una excusa a toda velocidad. Hacía una semana que le había dado la gran noticia de que Jade y yo nos casaríamos, y él la había recibido con sorpresa y entusiasmo.

Jensen adoraba a Jade, así que la idea de que se mudara con nosotros y se convirtiera oficialmente en su tía le encantó. Por eso no podía decirle que había ido hasta su habitación porque Jade estaba en la mía. Sería sospechoso. Muy sospechoso.

—Me pareció escuchar un ruido y me asusté. Podías haber avisado de que regresabas. No te esperaba.

No quería que pensara que me molestaba tenerlo allí, pero para que las cosas funcionaran a partir de ahora, sería mejor saber cuándo estaría en casa. De lo contrario, acabaría pillándonos en

esta farsa.

—¿Es que ahora tengo que pedir cita previa para volver a mi propia casa?

—No es eso, pero habría estado bien un aviso. No estaba solo. Ya sabes…

Los ojos de Jensen se iluminaron con un relámpago de comprensión.

—Entiendo. No te preocupes, tío. Enviaré un mensaje la próxima vez. Lo último que quiero es abrir la puerta y encontraros a ti y a Jade practicando el Kama Sutra en el sofá —añadió con una sonrisa burlona, mientras me miraba con fingida repugnancia.

Pensar en Jade y yo haciéndolo en el sofá NO era una opción. No cuando debía regresar a mi habitación y compartir la cama con ella.

—Gracias por esa imagen, Jensen. Justo lo que necesitaba —solté con un gruñido—. Avisa la próxima vez, eso es todo. Buenas noches.

Lo dejé ahí, me cambié en el baño y entré en mi habitación tras llamar con los nudillos. Jade ya estaba en pijama, dentro de la cama, leyendo un libro. Se sorprendió al verme, aunque más se sorprendió cuando me metí a su lado en la cama.

—¿Qué haces?

—Jensen está en casa. No me avisó… La cuestión es que no podemos levantar sospechas. Debemos dormir juntos.

Jade agrandó mucho los ojos y dio un respingo.

—¿Dormir... juntos?

—Ajá.

—¿Y si duermo en el sofá?

—A Jensen le parecería sospechoso encontrarte allí.

—Bueno, podría decirle que hemos discutido. Eso es algo que hacemos a menudo, y no le sorprenderá.

—Oh, venga, Jade. Podemos compartir cama, no es la gran cosa —intenté sonar despreocupado mientras me acomodaba, subiendo el edredón hasta la base de mi nariz.

—¿Seguro que es buena idea?

Cerré los ojos y solté un suspiro. No podíamos seguir así, con el maldito beso interponiéndose entre nosotros. Me senté en la cama y la miré con seriedad.

—Está bien, hablemos de ello.

—¿De qué?

—Del beso.

Jade se tensó.

—No es necesario —dijo cerrando el libro que estaba leyendo con un golpe seco, tumbándonos en la cama a toda prisa, cubriéndose con el edredón y apagando la luz—. Está bien,

durmamos juntos y ya está.

—Jade...

—Buenas noches.

Se dio la vuelta y yo rodé los ojos y encendí la lamparita que había sobre la mesita de noche impregnando el ambiente de una suave luz anaranjada.

—Siento haberte besado. No debí haberlo hecho. Solo quería demostrarte que no me dabas asco —dije, con voz baja. Vi cómo se tensaban sus hombros bajo el edredón—. Puede que no fuera la mejor forma de hacer las cosas, lo admito. Pero en ese momento me pareció una buena idea.

Ella no dijo nada, así que decidí proseguir:

—No va a pasar nada, Jade. Solo vamos a dormir, ¿de acuerdo? Tú en tu lado de la cama, y yo en el mío. Si tienes miedo de que intente algo, puedes estar tranquila. Quiero que las cosas entre nosotros vuelvan a ser como antes. Así que, dejemos atrás ese maldito beso, ¿vale?

Ella no respondió, pero hizo un breve asentimiento con la cabeza. Me di por satisfecho. Apagué la luz, volví a taparme con el edredón y esperé que esa conversación pusiera fin a la incomodidad. Pero antes de que siquiera pudiera cerrar los ojos y desconectar la mente, su voz se escuchó en la oscuridad:

—¿Qué quisiste decir con aquello?

—¿Con qué?

—«¿Ves cómo no me das asco? ¿Ahora lo entiendes?» ¿Qué tenía que entender? —Sentí cemento instalarse en mi estómago. Lo dije llevado por el momento, sin pensar—. ¿Qué no me encuentras repulsiva? ¿Te referías a eso?

Tragué saliva, maldiciéndome una vez más por haber hecho las cosas tan mal. No podía decirle la verdad. No podía decir que, en ese momento, después del beso, quería que entendiera que la deseaba. Que llevaba años haciéndolo. Deseándola. Que si no había querido besarla frente a Connor era por eso. Porque no quería un beso falso. Quería un beso auténtico.

Cómo no podía decirle la verdad, opté por la mentira. Era práctica, sin complicaciones, y, quizás, aligeraba el ambiente entre nosotros.

—Sí. Me refería a eso.

—Vale. Pues mensaje captado, supongo.

Se removió en su lado de la cama y yo lo hice en el mío.

La habitación quedó en silencio otra vez, pero el peso en mi pecho me mantuvo despierto mucho tiempo después de que ella se quedara dormida.

¿Dónde me estaba metiendo con todo aquel acuerdo? ¿Y si al final no podía soportarlo y acababa arruinando nuestra amistad?

12

Jade

No era la primera vez que soñaba con los personajes de *Cazadores de monstruos*, pero sí era la primera vez que lo hacía de aquella manera. Yo era Janet, la agente del FBI, y Erik el vampiro era Erik. De alguna manera, sabía que éramos nosotros, a pesar de no serlo.

Estábamos en una cama enorme, con sábanas de seda roja, comiendo fresas con champán. Bueno, yo bebía champán y Erik un líquido rojo que imaginé que sería sangre de algún animal, ya que Erik el vampiro no bebía sangre humana.

Estábamos charlando, muy cerca, y el ambiente entre nosotros era íntimo. Me metí una fresa en la boca riéndome por algún comentario suyo… y unas gotas de su jugo se deslizaron de mis labios a mi escote. Antes de que pudiera secarlas, Erik me cogió de la mano y sonrió, mostrándome sus dos colmillos afilados.

—Déjamelo a mí.

No me resistí. Levanté el rostro y dejé que me lamiera el escote, llevándose cualquier rastro de jugo de fresa. Me estremecí al sentir su lengua caliente al contacto de mi piel. Era peligroso. Lo sabía. Tener un vampiro tan cerca de tu cuerpo, de tu sangre, puede ser mortal. Pero… de alguna manera el peligro no me importó.

Cuando Erik el vampiro levantó su mirada y se encontró con la mía, supe que iba a pasar.

Que iba a dejarme arrastrar por esa tonelada de deseo contenido que llevaba tiempo conmigo. Los ojos de Erik se enrojecieron, como siempre que tenía sed de sangre, pero esta vez lo hicieron con un brillo distinto.

Esta vez no tenía sed de sangre. Esta vez, tenía sed de mí. Janet. Jade. Yo que sé. De quién fuera yo.

Nuestros labios se encontraron en un beso de bocas abiertas. Enroscamos nuestras lenguas sin control. Exploré el interior de su boca, el filo de sus dientes, y me dejé llevar sin preocuparme de nada, deseando que aquel beso fuera el inicio de algo más.

Erik debió pensar lo mismo, porque entre beso y beso empezó a desnudarme. Me quitó la camisola que llevaba con sus manos fuertes y grandes, y luego me tumbó, para dejar de besarme la boca y empezar a besar otras partes de mi cuerpo.

Besó mi cuello, mi clavícula, mi escote… Un solo paso en falso y podría destruirme. Beberse mi sangre. Matarme. Pero no me importaba, quería más.

—Erik… —Susurré entre gemidos.

Erik no se detuvo, me quitó el sostén y empezó a besar y morder mis pechos y pezones. Era maravilloso sentir su lengua, sus dientes ejerciendo la presión perfecta, para darme placer y no hacerme daño.

Después de eso, siguió bajando, me quitó las braguitas de un tirón, y se puso entre mis piernas. No se andó con rodeos. Erik el vampiro fue directo. Enterró su boca en mi sexo y empezó a saquearme el clítoris con la lengua.

Rápido, con intensidad, haciéndome retorcer de puro placer. Pero no dejó que terminara. Eso no entraba en sus planes. Se desnudó sin dejar de mirarme y yo aproveché para apreciar cada abdominal duro de su increíble torso.

—Pídemelo —dijo con la voz tomada.

—Fóllame. Fóllame, Erik. Por favor.

No tuve que suplicar mucho más. Erik el vampiro se situó sobre mi cuerpo y me penetró en una estocada profunda. Gemí llena de él, mientras ambos nos movíamos al unísono. Y, entonces…

Entonces me desperté de golpe, jadeando, con el corazón acelerado y la excitación palpitando entre mis muslos. ¿Acababa de tener un sueño erótico protagonizado por Erik encarnando el protagonista de mi novelas?

Aún estaba perdida en el eco de ese sueño cuando lo sentí. Algo duro apretándose contra mi culo.

Tardé unos segundos en comprender que se trataba de Erik. El Erik real. Que estaba pegado a mi trasero, con una erección más que generosa apretándose contra mí.

Mi excitación se multiplicó por mil y mi primer instinto fue apartarme, pero cuando lo intenté, las manos fuertes de Erik se aferraron a mi cintura, atrayéndome de nuevo a él. Esta vez más cerca.

Yo seguía en un extraño estado de semiinconsciencia, y Erik… Erik parecía dormido. Respiraba pesadamente contra mi cuello. Sabía que debía despegarme, que era lo correcto, que

no podía permitirme complicar más las cosas entre nosotros, pero no pensaba con claridad.

El sueño había sido muy real, y aún podía sentirlo moviéndose dentro de mí, con urgencia e intensidad. Estaba caliente… caliente y confusa. La mezcla de realidad y sueño se fundió en una sola, y antes de que me diera cuenta, empecé a moverme, apretando mi culo contra su paquete.

Sentí su erección aún más fuerte, y un jadeo escapó de mis labios.

Erik respondió a mi acercamiento al instante. Aunque parecía seguir dormido, sus manos me agarraron por la cintura mientras se restregaba contra mí. Mi respiración se aceleró. Su erección se clavó entre mis glúteos y empezó a mover las caderas con lentitud, como si me estuviera penetrando desde detrás. A pesar de las capas de ropa que nos separaban, cada movimiento desató una descarga de electricidad por todo mi cuerpo.

Mi mente desconectó. Puf. Cualquier tipo de pensamiento racional dejó de existir entonces. Quería detenerme. Sabía que dejarme llevar estaba mal, pero no podía parar. Deseaba tanto a Erik en ese momento que me era imposible recordar por qué todo aquello no era correcto.

Erik murmuró algo incomprensible, con sus manos aún en mis caderas mientras las suyas se movían en un pequeño vaivén. La ropa empezó a estorbarme. Quería sentirlo más. Quería sentirlo todo. Y teniendo en cuenta lo que podía sentir en mi trasero, ese «todo» era enorme.

Me moví un poco más, mis caderas buscaron más fricción, y su cuerpo reaccionó de inmediato, tensándose contra mí.

Me dejé llevar por la sensación, moviéndome a su ritmo. Mi respiración se volvió más rápida. Podía oír el sonido de mi propio corazón latiendo con fuerza. El roce era perfecto, el calor casi insoportable, y estaba a un solo paso de darme la vuelta, quitarme la ropa y seguir

aquello a un nuevo nivel, pero entonces…

—¡Erik! —La voz de Jensen resonó en el cuarto, devolviéndome de golpe a la realidad.

Erik se despertó bruscamente, soltando mis caderas como si fueran fuego y acabara de quemarse. Yo también me detuve. Mi cuerpo aún vibraba de deseo, pero la realidad se impuso de inmediato, aplastándome.

Ambos nos apartamos tan rápido como pudimos. Todo el calor y la intensidad que nos envolvía segundos antes se convirtió en frío. Mi corazón aún latía desbocado, pero no por las mismas razones de hace unos segundos.

Estaba en shock.

—¡Mierda! —masculló Erik, con la voz ronca y adormilada, mientras se levantaba de la cama de un salto—. ¡Voy, Jensen!

Lo vi salir del dormitorio apresuradamente, dejando la puerta entreabierta mientras la realidad golpeándome la base del estómago. ¿Qué demonios acababa de pasar? ¿Erik y yo habíamos estado frotándonos el uno contra el otro?

Me levanté de la cama a toda prisa, con el corazón atorado en la garganta. Necesitaba salir de ahí, despejarme, apagar el fuego que todavía hormigueaba entre mis muslos con ganas de terminar lo empezado.

Fui directa al baño y me metí en la ducha, ajustando el agua a lo más frío que mi cuerpo pudiera soportar.

Una ducha fría era exactamente lo que necesitaba.

13

Erik

—Me pregunto cómo el soso de mi tío ha conseguido conquistar a una tía tan molona como tú, Jade —dijo Jensen, mirándome de reojo con una sonrisa burlona.

Quería meterle la tostada que estaba mordisqueando de un empujón dentro de la boca para que se callara de una vez.

Estábamos desayunando los tres juntos, como una familia. Debería sentirme cómodo, pero estaba de los nervios. Porque hacía solo unos instantes, en la cama, me había frotado con Jade como un puto animal.

Maldita sea.

—Yo también me lo pregunto —respondió Jade, siguiéndole el juego. Tenía el pelo mojado de la ducha, y pequeñas gotas caían sobre sus hombros, humedeciéndole el suéter. Siempre hacía lo mismo: nunca se secaba el pelo porque decía que, en su caso, era una pérdida de tiempo. Su melena negra y lisa quedaba perfecta, como recién salida de la peluquería, hiciera lo que hiciera. La genética había sido generosa con ella en ese aspecto—.Supongo que compensa su sosería de otras formas.

Casi me atraganto con el café.

—Alto ahí, prefiero saber a que otras formas te refieres —dijo Jensen con una mueca de asco.

Miré a Jade con el ceño fruncido. ¿Cómo podía verse tan tranquila después de lo que había pasado?

Le había restregado la polla por el culo como si quisiéramos follar, y lo peor es que, en mi sueño, sí lo estábamos haciendo. Mientras me restregaba con la Jade real, estaba follándola en mis sueños.

¿Y yo le había prometido la noche anterior que no iba a pasar nada?

Era un pervertido. Y un mentiroso.

Un solo día y ya había perdido el control. Como un maldito cavernícola.

Me terminé el café, intentando aclararme las ideas mientras Jensen y Jade se reían de mí.

Pasamos la mañana los tres juntos, jugando a videojuegos y hablando de todo y nada.

Después de comer y antes de marcharse, Jensen me pidió hablar en privado.

—Mamá me llamó hace un par de días para pedirme dinero. Le dije que no podía darle nada y empezó a insultarme por teléfono. Creo que no está bien —me dijo con aparente despreocupación, como si no importara. Pero pude ver el brillo en sus ojos. El brillo del abandono. Del rencor. Hablar de su madre siempre hacía que ese brillo saliera a relucir.

Yo hacía lo que podía por llenar el vacío que Helga había dejado en su vida, pero sabía que

nunca sería suficiente. ¿Cómo hacerlo? El amor de una madre es irreemplazable.

A veces me preguntaba cómo mi hermana, la chica alegre y risueña que había conocido, había acabado así. Y siempre llegaba a la misma conclusión: Michael, el cabrón que la llevó por el mal camino. Si entró en el mundo de las drogas y adicciones, fue por él. Desde que quedó embarazada de él a los 17, su vida había sido un desastre de idas y venidas, entre recaídas y rehabilitaciones fallidas.

Desde hacía un año, Helga llamaba a Jensen para pedirle dinero. Intentaba convencerlo a base de llanto y ruegos desesperados. Sabía que esas llamadas destrozaban a mi sobrino, aunque nunca lo dijera en voz alta. Y yo odiaba no poder hacer nada para detener aquello.

—¿Quieres que hable con ella? —le ofrecí, preocupado.

Jensen negó con un movimiento de cabeza.

—No. Puedo manejarlo. Además… —Bajó la mirada—. De alguna manera sus llamadas me tranquilizan. Es una señal de que está viva. Cuando paso mucho tiempo sin recibir una llamada empiezo a preocuparme, porque pienso que puede haberle pasado algo. Así que… aunque me deje echo mierda, prefiero seguir atendiéndola.

Sus palabras me rompieron el corazón, pero lo entendí. A mí me pasaba algo parecido. Saber de Helga era mejor que no hacerlo. Aunque ser consciente de lo mal que estaba fuera duro.

Poco después, Jensen se despidió con una sonrisa y un saco de ropa limpia hasta los topes.

Cuando volví al salón, encontré a Jade comiendo crema de cacahuetes a cucharadas, concentrada en su portátil. Decidí no molestarla, y me dirigí al despacho para repasar el temario

de las clases del día siguiente. Mientras buscaba los apuntes en mi maletín, pensé en lo jodida que estaba la situación entre ambos. Si creía que hablando del beso se acabaría la incomodidad entre nosotros, me equivocaba. Llegados a ese punto, la incomodidad parecía haberse instalado en nuestra dinámica de forma permanente.

La boda estaba a la vuelta de la esquina y cada día que pasaba me preguntaba si aceptar aquello había sido una buena idea o si estaba cavando la tumba de nuestra amistad con mis propias manos.

14

Erik

El lunes llegué a la Facultad con tiempo de sobra para responder algunos correos y organizar la semana. Antes de nada, decidí pasar por la sala común del departamento para hablar con mis colegas, pero nada más acercarme, mi cuerpo se crispó al escuchar una voz conocida dentro. Una voz conocida y odiada.

¿Owen?

Entré en la sala y lo vi de pie, con su sonrisa arrogante y esa actitud de superioridad que tanto detestaba. Llevaba el cabello peinado a un lado y un traje a medida que destacaba entre los atuendos más sencillos del resto de profesores.

—Vaya, mirad quién ha llegado. Doctor Hansen… —dijo Owen, estirando las sílabas como si saboreara cada una.

—Doctor Smith… —respondí con la mandíbula tensa.

Nos retamos con la mirada, reavivando en segundos el rencor acumulado durante años.

Owen era la clase de persona que se creía superior por el simple hecho de existir.

Venía de una familia acomodada, hijo de profesores universitarios, y siempre había vivido

como un privilegiado. Durante la universidad, mientras yo trabajaba los fines de semana y los veranos para pagarme los estudios, él se las pasaba de fiesta en fiesta. Estaba claro que me odiaba por haberlo superado en más de una ocasión. Para él, yo era alguien inferior que nunca debería haberle hecho sombra.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta. Seguro que el proyecto al que había aplicado y cuyo liderazgo quería robarme tenía mucho que ver.

—He venido a la ciudad por trabajo y pensé que estaría bien pasarme por el departamento. Ya sabes, familiarizarme con el lugar del que pronto formaré parte cuando me asignen el proyecto. Además, tengo una comida con el decano Graham en un rato.

Me lanzó una mirada cargada de veneno, como si ya hubiera ganado.

—Tienes mucha confianza en ti mismo, ¿verdad?

—Bueno, no quiero presumir, pero confío en mi currículum, Hansen. Sé que también has solicitado el puesto, pero seamos sinceros: te supero en experiencia.

—¿Y qué puedes aportar en energía oscura? ¿Vas a cambiar de campo ahora y tirar años de investigación a la basura?

—Digamos que la Física de partículas ya ha tenido suficiente de mi intelecto. La energía oscura me necesita ahora.

Su tono sarcástico me sacó de quicio. Lo que insinuaba, sin decirlo directamente, era que mis logros no eran relevantes. Pero sabía que era mentira.

En la última década, había pasado muchas noches sin dormir, obsesionado con resolver ecuaciones imposibles, trabajando con estudiantes de doctorado y publicando artículos que realmente habían contribuido a nuestra comprensión del universo. Pero Owen, con su arrogancia habitual, pretendía minimizarlo todo.

—Parece que la modestia no es tu fuerte, Smith —respondí, cruzándome de brazos—. Pero ¿sabes qué? El decano Graham tiene en cuenta algo más que un currículum. Valora la pasión y la dedicación. A veces, trabajar desde la base y no desde un pedestal de privilegios marca la diferencia.

Owen ladeó la cabeza, como si mi comentario le hiciera gracia.

—Ah, Hansen, siempre con tus lecciones morales. Me encanta que sigas creyendo que las historias de esfuerzo personal cuentan en el mundo real. —Se inclinó ligeramente hacia mí—. Ahora, si me permites, voy a aprovechar el rato para familiarizarme con las instalaciones. Nunca está de más conocer el terreno antes de reclamarlo.

Dicho eso, se dio la vuelta y salió, caminando con esa actitud de «Soy el rey del mundo» que lo caracterizaba.

—No le hagas caso —dijo James Allen, acercándose y dándome una palmada en el hombro —. No hay nada decidido todavía. Solo quiere desquiciarte.

Asentí, fingiendo que sus palabras no me habían afectado, pero no era cierto. Owen tenía la habilidad de hacerme dudar de mí mismo, de hacerme sentir que no era suficiente.

Solo esperaba que ese proyecto acabara siendo mío. De lo contrario, no estaba seguro de poder enfrentarme a él cada día sin que me carcomiera la rabia.

15

Jade

No podía creer lo que veían mis ojos. Ahí estaba yo, en la boutique de Arielle, la mujer de Connor y mi amiga, probándome el vestido de novia que había diseñado especialmente para mí.

Arielle se dedicaba a confeccionar vestidos de novia inclusivos, asegurándose de que todas las mujeres, sin importar su talla o condición, pudieran lucir un vestido perfecto en su gran día. Como mujer Plus Size, Arielle sabía bien lo que era sentirse fuera de los estándares. Su cabello rojizo y su energía desbordante siempre me hacían sentir a gusto.

Cuando se ofreció a diseñar mi vestido, en un principio rechacé su oferta. Erik y yo planeábamos una boda sencilla: firmar papeles y una comida con la familia y amigos más cercanos. Nada del otro mundo. Pero las cosas, como siempre, se complicaron.

De la idea íntima y discreta habíamos pasado a un bodorrio con más de 100 invitados y un banquete en uno de los hoteles más lujosos de Nueva York.

Mis padres insistieron en invitar a toda la comunidad china de la ciudad, y Erik tuvo que hacer lo mismo con sus colegas de la universidad y del entorno académico. En resumen, la boda se nos fue de las manos.

Así que, con una boda de ese calibre, no podía casarme con uno de mis vestidos de diario. Llamé a Arielle y le pedí que se encargara del vestido, y lo que había creado era sencillamente

espectacular.

El vestido estaba inspirado en La novia cadáver, pero en lugar de los tonos azulados que caracterizaban a Emily en la película, el mío era completamente negro. De corte sirena, con un escote en forma de corazón que resaltaba mis clavículas y una falda de tul que caía en capas irregulares hasta el suelo, dándole un aire gótico y etéreo. Las mangas de encaje semitransparente se ajustaban a mis brazos, terminando en delicados bordados que le añadían un toque romántico y elegante. El toque final lo daba un pequeño corsé, que acentuaba mi figura sin hacerme sentir incómoda. Era el vestido perfecto para una novia que no quería ser convencional.

—Te has superado, Arielle, me encanta lo que has hecho —dije, dando vueltas frente al espejo—. Y eso que no te di mucho tiempo.

—No tienes que agradecerme nada. Me hacía muchísima ilusión encargarme personalmente de tu vestido —sonrió con calidez—. Desde que llegué a Nueva York, tú y Erik me habéis acogido como una más. Sois mi familia aquí. Esto es lo mínimo que puedo hacer por ti. Y, bueno, ya sabes que eres mi escritora de terror favorita —añadió, guiñándome un ojo.

Sonreí. Arielle llevaba casi cinco años en Nueva York, y ya era parte de nuestro pequeño grupo. Bueno, ella y sus pequeños, claro.

—Por cierto, ¿cómo va la última entrega de *Cazadores de monstruos*? Estoy deseando leer el manuscrito —preguntó con genuino interés.

Hice un mohín, sintiendo el peso de esa última entrega sobre mis hombros. Como una losa.

—¿Del 1 al 10 cuánto crees que se enfadarían los lectores si me cargase a los protagonistas en este libro? —pregunté enfurruñada—. No hay forma de que esta historia fluya. Hace aguas

por todos lados, y aunque Geraldine me dio más tiempo para entregarle la versión final con la excusa de la boda, no puedo alargarlo mucho más. Saldrá a la venta en menos de cuatro meses y todo está mal.

Arielle frunció el ceño, confundida.

—¿Y eso? ¿Falta de inspiración?

Asentí con la mirada en mi vestido de novia perfecto. Era una lástima que se tratara de una boda falsa, porque casarse de verdad con un vestido así tenía que ser una pasada. Bueno, la boda sería real, pero los sentimientos entre los novios no lo eran. Uf. Qué lío.

Aunque para lío mi relación con Erik, que estaba atravesando un momento complicado en muchos sentidos. Ya no solo por el beso que nos dimos, sino también por la ración de restregamiento mutuo que tuvimos la primera noche que dormimos juntos.

Empujé esos pensamientos al fondo de mi mente. No era momento de pensar en eso.

—Geraldine quiere que añada una trama romántica entre Erik y Janet, pero siento que todo lo que escribo es forzado —admití, suspirando.

Arielle asintió pensativa.

—Yo creo que Erik y Janet tienen tensión sexual y química para parar un tren. Quizás te incomoda porque los personajes están inspirados en Erik y tú. ¿Te da miedo que la gente piense que lo que escribes refleja vuestra vida real?

Me encogí de hombros. No podía decirle que ni siquiera yo sabía que estaba pasando en la

vida real.

—Quizás —musité.

—¿Y por qué no tomas vuestra propia relación como ejemplo? Puestos a que la gente piense… ¿Qué mejor inspiración que la experiencia propia?

Estuve a punto de reírme. ¿Experiencia propia? Mi experiencia propia era que estaba fingiendo un romance falso con él para casarme por un puto visado, así que…

Espera.

Una idea cruzó por mi mente a gran velocidad. El cliché del romance falso era uno de los más populares.

¿Y si me servía de ese cliché para dar una vuelta a mi historia?

Podría hacer que Erik y Janet tuvieran que fingir una relación por algún motivo y que eso los llevara a situaciones límite como las que Erik y yo habíamos vivido. Eso podría funcionar, aunque… ¿no confundiría más las cosas entre nosotros?

Todo estaba demasiado tenso. Pero estaba desesperada por conseguir que la novela funcionase y esa trama parecía ser la respuesta a semanas de estrés y ansiedad.

—Me alegro de que Erik y tú hayáis decidido dar el paso —dijo Arielle de repente, sacándome de mis pensamientos—. Sé que Connor aún os pone en duda, pero yo sé que lo vuestro es verdad. Desde que os conocí percibí la química que hay entre vosotros, aunque, para ser honesta, nunca pensé que fuerais lo suficientemente valientes para intentarlo. Imagino que

debe ser difícil cuando hay tantos años de amistad de por medio. Hay mucho que perder.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo invisible. El estómago se me encogió. Quizá notó mi caos emocional, porque enseguida cambió de tema, hablándome de los vestidos que estaba diseñando para algunas clientas. Pero yo no podía concentrarme. Tenía la mente perdida en la imagen de mí misma en ese vestido de novia perfecto para una boda que era todo menos real.

16

Erik

El día de la boda llegó demasiado rápido. Mientras me ajustaba el nudo de la corbata frente al espejo en la sala que el hotel había habilitado, sentí una mezcla de nervios y emoción que no podía sacudirme de encima.

Siempre supe que quería casarme. Supongo que, en el fondo, soy un tipo tradicional. Sin embargo, nunca pensé que lo haría por las razones incorrectas. Lo más irónico de todo era que, a pesar de que las razones fueran incorrectas, la chica no lo era.

Jade.

Sentí un vacío intenso recorrerme el pecho. Me estaba casando con la mujer a la que había querido en silencio durante años, no por amor, sino por interés. La boda era una farsa. Un simple trámite para que ambos pudiéramos beneficiarnos.

Me dolía en el alma que hubiéramos llegado a ese punto. Mis sentimientos por ella eran reales, pero la boda no lo era. Y ser consciente de ello me carcomía por dentro.

Frente al espejo, traté de centrarme. Jensen apareció detrás de mí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tío, estás muy nervioso, tienes que relajarte. Toma —dijo, mientras me tendía una

pequeña petaca plateada.

—¿De dónde has sacado esto? Aún no tienes edad para beber alcohol —respondí, arqueando una ceja.

—En España los jóvenes beben desde los dieciocho —contestó con una sonrisa burlona.

—¿En España? —resoplé—. No estás en España.

Jensen se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—Detalles.

Le quité la petaca de la mano y, sin pensarlo demasiado, le di un sorbo rápido. El whisky me quemó la garganta, pero no hizo nada por calmarme los nervios.

—¿Mejor? —preguntó, alzando una ceja.

Le devolví la petaca.

—No. Pero gracias por intentarlo.

Jensen soltó una risa y me dio una palmada en la espalda.

—Vamos, tío, es la hora.

Tomé una bocanada de aire, tratando de hacerme a la idea de que aquello iba a pasar de verdad. Estaba a punto de casarme con Jade. En una boda falsa. Más de 100 personas presenciarían todo creyendo que era real.

Cuando salí al altar, con todos los ojos puestos en mí, sentí como si estuviera interpretando un papel. Uno que no quería interpretar.

Y entonces, la vi.

Jade, caminando hacia mí desde el otro extremo del salón. Llevaba un vestido negro, inspirado en *La novia cadáver* que sabía que Arielle le había hecho, y joder… estaba preciosa. El corazón me dio un vuelco. Sentí como si fuera a explotar en mil pedazos, porque verla caminar hacia mí, en aquel vestido, con una sonrisa tímida y su andar seguro, fue más de lo que mi cuerpo pudo soportar.

Por un segundo, quise creer que todo era real. Que este era el día en que me casaba con la mujer de mi vida. Pero esa ilusión se desvaneció con rapidez. La realidad me golpeó con fuerza cuando Jade llegó hasta mí y me miró con ojos preocupados. Se notaba que lo estaba pasando mal. Deseaba que aquello terminara lo más rápido posible.

Me obligué a sonreírle. Quería transmitirle calma y ella me devolvió una sonrisa nerviosa. Durante el resto de la ceremonia, todo pasó como un sueño borroso. Promesas vacías, palabras sin peso. Porque lo que más deseaba, lo que realmente quería, no existía.

Al final, cuando el oficiante pronunció las palabras «puede besar a la novia», me incliné hacia Jade. Rozamos nuestros labios en un beso suave, uno que distaba mucho del beso que nos dimos en el coche. Fue mecánico, vacío, una representación que el público celebró con aplausos y sonrisas.

Al terminar la ceremonia, los amigos y la familia se acercaron a felicitarnos. La madre de Jade me confesó que había llorado mientras decíamos los votos. Que a pesar de sus reticencias iniciales estaba encantada conmigo. Me dio un abrazo y me dijo en un susurro que esperaba que

cuidara bien de su hija. Solo pude asentir, con una sonrisa forzada. Me sentí como un completo impostor.

Apenas pude prestar atención al resto. Seguía atrapado en mis propios pensamientos, en esa lucha interna entre lo que quería y lo que teníamos. Los abrazos y las felicitaciones pasaban de largo, como si estuviera en otro lugar, observando la escena desde fuera.

Cuando finalmente terminó la lluvia de felicitaciones, nos llevaron al banquete. El salón estaba decorado de manera impecable. Luces suaves colgaban del techo, iluminando las mesas con una calidez que solo aumentaba la sensación de estar atrapado en una película irreal.

Todo el mundo reía, charlaba y brindaba por nosotros, como si se tratara del matrimonio perfecto. Jade, sentada a mi lado, se veía espectacular con su vestido negro y esa sonrisa encantadora. Y yo seguí interpretando mi papel, porque no podía hacer otra cosa.

El banquete transcurrió con una velocidad que me dejó aturdido. Comida exquisita, discursos divertidos, y nosotros actuando como los novios perfectos. Aplaudíamos, reíamos en los momentos adecuados, y posábamos para las fotos. Y aunque todo parecía tan bien orquestado, yo me sentía desconectado.

La noche avanzó y por fin, el teatro terminó.

Entonces, Connor y Arielle aparecieron con una sonrisa enorme.

—Chicos, tenemos un regalo especial para vosotros —dijo Connor.

Nos miramos, algo confundidos.

—¿Un regalo? —preguntó Jade, entrecerrando los ojos.

—Una semana de luna de miel en Hawái —anunció Arielle, emocionada—. Ya tenemos vuestras maletas listas y todo organizado.

Jade y yo nos quedamos congelados, mirándonos el uno al otro. ¿Una semana de luna de miel? No habíamos planeado nada así porque era demasiado… íntimo.

—No podemos aceptarlo —dije, intentando sonar lo más convincente posible.

—No os preocupéis —intervino Connor, guiñándome un ojo—. Hablé con tu trabajo, Erik. Está todo solucionado, no tienes que preocuparte de nada.

—Y tú, Jade, deberías desconectar un poco —añadió Arielle, mirando a Jade—. Sabes que te vendrá bien para inspirarte con tu novela.

Nos miramos de nuevo, sin saber qué decir. ¿Cómo rechazar un regalo así sin levantar sospechas? La sonrisa suspicaz de Connor seguía allí, y probablemente aquel obsequio era una especie de regalo envenenado. Cualquier paso en falso nos descubriría.

—Bueno… supongo que unas vacaciones no nos vendrían mal —dije, forzando una sonrisa.

Jade asintió débilmente a mi lado.

—Claro. Hawái. ¡Yuju! —exclamó sin emoción.

Y así sin esperarlo, nos encontramos aceptando un viaje que iba a cambiarlo todo.

17

Jade

Estábamos jodidos.

Lo supe nada más entrar en la suite nupcial en Hawái después de ese interminable viaje en avión.

Era el paraíso de la procreación: velas aromáticas por todas partes, pétalos de rosa esparcidos por el suelo, y una cama king size que parecía haber sido diseñada específicamente para aguantar el peso y el movimiento de dos personas que no tenían intención de dormir demasiado. En el centro del colchón había un enorme corazón hecho de pétalos rojos, y las sábanas, de un suave satén, reflejaban la luz cálida de las velas.

—Se les ha olvidado dejar un paquete de condones en la mesita de noche —refunfuñé, dejando caer la maleta con un golpe sordo.

—Oh, no se les ha olvidado. Los dejaron en mi maleta. Y no uno solo —respondió Erik, abriendo la cremallera lateral de su equipaje y sacando una bolsa con tres paquetes enormes—. Los vi cuando me cambié de ropa antes de subir al avión.

Mis ojos se agrandaron al ver la numeración de las cajas, y se me escapó una carcajada.

—¿Paquetes de 144 unidades? ¿Pretenden que se nos caigan los genitales de tanto usarlos?

—Diría que es una forma bastante poco sutil de decirnos que no quieren que nos reproduzcamos.

Sonreí, dejando escapar otra risa.

—El mundo no está preparado para una versión mini de Jade y Erik.

Erik me devolvió la sonrisa, y por un momento sentí una calidez inesperada expandiéndose por mi pecho. Y no solo eso. Un leve hormigueo en mi interior, un pulso molesto que llevaba semanas persiguiéndome cada vez que nuestras miradas se encontraban por más tiempo del necesario.

No era ningún secreto que Erik me atraía, pero últimamente se había vuelto incontrolable.

Las fantasías que mi mente hiperactiva inventaba sobre él eran... explícitas, sucias. Desde aquel primer sueño, las cosas habían empeorado. Ya no solo eran sueños de Erik el vampiro. No. Eran sueños con el Erik real.

Me despertaba en mitad de la noche, sudorosa, excitada, con el sexo palpitante y la cabeza llena de imágenes de nosotros dos. ¿Cómo era posible que mi mente se hubiera obsesionado tanto con alguien que hasta hacía poco era solo mi mejor amigo?

Tragué saliva, empujando esos pensamientos al rincón más oscuro de mi cerebro. No era momento para eso. No cuando aquella cama enorme, con sus sábanas de satén y su descarado corazón de pétalos, nos estaba esperando.

***

Bajamos a cenar algo en el restaurante del hotel y luego decidimos subir para descansar. No habíamos dormido nada durante el vuelo y estábamos agotados. El día de la boda había resultado extenuante. Aún podía sentir la mirada intensa de Erik sobre mí cuando me acerqué a él en el altar. De no saber que era imposible, hubiera pensado que había anhelo en esos ojos.

Cuando llegamos, nos pusimos los pijamas y Erik propuso dormir en el sofá.

—Es una tontería —dije yo, intentando sonar despreocupada—. La cama es enorme, podemos compartirla.

—¿Seguro? —dijo con la duda brillando en sus ojos.

Supongo que ambos recordamos lo que ocurrió la última vez. Nuestro restregamiento mutuo al despertar. Irónicamente la vez anterior fue él quién insistió en compartir cama asegurando que no pasaría nada. ¡Ja!

—Fijaremos una barrera —dije yo acercándome a la cama. Cogí algunos cojines y tracé con ellos una línea en medio—. Tú te quedas en ese lado y yo en este —señalé.

Erik alzó una ceja no muy convencido.

—¿Sabes a qué me recuerda esto? A cuándo en el instituto nos sentábamos juntos y tuve que trazar una línea entre nuestros pupitres para evitar que llenaras el mío con tus cosas. —Se metió en su lado de la cama.

—Claro que me acuerdo. Pusiste aquella estúpida norma de que te quedarías con todo lo que cruzara esa línea. Fuiste muy injusto conmigo. Te quedaste mi bolígrafo de E.T. con esa excusa.

—Avasallabas mi pupitre a diario. Siempre fuiste demasiado caótica.

—Y tú demasiado cuadriculado. —Me miró con una ceja alzada y yo me reí, señalando de nuevo la barrera de cojines—. Entonces, ¿te gusta mi idea? Tú en tu lado y yo en el mío.

—Claro —dijo acomodándose en su parte de la cama—. Supongo que servirá. Pero recuerda, si alguna de tus cosas traspasa la línea, me la quedaré.

A pesar de la distancia, aquella noche volví a soñar con él.

***

Los primeros días en el resort de Hawái no estuvieron tan mal. Arielle tuvo razón al decir que desconectar me iría bien para escribir. Al final, decidí tirar a la basura la versión anterior de la novela y empezar de nuevo.

En esta nueva versión, Janet y Erik, el vampiro cazador, tenían que fingir una relación para infiltrarse en una comunidad secreta de criaturas sobrenaturales. La tensión entre ellos crecía a medida que sus sentimientos falsos empezaban a confundirse con algo real.

La historia fluía y me estaba divirtiendo escribiendo, lo cual siempre era una buena señal.

Me metía tanto en ello que podía pasarme más de cinco horas seguidas pegada al portátil sin darme cuenta. Por suerte, Erik estaba ahí para recordarme las cosas básicas:

—Jade, tienes que comer.

—Jade, ¿cuánto llevas sin ir al baño?

—Jade, es hora de dormir.

Era prácticamente mi alarma humana.

Mientras yo escribía sentada en mi tumbona bebiendo daiquiris, Erik se bañaba en la piscina, iba al Spa o se apuntaba a alguna de las excursiones programadas. Por lo que, a fin de cuentas, estaba resultando una estancia bastante agradable.

Aunque compartíamos la suite y nos veíamos para las comidas o alguna que otra actividad, nuestros caminos solían separarse durante el día. Erik se encargaba de aprovechar al máximo el resort, mientras yo estaba inmersa en el nuevo rumbo de mi novela.

A pesar de la tensión que seguía presente entre nosotros, esos momentos de desconexión individual nos ayudaban a mantener cierta paz y cordura.

La cuestión es que gracias a eso, conseguí escribir la mitad de la novela sin casi darme cuenta. Se notaba que lo estaba disfrutando, que la trama enganchaba y tenía chispa.

Sin embargo, llegó el momento de dar rienda a la tensión sexual acumulada y eso volvió a bloquearme.

Tenía a Erik y Janet a punto de caramelo, estaban listos para follar como locos después de una trama de acción muy bien desarrollada. Pero… no sabía ni por dónde empezar.

Había intentado escribir la escena una decena de veces, pero no me salía. Cada vez que lo intentaba, mi mente se descontrolaba. Me imaginaba a Erik, el real, y.… uf, me bloqueaba.

—¿Se puede saber qué te pasa? Has resoplado veinte veces en los últimos cinco minutos —dijo Erik, levantando la vista del libro que estaba leyendo al otro lado de la cama.

Suspiré, dejando caer la cabeza hacia atrás sobre el cabecero.

—Estoy atascada otra vez.

Erik frunció el ceño, marcando la página del libro y dejándolo a un lado para centrar la atención en mí.

—¿Atascada? Pensé que habías vencido el bloqueo. No has parado de escribir desde que llegamos aquí.

—Sí, todo ha ido bien hasta que he llegado a la maldita escena en la que estoy ahora.

—¿Qué escena es? —preguntó Erik, inclinándose un poco hacia mí, sin atravesar el muro de cojines que separaban nuestros lados de la cama.

Pude haberle mentido. Quizás tendría que haberlo hecho. Pero era Erik, siempre habíamos sido sinceros el uno con el otro.

—La escena de sexo.

Erik se atragantó con su propia saliva. Lo vi en directo, como su cerebro intentaba procesar lo que le había dicho y, en ese mismo instante, se olvidaba de hacer lo básico: tragar bien. Tosió un par de veces, y yo lo miré con una mezcla de vergüenza y diversión.

—¿Perdona? —dijo, cuando por fin recuperó el aliento, con los ojos un poco más abiertos de lo habitual.

—Sí, la escena de sexo entre Erik el vampiro y Janet —repetí, frotándome la sien—. He conseguido meter la trama romántica que Geraldine me pidió, pero me está costando visualizar la parte en la que se acuestan.

Los ojos de Erik se volvieron intensos, oscuros. Casi tanto como los de Erik el vampiro.

—Vaya… ¿y por qué crees que te pasa?

—No lo sé, ¿falta de inspiración, quizás? Erik está basado en ti, y Janet en mí, es un poco raro escribir sobre esto. Ya sabes.

—Ajá.

Un silencio nos sobrevoló. Aunque no fue incómodo exactamente. Había tensión. Tensión y… algo más.

—¿Hay algo que pueda hacer para que sea menos raro?

Lo miré sin entender, con las mejillas ardiendo.

—¿A qué te refieres?

—Quizás yo pueda ayudarte a visualizarlo mejor —sugirió Erik, alzando una ceja de manera provocadora.

Lo miré, intentando procesar lo que acababa de decir. ¿Acaso estaba insinuando…?

—¿Cómo podrías ayudarme exactamente? —pregunté, con el corazón acelerado. La tensión en la habitación aumentaba por segundos, llenando el aire entre nosotros de una electricidad palpable.

Erik se acomodó en la cama, acercándose un poco más hacia mí, empujando con suavidad la barrera de cojines.

—Erik el vampiro está basado en mí. ¿verdad? Quizás podría darte algunas ideas de cómo me gusta el sexo, para que te sea más fácil escribir.

Ahora quién se atragantó con su saliva fui yo. Tosí, intentando recuperar la compostura, pero fue inútil. El calor subía desde mi cuello hasta mis mejillas, y la mente se me nubló un poco.

—Podría ser útil, ¿no crees? —añadió, atrapando mi mirada con la suya—. Así puedes escribir sobre algo realista.

—¿Y cómo... cómo te gusta el sexo? —solté, sin pensar, y en cuanto las palabras abandonaron mis labios, quise desaparecer.

Erik sonrió de una manera que hizo que todo mi cuerpo se tensara.

—Me gusta el sexo duro —susurró, bajando el tono de voz de forma peligrosa con sus ojos

clavados en los míos—. Duro y sucio. Muy sucio.

18

Jade

Durante unos segundos me olvidé de respirar. ¿En serio acababa de decir que le gustaba el sexo duro y sucio? Todo mi sistema se activó, y el aire se cargó de electricidad. Los ojos azules de Erik me miraban con una intensidad que quemaba. Tragué saliva y forcé una risa, como si lo que acababa de decir no se tratara más que de una broma. Una broma que había despertado mi sexo a la velocidad de la luz.

—Oh, venga, si eres mezcla de osito de peluche y Teletubbie. Estoy segura de que eres de esos que adoran hacer el misionero mientras susurran palabras bonitas al oído —dije chasqueando la boca contra el paladar—. Siempre fuiste un romántico.

—Se puede ser romántico y gustar de la variedad en la cama —aseguró, sin apartar sus ojos de los míos ni un instante.

—No te creo.

—Te voy a poner un ejemplo —dijo de pronto, pasando su lengua por el labio inferior con expresión peligrosa—. Imaginemos que lo nuestro es real y no un romance fingido, ¿vale?

No sabía dónde quería llevarnos con eso, pero asentí.

—Vale.

—Te explicaré cómo habría sido nuestra Luna de Miel si estuviéramos enamorados y nos hubiéramos casado de verdad. —Alcé una ceja contrariada, pero volví a asentir para que siguiera —. Para empezar, te habría estado besando y calentando durante todo el vuelo. Y es posible que hubiera acabado arrastrándote hasta el baño del avión para hacerlo en las alturas.

Se me escapó una risita, entre excitada y avergonzada.

—No suena demasiado cómodo, pero te lo compro. ¿Qué más?

Quería saber lo que seguía, por supuesto, a pesar de ser consciente de que nos estábamos moviendo por terrenos pantanosos y que cualquier paso en falso nos haría caer y perdernos en el abismo. Pero la curiosidad era más fuerte que el miedo, y la tensión que flotaba entre nosotros parecía empujarnos hacia adelante, sin importar las consecuencias.

—Después de eso, cuando hubiéramos llegado al hotel, nada más cerrar la puerta de la suite, te habría arrinconado contra la pared y empezado a besar con urgencia. Pero besar de verdad. Con besos húmedos y calientes. Con mucha lengua, tirándote la cabeza hacia atrás para forzar que abrieras la boca y te entregaras completamente a mí.

Vale, la cosa se estaba poniendo intensa.

—Teniendo en cuenta nuestra diferencia de altura, habrías acabado con tortícolis para poder besarme así —dije como apunte.

Él esbozó una media sonrisa.

—Para nada, porque te habría cogido del culo, habrías enroscado las piernas en mi cintura y te tendría a la altura perfecta para besarte sin problemas.

Me mordí el labio imaginando la escena. Erik besándome con ganas mientras yo me aferraba a su cintura, buscando un contacto más profundo.

—Supongo que eso funcionaría —musité, con la voz ligeramente enronquecida—. Seguro que Erik el vampiro haría lo mismo.

—Digamos que después de besarnos unos minutos en la entrada, te llevaría conmigo hasta el dormitorio y te soltaría en la cama sin dejar de besarte. Y te desnudaría. Rápidamente. Porque no querría perder tiempo. Te querría desnuda y expuesta frente a mí lo antes posible.

Desvié la mirada. Guau. ¿De verdad iba a ser tan gráfico?

—Y luego —prosiguió—, dejaría de besarte la boca para besar tus pechos, tu vientre, tu ombligo… hasta llegar a tu sexo. Te lo saquearía con la lengua hasta que te corrieras gritando mi nombre. —Pues sí, iba a serlo, gráfico como una película porno—. Y luego, cuando terminara, me desnudaría, te daría la vuelta y te follaría desde detrás, envolviendo tu cuerpo por completo con el mío. Te penetraría rápido y fuerte, como a mí me gusta, pero me preocuparía sobre todo por hacerte disfrutar. No me gusta presumir, pero tengo una polla bastante generosa que estoy seguro de que te satisfaría sin problema.

Apreté los muslos. Me había puesto cachonda, ¿cómo no? Y por la forma en la que su voz se volvió un poco ronca, estaba convencida de que él también lo estaba.

—¿Y por qué desde detrás? ¿No es una postura demasiado dominante?

—Me gusta dominar en la cama, ¿eso es un problema para ti?

—A mí también me gusta dominar en la cama —dije casi sin pensar—. Y antes de que me

follaras, también habría querido hacerte una mamada. —Noté cómo su pecho subía y bajaba de forma irregular ante mis palabras.

—¿En serio? —Su voz sonó casi tan oscura como sus ojos.

—Hipotéticamente hablando, claro. Janet seguro que querría hacer eso con Erik el vampiro —puntualicé.

—Ya. Por lo que hace a la dominación, no hay problema. Me gusta dominar y que me dominen. Después de correrme sobre tu espalda, no me importaría que intercambiáramos los papeles y que terminaras trotando sobre mí. Sería un placer follar mientras veo botar tus tetas.

Dios. Puto Erik. ¿De qué iba? Menudo calentón. Me pasé una mano por el pelo, intentando ignorar el calor líquido que sentía entre las piernas y me levanté de la cama de un salto. Necesitaba aliviar la tensión de ahí abajo. ¿Dónde demonios estaba mi vibrador cuando más lo necesitaba? Lástima que Arielle no hubiera pensado en meterlo en la maleta.

—Esto… gracias, Erik, creo que esta conversación es justo lo que necesitaba para escribir la escena —dije cerrando el portátil a toda prisa y colocándomelo debajo del sobaco.

Erik me observó con una sonrisa de satisfacción. Había disfrutado de cada segundo de nuestra pequeña «sesión de inspiración», y no se molestó en disimularlo. Se quedó tumbado en la cama con los ojos fijos en mí mientras yo intentaba disimular naturalidad.

—¿Vas a escribir la escena ahora mismo?

—Sí, eso voy a hacer —respondí, intentando no delatar mi nerviosismo mientras me dirigía a la puerta del dormitorio con el portátil firmemente sujeto bajo el brazo.

—¿Y dónde vas con tanta prisa?

—A la terraza —respondí con el tono más neutral que pude, sin girarme—. Creo que necesito aire fresco para… pensar.

—Claro —murmuró él—. No te vayas a inspirar demasiado.

Giré la cabeza lo justo para ver su media sonrisa, y, sin una palabra más, salí de la habitación. Al salir a la terraza, dejé escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo.

El corazón me latía con fuerza, y los pensamientos caóticos que él había sembrado en mí zumbaban sin cesar. Encendí el portátil y abrí el archivo de la novela, sintiendo el eco de sus palabras… «Te arrinconaría contra la pared, te besaría con lengua, fuerte y rápido, tirándote la cabeza hacia atrás…».

La imaginación hizo el resto.

Janet cerró los ojos y se dejó llevar. Erik el vampiro la tenía atrapada, consumiéndola con sus besos. Las palabras no eran necesarias, y su cuerpo lo entendía sin esfuerzo…

Me sumergí en las palabras, mis dedos volaban sobre el teclado con una velocidad frenética.

19

Jade

Llevaba desde el día anterior con las palabras de Erik taladrándome la mente. «Me gusta el sexo duro y sucio.» No era la primera vez que me planteaba cómo sería estar con él, pero ahora no podía quitármelo de la cabeza. Desde conversación aquella, la tensión había aumentado a niveles exagerados, y cada vez que nos rozábamos, incluso sin querer, sentía una descarga.

Regresábamos a Nueva York al día siguiente, así que acordamos pasar el día juntos.

Fuimos a la playa, tomamos el sol, y buceamos entre arrecifes. Después paseamos por un pequeño mercado donde probamos cócteles tropicales y compramos alguna tontería. Él me miraba de reojo cada tanto, y yo me esforzaba por comportarme como siempre, pero cada segundo que pasaba a su lado era una especie de tortura placentera. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas a lo mismo una y otra vez.

Al volver de la playa, Erik se fue directo a la ducha y, poco después, hice lo mismo.

El agua fría me despejó un poco las ideas, pero también dejó algo muy claro: seguir fingiendo que no pasaba nada entre nosotros iba a ser cada vez más difícil. Porque el mero hecho de imaginar su boca en la mía, de pensar en su piel contra la mía, me tenía a las puertas de la locura. Y no era algo que se me fuera a pasar.

Desde que nos conocimos, me sentía así con él. Lo había tapado con capas de indiferencia

durante años, pero ahora que esas capas habían caído sabía que sería difícil volver a cubrirlo.

Traté de convencerme de que era absurdo; esto no era más que un matrimonio de conveniencia, un simple trámite para resolver problemas. No debía estar sintiendo esta clase de cosas, mucho menos al punto de terminar perdiendo el control. Sin embargo, cuanto más me recordaba a mí misma que no debía pensar en él de esa forma, más lo hacía. Sabía perfectamente a lo que me estaba exponiendo. Que cruzar esa línea sería complicarlo todo.

Recapitulé la conversación que habíamos tenido el día anterior. Todo lo que él me había contado sobre cómo sería nuestra luna de miel real… Esa descripción me había dejado completamente en shock. Durante el día, su confesión sobre lo que le gustaba en la cama había sido como una especie de eco constante en mi cabeza, amplificando el deseo que ya tenía.

Al salir, me puse el pijama y me preparé mentalmente para lo que venía. Sabía que nos encontraríamos en la cama, él en su lado y yo en el mío, con un muro de cojines entre ambos, fingiendo que todo estaba bajo control mientras leíamos, como siempre.

Pero esta vez no quería seguir fingiendo.

No quería otro silencio lleno de tensión.

Así que tomé una decisión.

Me tumbé junto a él, abriendo mi libro y pasando páginas sin leer realmente. Erik parecía concentrado en el suyo, pero notaba su respiración más lenta, como si también él intentara relajarse y evitar que la incomodidad se hiciera demasiado obvia.

Respiré hondo, armándome de valor. Era ahora o nunca.

—Erik… he estado pensando en algo.

—¿Sí? —respondió sin apartar la vista del libro, aunque noté cómo tensaba los hombros.

—Sí —dije, soltando el aire de golpe—. Mira, este matrimonio es solo un trámite, ¿verdad? Algo práctico para ambos. Pero eso también significa que no podemos vernos con nadie más mientras dure… ya sabes, por inmigración y todo eso.

Erik alzó la vista de su libro y frunció el ceño.

—¿A dónde quieres llegar, Jade?

Respiré hondo, esforzándome por parecer despreocupada, como si lo que estaba a punto de decir no fuera una completa locura.

—Digo que, si tenemos que pasar todo este tiempo sin vernos con nadie más, tal vez podríamos hacer que fuera un poco más divertido.

Erik arqueó una ceja, pero sus ojos destellaron con algo que no supe interpretar.

—¿Divertido? ¿En qué sentido?

—¿En el sentido de tener sexo entre nosotros? Podríamos convertirnos en follamigos —dije con el corazón latiéndome como un tambor. Había sido directa, quizás demasiado. Él me miró sin decir nada, y el silencio comenzó a volverse opresivo. Al final, continué hablando—: Resultaría cómodo para ambos. Podríamos tener sexo cuando nos apeteciera y seguir siendo los amigos de siempre después. No tiene por qué ser raro. Solo un acuerdo temporal hasta que todo pase.

Y sin embargo, dicho en voz alta, sí sonaba raro. Muy raro.

Él cerró el libro de golpe, observándome visiblemente sorprendido.

—¿Quieres que tengamos sexo por comodidad? —Su tono de voz parecía ofendido.

Asentí despacio.

—Solo era una idea, pero si no te parece bien, olvídalo. Haz como si no hubiera dicho nada —dije, volviendo a mi libro. Se me formó un nudo en el estómago. Entonces, ¿toda la tensión que nos sobrevolaba no existía? ¿Solo la sentía yo?

Me sentí estafada, triste y avergonzada.

—No es que no me parezca bien, Jade —dijo la voz de Erik, cerca, muy cerca. Demasiado cerca. Un cojín de la barrera cayó a su paso—. Es solo que no quiero follar contigo por comodidad o porque sea la única opción al estilo de: «como somos los únicos supervivientes de la Tierra, tenemos que copular entre nosotros». No quiero hacerlo por los motivos equivocados.

Aparté la mirada del libro para buscar la suya.

—¿Y cuáles serían los motivos correctos?

Él no me respondió enseguida, siguió mirándome con intensidad un rato antes de responder.

—Tensión… deseo, ganas. Necesidad. Pero comodidad, no. Si quiero estar cómodo me hago una paja, no me follo a mi mejor amiga.

—Erik… —empecé, sin saber cómo terminar esa frase.

—No, escúchame tú. —Erik levantó la mano y la puso suavemente en mi mejilla, obligándome a sostener su mirada—. Quiero que sepas que si esto pasa, no quiero que sea porque no hay alternativa. Quiero que pase porque no puedes contenerte, porque te mueres por tocarme, porque no existe nada más en el mundo que quieras en ese momento.

Su voz era baja, un susurro cargado de intensidad, y cada palabra se hundía en mi piel, en mi pecho. Tragó saliva, y su pulgar comenzó a moverse en círculos, como si apenas se diera cuenta de que lo hacía.

—Desde la vez que nos besamos en mi coche, ¿sabes cuántas veces he pensado en volver a besarte, Jade? —dijo, con los ojos fijos en mi boca.

La sangre me ardió en las mejillas, y mi respiración se volvió errática.

—Entonces… ¿a qué estás esperando? —susurré.

Los ojos de Erik centellearon.

—¿Eso significa…?

Me enderecé un poco, me incliné hacia él invadiendo su lado de la cama y la barrera de cojines cayó.

—He cruzado la línea, Erik. Dijiste que te quedarías con todo aquello que cruzara la barrera de cojines. Supongo que ahora soy tuya.

Erik no esperó más. Se inclinó hacia mí. En cuanto sus labios rozaron los míos, sentí que el mundo entero se desvanecía. Fue un beso lento al principio. Como si quisiera probar que estaba

pasando de verdad. Que no era otra fantasía. Su mano se deslizó detrás de mi nuca, manteniéndome cerca. Su boca se movió contra la mía con una precisión desesperada y yo solo pude corresponderle de la misma forma.

De repente, todo fue urgente. La tensión que habíamos contenido durante semanas estalló en ese beso. Su lengua encontró la mía, en una batalla sin control en la que ambos queríamos ser ganadores. No había espacio para las dudas. Sus manos me rodearon la cintura, atrayéndome hacia él hasta que nuestros cuerpos quedaron pegados. El contacto me envió una oleada de deseo electrizante, que no recordaba haber sentido jamás.

Mis dedos se enredaron en su pelo, tirando ligeramente de él. Escuché su respiración acelerarse contra mi boca, como si también él estuviera luchando por mantener el control. Pero ya no quería control. Lo único que quería era perderme en él. Perderme en el calor de sus labios y en la sensación de su piel apretándose contra la mía.

—Jade… —murmuró contra mi boca, con la voz ronca y llena de una necesidad que parecía reflejar la mía—. Esto no va a ser suave.

Yo tampoco lo quería. No quería suavidad.

Quería arder.

20

Jade

Las manos de Erik me acariciaron de arriba a abajo mientras su lengua luchaba dentro de mi boca, retando la mía. El libro cayó de mi regazo al suelo, pero no importó. Dejé que Erik palpara cada centímetro de mi piel, deseando que se desprendiera de la última barrera que quedaba entre nosotros.

La ropa me estorbaba más que nunca. Erik no tardó en complacerme. Tiró del bajo de mi camiseta hacia arriba y me la quitó sin dejar de besarme. No llevaba sujetador, y su boca descendió por mi cuello y clavícula para lamer y morder mis pechos con ganas.

Se metió el derecho entero en la boca y enroscó su lengua en mi pezón mientras pellizcaba y manoseaba el otro. No fue dulce ni suave, tal como ya me había advertido. Y me encantó, porque a mí también me gustaba el sexo así, fuerte, intenso, sin rodeos.

—Más… —le pedí, tirándole del pelo con fuerza mientras su boca me arrancaba suspiros.

Su sonrisa fue pura satisfacción.

—Te gusta esto, ¿verdad? —dijo en un susurro ronco.

Su boca descendió aún más.

Besó mi ombligo, mi cadera y cuando llegó justo donde yo lo quería, me bajó el pantalón y las braguitas de un tirón rápido y se colocó entre mis piernas.

Jadeé cuando sentí su aliento sobre mi pubis, y jadeé aún más cuando su lengua se deslizó dentro de mis pliegues, subiendo hacia arriba con lentitud hasta alcanzar mi clítoris. Lo rodeó con parsimonia, en una dulce tortura que me tenía al límite y, entonces, de pronto, empezó a saquearme con ella. Lamía, succionaba, volvía a lamer. En círculos, de lado, y vuelta a empezar. Rápido, lento, cambiando de ritmo a cada poco. Mis manos se enredaron en las sábanas y, entre suspiros, traté de controlar el temblor que recorría mi cuerpo. Erik sabía exactamente qué hacer, cómo mover su boca sobre mí para llevarme al borde de la locura.

—Erik… —gimoteé.

Mi cuerpo se arqueó contra él, completamente rendido a la forma en que su boca me llevaba al límite, una y otra vez, sin piedad.

En aquellas últimas semanas había soñado más de una vez con aquello. Con Erik entre mis piernas, dándome placer, pero absolutamente nada de lo que había soñado se parecía a la verdad. Siempre pensé que Erik sería más del tipo dulce y romántico, pero era totalmente opuesto. Era ardiente, desenfrenado y aunque considerado, era obvio que tenía un lado demandante también.

Sentí como el calor se arremolinaba en mi sexo hasta volverse insoportable. Y, entonces, me corrí. Oleadas de placer me invadieron, extendiéndose por cada fibra de mi cuerpo. Mi respiración se volvió errática y mi pulso se disparó. Erik no se apartó de inmediato. Continuó, despacio, suave, como si disfrutara mi rendición a él mientras me deshacía en el éxtasis.

Cuando por fin subió hasta mi rostro, lo primero que hizo fue besarme. Podía saborear mi propio deseo en su boca, lo cual solo consiguió que volviera a excitarme.

—Es mi turno —dije abalanzándome sobre él para arrancarle la ropa con prisa.

Él se rio mientras me deshacía de cada una de las prendas que cubrían su cuerpo. Me moría de ganas por verle desnudo. Por verlo todo. Y, entonces le quité la última capa que quedaba, dejando al descubierto su polla. Su polla generosa, ancha, firme y perfecta.

—Lo sabía —dije relamiéndome los labios—. Sabía que tenías un martillo de Thor entre las piernas.

Erik volvió a reírse, pero la risa se esfumó en el mismo instante en el que me puse a cuatro patas, cogí la erección con las manos y me la metí en la boca, hasta el fondo.

Erik soltó un gruñido, enredando sus dedos en mi cabello mientras yo empezaba a lamer y succionar, saboreando cada centímetro de él. Sentía su control tambalearse, sus jadeos cada vez más profundos.

—Joder, Jade… —murmuró, con la voz ronca y entrecortada, mientras sus caderas se movían en sincronía con mi boca.

Su reacción me dio más ganas de continuar, de deleitarme con su sabor y de sentir su cuerpo temblar por mí. Sus manos en mi cabeza se tensaron, y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Cuando alcé la vista, sus ojos estaban fijos en mí, oscuros y llenos de deseo.

—Si sigues así, no voy a aguantar mucho —dijo entre dientes.

Le dediqué una sonrisa provocativa, aumentando el ritmo, llevando a Erik al borde como él lo había hecho conmigo.

Justo cuando notó que estaba a punto de correrse, me detuvo, y sin necesidad de explicaciones, me dio la vuelta sobre el colchón para que quedara de espaldas a él y se situó sobre mí, cubriéndome con su enorme cuerpo de vikingo.

—Voy a follarte así, Jade, tal como dije que te follaría. Te follaré desde esta posición y luego me correré en tu espalda haciéndote mía.

Su promesa me hizo estremecer de anticipación. Sentí cómo me sujetaba por las caderas, posicionándome justo donde quería, y un segundo después, tras rasgar y ponerse un preservativo, se hundió en mí en una estocada profunda que me dejó sin aliento.

Sus manos me mantenían firmemente en su lugar mientras su cuerpo se movía con un ritmo implacable. Yo solo podía aferrarme a las sábanas, perdiéndome en el placer que me desbordaba. Mis gemidos se entrelazaban con sus gruñidos, y cada uno de sus movimientos me acercaba más al límite. Otra vez.

—Dime, Jade —dijo, con la voz rota y un tono grave—, ¿te gusta cómo te estoy follando?

—Sí… Erik, más… —fue lo único que pude responder, completamente perdida en el placer.

Y, entonces empezó a moverse. Duro y fuerte, como había anticipado.

Había algo de excitante en no poder verle la cara mientras me follaba en esa postura. Solo sentía su respiración acelerada y el peso de sus manos apretándome las caderas mientras su cuerpo dominaba cada movimiento. Aquel ritmo, fuerte y constante, hacía que el placer se acumulase, llevándome sin remedio a un nuevo clímax que apenas podía contener.

—¿Sabes cuántas veces he fantaseado con esto, Jade?

—Cuéntamelo —respondí, sin aliento, mientras él continuaba entrando y saliendo dentro de mí frenéticamente.

—Demasiadas —dijo en un susurro ronco, inclinándose para besarme el cuello mientras sus dedos se clavaban en mis caderas. A cada palabra, sus embestidas se volvían más profundas—. Y nada de lo que imaginé le hace justicia a tenerte así, aquí, ahora.

Sentí un escalofrío recorrerme al escucharlo.

—Entonces… no pares —murmuré, apretando las sábanas mientras lo sentía entrar y salir, cada vez más rápido, conduciéndome hacia al precipicio.

Y me corrí. De nuevo. El orgasmo fue tan arrollador que caía en un pozo profundo donde solo existía el placer. El placer y yo.

Erik, al notar mi rendición, salió de mí, y en un solo movimiento se quitó el preservativo. Sentí su mano firme en mi espalda. Un instante después, el calor de su liberación cayó sobre mi piel, cumpliendo su promesa.

21

Erik

—¿De verdad no podemos quedarnos en este paraíso una semana más? —preguntó Jade haciendo un puchero mientras yo terminaba de guardar las cosas en mi maleta.

Me hubiera encantado decirle que sí. Que podíamos quedarnos en esa habitación encerrados todo el tiempo del mundo. Porque después de una noche follando como locos en todas las posturas posibles, lo único que deseaba era enterrarme en ella una vez más, olvidando que el mundo ahí fuera existía.

Pero tenía obligaciones. Y no podía olvidarme de ellas, por muy tentadora que sonara su oferta.

—Mañana tengo una reunión con el decano Graham —dije sentándome a su lado en la cama, ignorando el hecho de que solo llevaba un conjunto de ropa interior negro que era demasiado seductor como para no querer quitárselo—. Es importante. El anuncio del líder del proyecto está al caer.

Jade asintió, arrugando su nariz en una mueca preciosa que besé con una sonrisa. Pensar que después de años de deseo contenido por fin era toda mía, me llenaba el pecho con algo cálido y hormigueante.

—¿Y si le pides un aplazamiento? —insistió Jade mordiéndose el labio—. Que aplace la

decisión hasta la semana que viene.

—Por desgracia eso no es posible, debe decretar el coordinador del proyecto antes del lunes.

Ella suspiró y se acomodó en mis brazos.

—Jo, es una pena. No quiero que esto termine. Ya sabes que cuando algo me gusta, me gusta mucho. Y el sexo contigo es algo de otro mundo. ¿Por qué hemos tardado tanto en hacerlo? —dijo mordisqueándome el cuello.

Todo mi cuerpo reaccionó a su provocación. Jade colocó una mano sobre mi polla, ya preparada para recibirla una vez más. Me costó sacar fuerza de voluntad para detenerla. Pero no podíamos hacerlo. El taxi nos esperaba abajo. Teníamos que salir ya o perderíamos el avión.

—Que nos vayamos de aquí no significa que esto tenga que acabarse.

Los ojos de Jade buscaron los míos.

—¿Eso es una promesa?

—Sí, es una promesa —respondí, atrayéndola de nuevo hacia mí hasta que nuestras frentes quedaron pegadas—. Aún hay demasiadas cosas que quiero hacer contigo, Jade.

Jade se sentó sobre mi regazo, me besó profundamente metiendo su lengua dentro de mi boca hasta dejarme sin respiración y tras restregar su culo contra mi polla para mi desesperación, se levantó y empezó a vestirse. Diez minutos más tarde, salimos del hotel rumbo al aeropuerto.

***

El avión estaba en silencio. Habíamos dejado Hawái hacía tres horas, y casi todos los pasajeros dormían. Jade, sentada junto a mí en clase ejecutiva, también parecía estar en un sueño profundo, aunque el leve movimiento de su pecho bajo la manta hacía evidente que seguía despierta, solo que con los ojos cerrados.

La miré de reojo, tratando de concentrarme en mi libro, pero la tentación era demasiado fuerte. Sabía que tenía una entrevista importante al día siguiente. Debería dormir, pero el recuerdo de sus labios, de sus gemidos bajos y de la forma en que su cuerpo reaccionaba al mío, no me dejaban en paz.

Jade se dio la vuelta de repente, notando mis ojos sobre ella.

—¿Por qué me miras así? —susurró con una sonrisa cómplice.

—Creo que ya lo sabes.

Me incliné sobre ella capturando sus labios con los míos. Ella gimió mientras mis manos se deslizaban sobre su cuerpo bajo las mantas. Subí por su muslo y acaricié su sexo por encima de sus braguitas.

—Esa mano está jugando con fuego —dijo Jade con un gemido cuando presioné en el sitio justo.

—A lo mejor es que quiero quemarme. —Deslicé un dedo dentro de la tela, jugando entre

sus pliegues.

Jade gimió y yo la besé para silenciarla.

—Y yo que pensaba que eras un caballero, Erik Hansen. Y eres todo un pervertido.

—Se puede ser caballero y pervertido —dije en un susurro.

—Me gusta la combinación.

Seguí moviendo mi dedo en su sexo, arrancándole más gemidos que seguí bebiéndome con besos que subieron de intensidad a medida que crecía su excitación.

—Uf, Erik. Ojalá pudieras follarme ahora. No sabes las ganas que tengo de sentirte…

Me mordí el labio, sintiendo la polla tensarse al máximo dentro de los pantalones.

—¿Y quién dice que no pueda hacerlo? ¿Recuerdas lo que te conté sobre nuestra luna de miel si fuera real? Voy al baño. Te espero. —Le guiñé un ojo, saqué el dedo de su interior y me lo lamí, disfrutando de su sabor.

Los ojos de Jade brillaron con picardía y me levanté del asiento en dirección al baño. Pasaron un par de minutos cuando llamaron a la puerta. Abrí y Jade se abalanzó sobre mí con un beso húmedo y caliente.

En ese instante, el resto del mundo dejó de existir. Su respiración agitada se mezcló con la mía y nuestras manos empezaron a moverse por nuestros cuerpos con avaricia.

La empujé suavemente contra la pared del baño. Me bajé los pantalones y los bóxers en un

solo movimiento. El espacio era tan reducido que apenas teníamos margen de maniobra, pero eso solo lo hacía todo más excitante. Después de ponerme el condón, la cargué, haciendo que sus piernas se enroscaran con fuerza alrededor de mi cintura.

La penetré de una vez, profundo y directo. El gemido que escapó de sus labios fue suficiente para hacerme perder cualquier rastro de control. La sensación era embriagadora, su cuerpo caliente y palpitante contra el mío, moviéndose en sintonía conmigo.

Cada embestida era más fuerte e intensa que la anterior. Nuestros cuerpos parecían encajar como si hubiéramos estado hechos para ese momento. No había otra realidad más allá de nosotros dos en esa estrecha cabina, jadeando, explorándonos, devorándonos como si el tiempo y el espacio no existieran.

***

Llegamos a Nueva York con una sonrisa satisfecha en la cara, y eso que llevábamos casi 48 horas sin dormir. Después del polvo en el baño del avión, la cosa no se detuvo ahí. Nos dimos placer bajo las mantas mientras el resto del mundo dormía alrededor. Nunca pensé que sería capaz de hacer algo así, pero con Jade, incluso lo prohibido parecía tener sentido.

Ya en el aeropuerto, recogimos nuestras maletas y tomamos un taxi. Jade propuso pasar antes por su apartamento para recoger algunas cosas antes de ir al mío. Al llegar a su rellano, lo vimos: un enorme paquete en la entrada, envuelto en papel negro con un lazo rojo. Sin remitente.

—¿Esperabas algo? —pregunté, levantando una ceja.

Jade negó con la cabeza y nos acercamos con cautela. Al deshacer el lazo y levantar la tapa, un olor repulsivo nos golpeó de lleno. Jade retrocedió un paso mientras yo apartaba el papel de seda que cubría el contenido.

Dentro había un ramo de flores marchitas y, entre los pétalos, docenas de gusanos retorciéndose en su propio festín. Jade soltó un grito ahogado, y yo apreté los puños, sintiendo la sangre hervir bajo la piel.

Sin dudarlo un segundo, marqué el número del comisario que nos había atendido la última vez.

—El acosador ha vuelto a actuar.

22

Erik

Me dirigí al despacho del decano con el estómago revuelto. Apenas hacía unas horas habíamos encontrado la caja con las flores muertas y los gusanos en la puerta de Jade, y aunque el comisario se lo tomó en serio y aseguró que investigarían, también dejó claro que había poco que pudieran hacer. «Intentaremos identificar huellas en la nota, Erik, pero en este tipo de casos, sin testigos ni otros indicios… todo depende de que el acosador cometa un error».

Al llegar al despacho del decano, respiré hondo antes de tocar.

—¡Erik! Adelante, pasa, por favor —dijo el decano con una sonrisa afable mientras me estrechaba la mano—. Siéntate. Me alegra mucho que podamos hablar hoy. Hay novedades.

Su expresión se volvió seria y una mala sensación me recorrió la espina dorsal.

—¿Novedades?

Él asintió, acomodándose en su silla.

—Primero, quiero que sepas que estamos realmente impresionados con tu trabajo. Los informes de tu equipo no podían ser más elocuentes. Todos dicen que tu dedicación y precisión son excepcionales. Pero… —comenzó, con un tono más serio. No necesité seguir escuchando para saber lo que iba a decir. No lo había conseguido. El puesto no era mío—. Hemos decidido

que, para este proyecto en particular, la persona a cargo debe tener un nivel de experiencia que, por el momento, tú aún no tienes y Owen sí. Sé que esto no es lo que querías escuchar, y créeme, no ha sido una decisión fácil. Lo siento, Erik.

Sentí una presión en el pecho. Era la decepción cayendo sobre mí como una losa. Mantuve las apariencias, pero el rechazo dolió más de lo que había anticipado. No solo era el hecho de no haber conseguido el puesto, sino la frustración de saber que el capullo de Owen, lo había logrado por mí. Enfrentarme a su sonrisa satisfecha y sus comentarios «inocentes» sobre el puesto sería una de las pruebas más duras de mi carrera como científico.

Tragué con dificultad.

—Entiendo, decano. Aprecio la oportunidad y la confianza que han puesto en mí hasta ahora. Y, aunque me hubiera encantado dirigir este proyecto, también entiendo que la experiencia es importante.

El decano asintió, mirándome con respeto.

—Esa es la actitud, Erik. No quiero que esto te desanime. De hecho, ya estamos planeando un par de proyectos adicionales que abrirán muchas puertas. Este tipo de oportunidades, no tardan en volver a aparecer, y espero que sigas persiguiéndolas con la misma pasión. Te aseguro que esta decisión no tiene nada que ver con la falta de confianza en tus capacidades.

Le estreché la mano una vez más, tratando de enmascarar la decepción que sentía.

—Gracias. Espero estar a la altura de lo que viene, sea lo que sea.

Al salir de su despacho, intenté procesar lo que había pasado. Con cada paso, la sensación de

fracaso se entrelazaba con la frustración, y aunque quería contárselo todo a Jade, una parte de mí sabía que hacerlo estropearía de alguna forma lo que teníamos. En el momento que le dijera la verdad, la boda dejaría de ser un trámite en el que ambos ganábamos algo, y eso le haría sentir mal. La conocía, sabía cómo funcionaba su mente, y aunque tarde o temprano tendría que contárselo, esperaba que eso sucediera más tarde que temprano.

Al entrar en el apartamento, la imagen de Jade en el sofá con el portátil sobre las piernas y una sonrisa satisfecha me recibió como una bocanada de aire fresco. Estaba tan absorta en la pantalla que apenas notó mi llegada hasta que me acerqué a ella y le planté un beso en la frente.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Bien. Y tu día, ¿ha sido productivo?

Jade soltó una risa y cerró el portátil con cuidado, apartándolo para hacerme sitio junto a ella en el sofá.

—No te haces una idea. Hoy he avanzado un montón en la novela, Erik. Creo que por fin he dado con el ritmo perfecto. La trama está cogiendo un giro tan intenso que… bueno, básicamente Erik el vampiro y Janet se han pasado la mitad del día enredados entre las sábanas —dijo con una sonrisa traviesa.

Solté una carcajada, acomodándome más cerca de ella.

—Así que Erik el vampiro ha estado ocupado, ¿eh? ¿Y Janet? ¿Está disfrutando del asunto?

—Oh, no lo sabes bien. Janet no ha salido de la cama en capítulos enteros. La pobre está agotada, pero ni siquiera se le pasa por la cabeza quejarse. —Jade se mordió el labio, con una

expresión tan entusiasta que apenas podía contener la risa.

La atraje hacia mí con una sonrisa, inclinándome hasta que nuestros labios se encontraron. Después de la frustración que había sentido momentos antes, la sola idea de perderme en ella hacía que el peso de todo se desvaneciera, al menos por un rato.

—¿Crees que Erik el vampiro y Janet pueden esperar unas horas antes de continuar su maratón sexual?

Jade alzó una ceja.

—Depende, ¿qué tienes en mente?

—¿Arrancarte el pijama y follarte a cuatro patas contra el cabecero de mi cama suena bien?

Los ojos de Jade brillaron y una sonrisa pícara se dibujó en sus labios.

—Más que bien. Suena perfecto.

Sin decir más, la levanté en volandas y la llevé hasta el dormitorio.

23

Jade

Unos días después de nuestro regreso de Hawái, Arielle y Connor nos invitaron a su casa a cenar. Les llevábamos algunos regalos de la isla, y cenamos con los niños envueltos de charla distendida sobre nuestra estancia en el Resort y lo mucho que habíamos disfrutado del regalo que nos hicieron. En todo momento noté que Connor nos miraba a Erik y a mí de forma inquisitiva, sin entender el motivo.

Horas más tarde, mientras Arielle acostaba a los pequeños, nos quedamos a solas con Connor, quién cambió su expresión rápidamente, regalándonos una sonrisa irónica que percibí al instante.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras nos acomodábamos en el sofá.

Conocía a Connor de sobras. Esa sonrisa debía tener algún significado oculto.

Y no me equivoqué.

—¿Sabéis? La semana pasada recibí la llamada de un agente de inmigración. Os podéis imaginar mi cara cuando ese señor quiso entrevistarme para preguntarme sobre vosotros. Me explicó que Jade había tenido ciertos problemitas con su visado… —Entrecerró los ojos atravesándonos con ellos, de forma acusatoria—. ¿Qué casualidad, verdad? Jade tiene un problema con su visado que podría suponer una deportación y de pronto estáis enamoradísimos y

os urge casaros. —Soltó una risotada forzada antes de ponerse serio y exclamar en voz alta—. ¡¿Es qué habéis perdido la cabeza?! —Dio un golpe seco sobre la mesa y enseguida se arrepintió, mirando por encima de su hombro para comprobar que su expresión de rabia contenida no había sido escuchada en el piso superior. Luego, bajó la voz—. ¿Os habéis casado por el visado? Chicos, eso un delito, y de los gordos.

Quise negarlo una vez más, pero por la forma en la que los ojos de Connor brillaban, era obvio que nos había pillado.

—¿Qué le contaste? —preguntó Erik haciéndose cargo de la situación rápido.

—¿Qué le iba a contar? Pues que siempre os habéis gustado en secreto pero que no dabais el paso para no perder vuestra amistad y ese tipo de chorradas que suelen decir en las comedias románticas que Arielle me obliga a ver de vez en cuando. —Bufó—. ¿Por qué no me lo dijisteis?

Las palabras de Connor resultaron tranquilizadoras, pero a la vez, su expresión decepcionada, me hizo sentir mal.

—Oye, Connor, lo hicimos por ti —me sinceré finalmente—. No queríamos meterte en problemas, pensamos que si te hacíamos creer que estábamos enamorados de verdad, sería más fácil para ti hablar con Inmigración.

—¿Y dejarme con el culo al aire? De haber sido avisado, al menos habría estado mejor preparado para la entrevista —gruñó—. Pensaba qué éramos colegas y que nos lo contábamos todos.

—Solo intentábamos protegerte —dijo Erik.

—¿Protegerme? Chicos, si se enteran de que lo vuestro es falso, vais a acabar en el trullo. Bueno, tú en el trullo —dijo señalando a Erik—, y tú en Canadá sin posibilidad de regresar.

Erik y yo nos miramos con culpabilidad.

—Bueno, ahora ya no es falso —dije cogiendo la mano de Erik con una sonrisa cómplice. Connor nos miró frunciendo el ceño sin entender y yo le guiñé un ojo—. Ahora nos acostamos juntos, así que se podría decir que no estamos mintiendo.

Él me miró con una mueca de asco, la típica mueca que uno hace cuando alguien pone en la misma frase las palabras padres y sexo.

—Qué conveniente. ¿De verdad pensáis que voy a tragármelo?

—Puedes creértelo o no, pero es cierto. Estamos juntos. O algo así. Somos… follamigos —dije con una sonrisa pícara—. Amigos que follan entre sí, viven juntos y están casados.

—No entiendo nada —masculló frunciendo el ceño.

Miré a Erik y percibí la tensión en su rostro. Quería que me echara una mano con Connor, para que entendiera mejor la situación, pero no pareció muy dispuesto: de hecho, no parecía nada satisfecho con la explicación que yo le había dado.

—Eso es lo de menos ahora, Connor. Si alguien te pregunta, sigue contando lo mismo. Que nos gustábamos de siempre y que por fin fuimos lo suficientemente valientes como para enfrentarnos a nuestros sentimientos. —Erik me miró con mucha intensidad al decir aquello y yo sentí que todo mi interior temblaba.

¿Por qué me miraba así?

***

Aquella noche cuando regresamos a casa, Erik me desnudó nada más cruzar el umbral de la puerta. Lo hizo con un brillo extraño en los ojos. Un brillo oscuro. Diría que incluso peligroso. Sus besos también parecían furiosos. Como si estuviera enfadado y quisiera desahogarse con el sexo. No le pregunté. Una parte de mí tenía la sensación de que no quería obtener respuestas. Solo quería sentirlo. Por todas partes. Sentir su intensidad desbordándome una vez más. Y eso hizo.

Me lanzó a la cama, me dio la vuelta y empezó a follarme desde detrás con estocadas profundas y rápidas que me enviaron al orgasmo en tiempo récord. Y cuando estaba a punto de correrse, me dio la vuelta y terminó sobre mi estómago, llenándome una vez más con los restos de su excitación. Ya me había acostumbrado a eso. Le gustaba hacerlo. Correrse sobre mi cuerpo como si fuera un territorio que necesitara marcar. Esta vez pude ver en sus ojos que había muchas cosas no dichas. Cosas que, en realidad, ya sabía, pero me negaba a escuchar.

24

Jade

Tardé pocos días en terminar la novela. Una semana después de enviar el borrador, recibí un mensaje de Geraldine confirmando que aquel libro sería un éxito en ventas «Lo tiene todo: acción, una trama trepidante, y escenas íntimas que hacen palpitar», me escribió.

La adrenalina de saber que mis lectores disfrutarían me hizo sentirme eufórica.

Así que, cuando recibí una llamada de mi abogado diciéndome que tenía «buenas noticias», pensé que estaba en racha.

Al día siguiente, crucé el hall del edificio donde estaba el despacho de mi abogado, Ben Collins. Subí los ascensores con el estómago en tensión, preguntándome qué sería exactamente eso tan bueno que tenía que decirme. Había sido insistente con que fuera en persona.

Al llegar, la recepcionista me acompañó hasta su despacho, y tras unos minutos de espera, él apareció con una sonrisa.

—Jade, gracias por venir. —Me indicó que tomara asiento frente a su escritorio con un gesto —. ¿Cómo estás?

—Bien, algo nerviosa. ¿De qué se trata la «buena noticia»? —respondí con una sonrisa tensa.

Ben tomó asiento y revisó un par de documentos antes de mirarme directamente.

—Bueno, esta noticia te va a sorprender. Resulta que la editorial para la que trabajas gestionó en su momento un proceso de residencia permanente, una Green Card, sin comunicarte el proceso. Por lo que he podido ver, hubo alguna confusión en el sistema de inmigración, una especie de error técnico. Pero el caso es que tu solicitud de residencia fue aprobada, y ahora tienes un estatus de residencia en este país. En otras palabras, el visado ya no es un problema para ti, Jade.

Mi boca se abrió levemente, sin saber cómo reaccionar.

—Espera, ¿qué? —dije tratando de asimilarlo.

Tenía una Green Card, lo que significaba que ya no estaba sujeta a las restricciones de un visado temporal. Podía vivir y trabajar en Estados Unidos sin necesidad de renovaciones constantes o de preocuparme por quedarme fuera del país más de lo debido. En resumen, tenía residencia permanente.

Ben asintió con una sonrisa en el rostro.

—Sé que hay mucho que procesar, pero en esencia, ahora tienes el derecho de residir en Estados Unidos de manera indefinida, con la opción de solicitar la ciudadanía en unos años, si lo deseas. Al final, esa prisa por casaros… bueno, ya ves que no era tan necesaria.

Noté cómo se me aceleraba el pulso. Aquellas palabras hicieron eco en mi mente, cada una de ellas subrayando el hecho de que mi matrimonio con Erik, esa solución desesperada que habíamos encontrado para resolver mi situación, de repente parecía innecesaria. La boda, las mentiras, la cercanía constante… lo habíamos hecho todo para nada.

—Qué irónico, ¿verdad? —murmuré.

—Diría que es más que irónico —respondió él, dejando escapar una pequeña risa mientras hojeaba los papeles una vez más—. Pero, oye, al menos el resultado ha sido positivo para ti. Ahora puedes tomarte las cosas con calma, incluso en cuanto al matrimonio —añadió, y luego me lanzó una mirada algo suspicaz—. Supongo que el motivo de la boda fue agilizar todo este tema del visado, ¿verdad? Quizás os casasteis sin sentiros realmente preparados para algo tan serio.

—Yo… bueno… —balbuceé, intentando buscar algo que decir, pero las palabras se quedaron atoradas en mi garganta.

Ben asintió lentamente.

—No tienes por qué decirme nada, no es asunto mío. Pero si, por algún motivo, quieres reconsiderar la situación, siempre existe la posibilidad de una anulación.

Me quedé en silencio unos segundos, asimilando sus palabras. La posibilidad de una anulación hacía que mi corazón latiera con fuerza, y una parte de mí se preguntó cómo sería volver atrás, borrar lo que habíamos compartido y regresar a la versión de nosotros dos que habíamos sido antes. Sin matrimonios, sin compromisos… y sin los recuerdos de lo que habíamos construido las últimas semanas.

¿De verdad quería eso?

—Gracias, Ben. Creo que por ahora es suficiente información para procesar —dije al fin, con una sonrisa forzada.

Ben me miró con comprensión y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Por supuesto, Jade. Tómate el tiempo que necesites para decidir.

***

Poco después, me planté en la universidad con el estómago revuelto y la cabeza hecha un lío. Cada pensamiento se entrelazaba con recuerdos de las últimas semanas: las noches de risas, el deseo sin freno y esa felicidad extraña, pero real, que me envolvía cada vez que estaba con Erik. Con la boda como excusa, todo lo que habíamos vivido tenía un motivo claro, un límite que lo hacía más fácil de aceptar. La cercanía, el deseo, cada momento juntos... todo cobraba sentido bajo ese acuerdo, protegido por el fin práctico del matrimonio. Pero ahora, sabiendo que ya no era necesario, el miedo me envolvía. ¿Qué se supone que debíamos hacer?

Sumida en mis pensamientos, oí una voz familiar.

—¡Jade! —saludó el decano Graham con su tono amistoso, viniendo en dirección opuesta con una sonrisa afable—. Qué gusto verte por aquí.

—Hola, decano Graham —respondí, esforzándome por sonreírle.

—Vaya, me gusta el look que llevas hoy. Tiene carácter. —La última vez que me vio llevaba un conjunto de ropa rosa y cero maquillaje. Al contrario de lo que había pensado, no me miró mal, ni me juzgó. Me dedicó una pequeña sonrisa y luego su expresión se volvió seria—.

Lamento mucho lo de Erik —dijo con una mueca de culpabilidad—. Es una pena que no haya conseguido el proyecto. La próxima vez será.

Noté cómo se me secaba la garganta. Erik no me había contado nada. ¿No había conseguido el proyecto?

El decano Graham se despidió rápidamente, y yo seguí mi camino hacia el despacho de Erik con los pensamientos aún más agitados.

Llamé con los nudillos y entré. Erik levantó la mirada de unos documentos y me miró sorprendido.

—Jade, ¿qué haces aquí? No te esperaba.

Se levantó de la silla y se acercó para besarme en los labios. Sentí un vuelco en el estómago.

—Acabo de encontrarme con el decano Graham. Me ha contado lo del proyecto. ¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté directa, como siempre.

Él suspiró, dejando los documentos a un lado y se acercó.

—Iba a contártelo, Jade —dijo al fin, desviando la mirada un segundo—. Pero después de todo lo que hemos pasado, no quería que te sintieras mal por mí. Ya sabes, por el acuerdo.

—Claro que me siento mal —dije, frustrada—. Te has sacrificado por mí para nada.

—¿Sacrificado? —Sonrió un poco, tomándome entre sus brazos—. Me alegro de haberme casado contigo, Jade. Gracias a eso puedes estar aquí, en Nueva York.

—Ya… —Lo rechacé, separándome un poco, nerviosa, confusa, con los pensamientos enredados—. Respecto a eso, he hablado con Ben y, según parece, la boda no era tan necesaria como pensábamos.

Le conté todo: que la editorial me había conseguido la Green Card y que Ben me había dicho que podíamos solicitar una anulación del matrimonio. Erik me escuchó conmocionado, y cuando terminé de hablar, me miró con una expresión que me costó identificar.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Qué anulemos nuestro matrimonio?

Sus ojos me atravesaron, y sentí un vacío instalarse detrás de mis costillas.

—Yo… no lo sé, Erik. Tú no has conseguido el proyecto, y yo… ya tengo el visado en regla. Dijimos que nos divorciaríamos cuando todo pasase, solo sería adelantar un poco las cosas.

—Pero yo no quiero divorciarme. Ni ahora ni nunca.

Lo miré, confusa.

—¿Qué?

—¿Es que aún no lo entiendes? —dijo, visiblemente nervioso y dolido—. Llevo años enamorado de ti, Jade. Décadas, de hecho. Desde que íbamos al instituto. Durante todo este tiempo, tú has sido la única mujer para mí. Nunca quise traspasar la línea para no estropear las cosas. Pero ahora… no puedo simplemente borrar lo que ha pasado entre nosotros estos últimos días. No puedo… ni quiero. Quiero estar contigo, no por un acuerdo o un matrimonio falso. Quiero estar contigo porque te quiero.

Me quedé en shock.

Soy buena con las artes marciales, y uno de sus pilares esenciales es la autodefensa. Aprendes a anticipar, a protegerte de los golpes antes de que lleguen, a mantener una distancia segura. Todo eso, en teoría, me convertía en una experta en mantener barreras, en esquivar el impacto de las cosas. Sin embargo, el impacto de su confesión no lo vi venir. Y me golpeó con fuerza.

—Necesito irme —dije de pronto, sintiendo el instinto de huida activarse dentro de mí.

—Jade, espera —pidió, sujetándome del codo.

Di un tirón, liberándome de su agarre. La piel aún me ardía en el sitio donde me había tocado. Sin pensar, me giré y empecé a correr. Necesitaba pensar, aclarar la mente, conseguir que las mil voces que convivían a diario en mi cabeza se callaran de una vez.

Salí al exterior, sintiendo cómo me sobrevenía un ataque de pánico. Hacía años que no me sucedía. Me detuve, tratando de calmarme, y vi a Erik acercarse a toda prisa, con el rostro descompuesto. Las lágrimas empezaron a nublarme la vista.

¿Erik me había amado todo este tiempo?

¿Y yo? ¿Qué sentía yo?

Entonces, todo pasó muy rápido.

Un primer disparo retumbó en el aire, como un trueno seco. Miré en la distancia, buscando el origen del sonido, y vi a un hombre de negro, con el rostro cubierto, apuntando en mí

dirección con un arma. El campus, que segundos antes había estado lleno de estudiantes y risas, explotó en caos. La gente empezó a gritar y dispersarse y los pájaros salieron volando de los árboles.

Erik llegó hasta mí justo cuando un segundo disparo resonó con fuerza a nuestro alrededor. Sin pensarlo, me empujó y caí al suelo. Sentí el golpe en las manos y rodillas, sin apartar mis ojos de él. Antes de que pudiera procesar lo que ocurría, lo vi recibir el impacto en el torso. Su cuerpo se tambaleó, un temblor recorrió su rostro mientras la mancha roja se expandía en su camisa.

—¡Erik! —grité, intentando ponerme en pie.

Por suerte, no hubo un tercero. A lo lejos, alguien se abalanzó sobre el tirador. Apenas podía distinguir lo que sucedía. Varias personas habían rodeado al hombre de negro, un par de ellos claramente agentes de seguridad del campus. Vi cómo lo reducían al suelo, quitándole el arma mientras él se resistía. La multitud que se había dispersado empezó a gritar más fuerte, y entre los gritos y el caos, oí las sirenas de la policía acercándose.

Pero mi atención volvió a Erik. Se dejó caer de rodillas, y luego se desplomó, con sus ojos aún en los míos, como si intentara decirme algo.

—Jade... —murmuró, con la voz ahogada en un susurro—. Gracias por aparecer en mi vida. Por hacerla brillante. Yo… te quiero.

Sus ojos se cerraron, y un miedo helado se instaló en mi pecho, atenazándome por completo.

—¡Erik! —grité, con la voz rota, llegando hasta él.

Las manos me temblaban mientras presionaba sobre la herida que seguía sangrando, tratando de detener la hemorragia.

—Por favor, Erik… abre los ojos, mírame —susurré, con el rostro empapado en lágrimas—. No me dejes. Yo también…, también te quiero.

Y mientras todo a mi alrededor se volvía un remolino de sirenas, pasos y voces desconocidas, me aferré a él como si con eso pudiera evitar que se desvaneciera.

25

Erik

Una calma pesada me envolvía, y aunque sabía que algo iba mal, una parte de mí se sentía en paz. No había dolor, ni miedo. Solo una tranquilidad inexplicable que me empujaba a recuerdos profundos, desplegándolos frente a mí uno tras otro, como si estuviera dentro de ellos otra vez.

La primera escena se formó rápido: el gimnasio de la secundaria, el bullicio de los estudiantes, y unas risas desagradables. Unos chicos se burlaban de la camiseta que llevaba, con las palabras «Future Scientist» estampadas en el pecho. De repente, apareció Jade como una tormenta. Jade, en su versión de trece años. No sabía su nombre, pero sí que era la chica asiática de ciencias avanzadas, la asignatura donde coincidíamos.

—¿Qué os pasa? —preguntó con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados frente a ellos —. Solo los idiotas se ríen de alguien por una camiseta.

Los chicos se alejaron murmurando. Jade se giró hacia mí con una sonrisa desafiante. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta desordenada y vestía camiseta negra y pantalones oscuros. Ya le iba lo gótico entonces, para desesperación de sus padres.

—¿Estás bien, «Future Scientist»? —me preguntó, todavía con una chispa de fuego en los ojos.

Asentí, sin saber bien qué decir. Ella alzó una ceja y extendió la mano.

—Soy Jade. ¿Qué te parece si somos amigos?

En ese instante, Connor apareció y puso su brazo sobre el hombro de Jade, mirándome con una sonrisa divertida.

—Así que futuro científico, ¿eh? —dijo Connor, ofreciéndome su mano—. Bienvenido al equipo.

La escena cambió de golpe, llevándome al dojo del padre de Jade. Jade, un poco mayor, de unos dieciséis, entrenaba con una concentración brutal. Sus golpes eran precisos y llenos de fuerza. Yo la observaba desde el borde de la lona, fascinado por la habilidad con la que ejecutaba cada movimiento.

—¿Sabes por qué es importante protegerse? —me preguntó entre una serie de patadas y puñetazos.

—¿Para no recibir golpes? —respondí.

Ella se rio y su risa se me clavó en el pecho.

—Para no perder lo que importa —respondió, volviendo a su entrenamiento.

Aquel día, mientras regresaba a casa, lo comprendí: Jade me gustaba. Me gustaba mucho. Estaba enamorado de ella.

Todo se transformó de nuevo, esta vez llevándome a una celebración china. Todo estaba decorado con farolillos rojos y el aire olía a dumplings y platos especiados. La Jade de dieciocho años me había arrastrado hasta su casa, diciendo que, si era su amigo, no podía perderme una de

sus noches favoritas del año. El *Chūn Jié*.

—Ven conmigo —dijo, cogiéndome de la mano y llevándome al rincón donde su abuela encendía unos inciensos. Me miró, con una sonrisa de oreja a oreja, y me entregó uno—. Tienes que pedir un deseo, Erik.

—¿Un deseo? —pregunté, mirándola con curiosidad mientras sostenía el incienso.

Jade asintió, acomodando el incienso en mi mano para que lo sostuviera adecuadamente.

—Sí. En Año Nuevo encendemos el incienso para pedir un deseo. Cierras los ojos, lo piensas bien, y lo enciendes. El humo sube y se lleva tu deseo al cielo —me explicó Jade, sosteniendo el incienso en mis manos y sonriendo de una forma que me dejó sin aliento—. Vamos, pruébalo.

Cerré los ojos, notando la calidez de su mano sobre la mía y concentrándome en un solo pensamiento: que Jade siempre estuviera en mi vida, cerca, conmigo. El deseo se me clavó tan hondo que me costó soltar el incienso cuando terminé.

—Espero que se cumpla —dijo, apretando suavemente mi mano.

La siguiente imagen me llevó a una noche de universidad, cuando salimos a celebrar el fin de los exámenes. Jade se tambaleaba, feliz, en su primera borrachera. Connor y yo la sosteníamos mientras ella insistía en que debía aprender a bailar. La risa de Jade, entremezclada con las nuestras, llenaba el aire.

—¡Vamos, Erik! No importa si bailas fatal. Somos tus amigos, puedes hacer el ridículo tranquilo —dijo, mientras se agarraba de nosotros para no caerse.

Más recuerdos pasaban rápidamente. Las noches en vela, los mensajes de ánimo entre estudios, los abrazos, las risas. Connor y Jade siempre estaban allí, como mi familia, como mi refugio. Y en todos esos momentos, Jade brillaba con una intensidad que opacaba todo.

La imagen se desvaneció y el tiempo saltó de nuevo. Me vi en el Freaks ya de adultos, con Jade y Connor a mi lado, pidiendo unas «freaky fries» y discutiendo sobre la mejor película de ciencia ficción. Éramos nosotros tres, riendo, compartiendo secretos y haciendo planes, como si fuéramos invencibles.

Finalmente, apareció un recuerdo reciente. Jade frente a mí, llorando, con la voz rota:

—No me dejes. Yo también… también te quiero.

Todo se desvaneció en una suave neblina, dejándome en un vacío profundo, como si flotara en la nada. Las palabras de Jade resonaban en mi mente. «No me dejes. Yo también te quiero». Cada sílaba vibraba dentro de mí, llenándome de una calidez indescriptible y, al mismo tiempo, de un anhelo imposible de ignorar.

No me dejes…

La súplica de Jade no era solo un eco, era una llamada. Con cada recuerdo, con cada momento de nuestras vidas juntos, sentí que esa cadena que nos unía desde la secundaria se hacía más fuerte. Estaba claro.

Ella siempre había sido mi hogar.

Quería volver.

Y volví.

26

Jade

Las primeras 24 horas después del asalto fueron un infierno.

En la ambulancia, de camino al hospital, Erik tuvo un paro cardíaco. Los paramédicos lograron estabilizarlo, pero los segundos que duró la reanimación fueron los peores de toda mi vida. Me sentía asustada. Atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar.

Al llegar al hospital, los médicos lo metieron directo a un box de urgencias. El personal se movía frenético. Entraban y salían del quirófano, dando órdenes y pidiendo cosas. Yo solo podía quedarme quieta en medio de la confusión, sin entender lo que acababa de ocurrir. Nada tenía sentido.

Hacía solo unos instantes, nos encontrábamos en su despacho discutiendo sobre nuestra relación. Todo había muy rápido. El tirador. Los disparos. Erik protegiéndome. La sangre.

Erik había dado su vida por la mía.

Sentí una mano en mi hombro. Me giré y vi a Connor, que acababa de llegar. Me rodeó con sus brazos sin decir nada, sin preguntar, como un hermano intentando contener el miedo en mi pecho. Poco después llegaron los padres de Erik, con el rostro pálido y en shock, y unas horas más tarde, Jensen apareció desde Minnesota.

Esperamos durante horas interminables en silencio. La madre de Erik lloraba de vez en cuando, y su padre intentaba calmarla, pero yo… yo estaba tan helada por dentro que no podía ni llorar. Lo único que podía hacer era dejar que mi mente navegara por nuestros recuerdos compartidos.

Después de varias horas, Connor me susurró:

—Jade, tienes que ir a casa y darte una ducha. Estás llena de sangre.

Miré mis manos. En efecto, mis uñas y dedos aún estaban manchados.

—No voy a irme —respondí en un tono firme, aunque la voz me temblaba.

—Solo serán diez minutos. No le haces ningún favor a Erik quedándote aquí así.

Protesté y en lugar de insistir llamó a Arielle. Poco después, ella llegó con ropa limpia y me acompañó al baño del hospital. Vi mi reflejo en el espejo, con la piel manchada de rojo y el pelo despeinado. Pasé mis manos bajo el agua, viendo cómo el rojo se desdibujaba. El peso en el pecho seguía ahí, insistente.

Una vez de vuelta en la sala, los minutos se hicieron eternos. Estábamos en un silencio abrumador cuando, finalmente, un médico apareció.

—¿Familia de Erik Hansen? —preguntó, mirando su carpeta.

Salté de la silla, seguida de cerca por los padres de Erik, Jensen y Connor.

—¿Está bien? —pregunté de inmediato, con la voz rota.

El doctor asintió, con una leve sonrisa tranquilizadora.

—La cirugía ha ido bien, pero su estado sigue siendo crítico. La bala rozó órganos importantes. Hemos reparado el daño, pero ahora está en observación. Necesitamos ver cómo responde su cuerpo en las próximas 24 horas antes de asegurar nada.

Las lágrimas empezaron como un sollozo suave. La cirugía había salido bien. Había esperanza. Pronto, ese sollozo suave subió de intensidad y se convirtió en un llanto incontenible. Todo el miedo, el agotamiento y la angustia de esas horas se desbordó. No pude frenarlo.

Connor me pasó un brazo por los hombros, y me dejé sostener, sin decir nada, mientras lloraba sin control.

Poco después, un par de policías llegaron para hablar conmigo. Me dijeron que el atacante era el hombre que había estado enviando los correos. Parecía que tenía problemas psiquiátricos y estaba obsesionado conmigo. Se había enfurecido al saber que me había casado. Escuché las palabras sin apenas reaccionar. Mi mente estaba demasiado centrada en Erik, en su cara antes de caer al suelo, en su voz rota diciéndome que me quería.

—Gracias por la información —murmuró Connor, despidiendo a los oficiales. Yo me limité a observar el suelo con los ojos aún enrojecidos de tanto llorar.

Pasaron dos días. Cada hora sin noticias hacía que el miedo se me clavara un poco más. Finalmente, el doctor apareció una vez más, esta vez con una sonrisa clara.

—Erik Hansen está fuera de peligro.

Mis piernas casi cedieron. Sentí una oleada de alivio y de felicidad mezclada con un temblor

incontrolable en el pecho. A mi lado, la madre de Erik rompía en sollozos de felicidad.

Por primera vez en días, sentí que podía respirar.

Erik estaba fuera de peligro.

Erik viviría.

—¿Podemos verle? —preguntó su padre, con los ojos enrojecidos y la voz rota.

—Sí, pero solo una persona a la vez —respondió el médico—. Acaba de despertar, y lo más recomendable es que esté tranquilo.

Miré a los padres de Erik, y ellos me miraron a mí. La madre de Erik asintió con una sonrisa cálida.

—Ve tú, Jade. No tenemos prisa.

Asentí, sin poder hablar, y avancé hacia la puerta con las piernas temblorosas.

27

Erik

Entré a la habitación de Erik, y lo primero que sentí fue el olor a antiséptico y el sonido suave, casi hipnótico, de la máquina de monitorización. La luz era tenue, filtrada a través de unas cortinas blancas y gruesas que dejaban el espacio en una especie de penumbra tranquila.

Erik estaba conectado a un monitor cardíaco, cuyo pitido rítmico marcaba el compás de cada uno de sus latidos. Una vía intravenosa le salía del brazo, y había cables de electrodos conectados a su pecho, registrando cada movimiento. Parecía tan… frágil.

Erik abrió los ojos cuando me vio entrar, y una sonrisa leve, débil pero genuina, prendió de sus labios. Me acerqué a él, sintiendo una oleada de alivio por verlo consciente.

—Ey, tú, ¿en qué pensaste cuando recibiste esa bala por mí? ¿Te crees un superhéroe? —dije, directa. como siempre. Sentí las lágrimas arremolinarse en mis ojos. Lágrimas de alivio. De felicidad de verlo vivo. Aunque pareciera un fantasma de lo pálido que se veía.

—No me lo creo, lo soy. Te salvé.

Me senté en el borde de la cama, tomándole la mano.

—No debiste hacerlo. Has estado al borde de la muerte, Erik. Si hubieras muerto por mi culpa, jamás me lo hubiera perdonado.

—Si hubiera muerto por salvar tu vida, no habría sido por tu culpa, Jade. No se me ocurre mejor forma de morir que proteger lo que más quiero.

Las lágrimas anegaron por completo mis ojos.

—No digas eso. No quiero un mundo donde tú no estés.

—Yo tampoco. No soportaría existir sin ti. ¿Qué haría sin tu caótica y desordenada existencia?

—Vivir más tranquilo.

—A eso no podría llamársele vida, Jade. Mi vida empezó cuando tú apareciste en ella.

No pude soportarlo más. El llanto volvió a descontrolarse, igual que días atrás. No era de llorar, me costaba horrores dejar que las lágrimas salieran, pero ahí estaba, desbordada, con una cascada de lágrimas que no cesaba.

—Si estás diciéndome todo esto porque no quieres que nos divorciemos, estás llevando el drama demasiado lejos —dije, intentando una sonrisa a través de las lágrimas.

Él rio, aunque el esfuerzo lo hizo cerrar los ojos un momento.

—No es por eso. Hablo en serio. Yo… tuve un sueño.

—¿Un sueño?

—Caí en una oscuridad densa y de pronto empecé a ver recuerdos de mi vida, como si alguien los proyectara. ¿Sabes cuál fue el primero que apareció en mi mente?—Negué con un

movimiento de cabeza— La primera vez que hablamos, en el gimnasio del instituto. —Erik sonrió con suavidad—. El médico me dijo que tuve un paro cardíaco en la ambulancia y que por poco no me salvan. ¿Y si es cierto eso que dicen, que cuando mueres recuerdas los momentos más bellos de tu vida como si fueran una película? Tendría sentido que tú aparecieras en todos y cada uno de ellos.

Sentí que mi pecho se hundía con su confesión. ¿Erik había soñado conmigo? ¿En nuestros momentos juntos?

—Siento mucho lo que pasó en tu despacho, Erik. Estaba asustada. Yo… nunca he fantaseado con el futuro. Ya lo sabes. Soy un desastre. Las cosas a largo plazo me dan miedo, porque aunque me apasiono rápido, tiendo a cansarme rápido también. Como cuando quise aprender ganchillo, me compré todo para empezar, y lo abandoné a las dos semanas. O cuando me apunté a clases de arte y no aguanté ni un mes, después de haber gastado un dineral en material. La idea de que me pase eso contigo me aterra. Sin embargo, hay algo claro. En todos estos años, tú y Connor habéis sido mi constante. Mi ancla. En especial tú, Erik. Siempre he sentido algo especial por ti, y ese sentimiento es de las pocas cosas que se han mantenido inalterables en el tiempo.

Respiré profundo, intentando frenar el nudo que sentía en la garganta.

—Lo que quiero decir es que, sé que no será fácil, pero quiero intentarlo contigo, Erik.

Erik tiró de mi mano, como una señal para que me inclinara sobre él. Lo hice con cuidado de no presionar su cuerpo, besando con suavidad sus labios secos. Luego lo miré muy cerca, deleitándome con el brillo de sus ojos azules.

—¿Y no te olvidas de decirme algo más?

—¿Algo más? —pregunté, confusa.

Él afirmó con un movimiento de cabeza.

—Sí, algo que dijiste cuando estaba en el suelo desangrándome por ti. Creo que dijiste algo que merezco volver a escuchar.

Me sonrojé. Sabía perfectamente lo que me estaba pidiendo.

—¿De verdad es necesario?

Volvió a asentir.

—Lo es. Para mí lo es.

Cogí aire y solté rápido, sin pensar:

—Erik Hansen, te quiero. Te quiero desde el momento en que te vi en ese gimnasio con la frase «Future Scientist» en la camiseta. Siento no haber tardado tanto en aceptarlo.

Erik sonrió con esa mezcla de picardía y ternura que me hacía perder la cabeza.

—Ahora sí me lo creo —susurró, sin dejar de mirarme con intensidad.

—Más te vale, porque no pienso repetirlo otra vez, ¿eh? —intenté sonar firme, pero el temblor en mi voz me traicionó.

Él apretó mi mano con la poca fuerza que tenía, clavando sus ojos azules en los míos.

—Pues yo pienso recordártelo cada día, por si acaso se te olvida.

Reí, y me incliné una vez más para besarlo, dejando que las palabras se quedaran en el aire entre nosotros.

En su habitación, rodeados de cables, monitores y todo lo que en otro momento hubiera sido una señal de miedo, sentí por fin que todo iba a estar bien.

Epílogo

Erik

La casa de los padres de Jade en Canadá estaba más cálida que nunca aquella noche de *Chūn Jié.* Afuera, la nieve cubría el jardín y las luces de la casa se reflejaban en ese manto blanco y helado, mientras dentro el ambiente estaba impregnado del aroma a especias, del vapor de la sopa de wonton y de los olores de platos que llevaban horas preparando en familia.

En la cocina, yo estaba hombro con hombro con la madre de Jade, añadiendo cebollinos frescos al caldo a la sopa de wonton y ajustando las cantidades exactas, siguiendo cada uno de sus gestos con una concentración casi reverente. Había aprendido cada paso de la receta, sin saltarme nada. Quizás era mi manera de mostrarle que sus tradiciones no solo importaban, sino que eran ahora parte de las mías.

—Poco a poco, Erik —me dijo ella, sonriendo al ver mi concentración—. Es un plato que simboliza buena fortuna. Tómate tu tiempo.

Asentí, dejando que mi mente volara hacia lo mucho que mi vida había cambiado esos últimos meses.

Ya había pasado medio año desde el disparo, la operación y esa recuperación que se sintió eterna. Por suerte, Jade estuvo siempre a mi lado, apoyándome y todo aquello había quedado atrás.

Ahora, en la casa de sus padres, estaba completamente recuperado, y el solo hecho de estar allí, con todos ellos, tenía algo de milagroso.

No era lo único importante que había pasado en esos meses. Jade había sacado su nuevo libro y, como Geraldine bien había predicho, se convirtió en un *bestseller*.

Ver la portada en las librerías de todo el país fue solo el principio. También estaba la adaptación de su serie, que estaba a punto de ver la luz, y yo estaba allí, a su lado, en cada entrevista, en cada momento de ese éxito que habíamos empezado a compartir como algo nuestro.

Cada aplauso, cada logro, era una celebración, y sentirme parte de todo eso, verla brillar en el lugar que se merecía, era increíble.

Desde aquel fatídico día, el matrimonio dejó de sentirse falso para sentirse real. Los miedos, las dudas, se habían desvanecido uno a uno. Nos amábamos con la misma intensidad con la que habíamos arriesgado todo.

La familia se reunió en el pequeño altar del salón, rodeado de frutas, dulces tradicionales y una hilera de varillas de incienso esperando a ser encendidas. El Año Nuevo era el momento de honrar a los ancestros, de pedir por lo que deseabas para el año que comenzaba.

Jade y yo nos acercamos, encendiendo cada uno una varilla, dejando que el humo se elevara en suaves espirales hacia el techo. Cerré los ojos y, en silencio, dejé que los últimos meses desfilaran en mi mente. Una sonrisa se dibujó en mis labios.

No se me ocurría nada que desear.

Lo tenía todo.

No solo en lo que se refiere a Jade. Incluso en el ámbito académico había conseguido mi objetivo, ya que poco después de ser rechazado para liderar el proyecto inicial, cayó en mis manos una opción aún mejor. Y fui elegido por unanimidad.

La cuestión es que todo en mi vida estaba bien. Tenía salud. Tenía a Jade cada día. Tenía el trabajo de mis sueños. ¿Qué más podía pedir?

«Por favor, que podamos ser siempre felices juntos», pensé, apretando el incienso en mis manos como si fuera una promesa. «Que estos momentos se multipliquen y siempre podamos compartirlos».

Abrí los ojos y me encontré con la mirada de Jade.

—¿Ya lo has pedido? —susurró, con un brillo alegre y cómplice en los ojos.

Asentí, inclinándome para besar su frente.

—Sí. Y espero que se cumpla cada día.

¡Haz feliz a esta autora!

Si has disfrutado de la historia, no olvides dejar tu valoración en Amazon. No hay nada que me guste más que leer vuestros comentarios :).

¡No te pierdas lo que viene!

¡Hola! Soy Ella, y quiero darte las gracias por haber llegado hasta el final de este libro. Con Erik y Jade digo adiós (por ahora) a la serie Manhattan in love. No es un adiós definitivo, porque tengo un par de historias en el tintero, pero sí me apetece darme un descanso y viajar a otro universo. ¿Me acompañas? Espero que sí.

Te cuento algo personal: este libro no ha sido nada fácil de escribir. He pasado por una época complicada, con bloqueos creativos y parones, y aunque me habría gustado pulirlo aún más, he puesto todo mi corazón en esta historia. Erik y Jade se merecían algo bonito y dulce, y espero de verdad haber estado a la altura.

Jade es un personaje especial para mí. Como alguien que vive con TDAH, quería reflejar un poquito de lo que es nuestro día a día. Sé que son solo pinceladas, pero el caos de Jade es muy mío. Por ejemplo, ¿renovar un visado y olvidarte por completo? ¡Te prometo que es totalmente posible! El TDAH siempre encuentra maneras de sorprender.

Por último, os animo a visitar mi página web https://ellavalentine.me/, recibiréis un relato largo inédito al correo electrónico si os suscribís en el boletín. Se trata de un relato erótico muy cuqui.

Os espero en la siguiente aventura.

Con amor,

Ella Valentine

¡Ah! Acordaros de seguirme en mis redes sociales, porque vienen un montón de novedades y sorpresas y no quiero que os perdáis nada.

Instagram: https://www.instagram.com/ellavalentineautora/

Facebook: https://www.facebook.com/ellavalentineautora/

También podéis seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez que publique una novedad:

Amazon: https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8

Novelas anteriores

—Serie Manhattan in love

Un acuerdo con Mr King: leer aquí

Una Julieta para Mr Romeo: leer aquí

El deseo oculto de Mr Right: leer aquí

Seduciendo a Mr Quinn: leer aquí

Un desafío para Mr Parker: leer aquí

Las lecciones de Mr Reed: leer aquí

—Serie Highlanders de Nueva York

No te enamores del highlander: leer aquí

Mi jefe es sexy y highlander: leer aquí

Maldito seas highlander: leer aquí

No te resistas al highlander: leer aquí

—Serie Multimillonario&

Multimillonario & Canalla: leer aquí

Multimillonario & Rebelde: leer aquí

Multimillonario & Libre: leer aquí

—Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: leer aquí

La chica que cazaba estrellas fugaces: leer aquí

La chica que leía novelas de amor: leer aquí

—Autoconclusivas

Maldito jefe perfecto: leer aquí

Novio ficticio: leer aquí

Posdata: te odio: leer aquí

Multimillonario, soltero y sexy: leer aquí